

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

GUÍA PARA LA NAVEGACIÓN DE ALFONSO REYES



M868.4
R457ma
ej.2

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Luis Martínez ha dedicado gran parte de su quehacer intelectual a llevar un registro acucioso de la vida y la obra de Alfonso Reyes. En este libro, ejercicio de la memoria y la reflexión, Martínez nos propone una serie de meridianos para navegar la rica y vasta herencia literaria que nos legó el escritor regiomontano.

Guía para la navegación de Alfonso Reyes se convierte así en una obra imprescindible para los especialistas y los curiosos que quieran acercarse a conocer la cronología de una ferviente pasión literaria.

Una pasión que llevó a Reyes a explorar todas aquellas posibilidades que le ofrecía la lengua escrita.

La poesía y el ensayo, la novela y el teatro fueron géneros que el autor de la memorable *Visión de Anáhuac* practicó con maestría inigualable.

El lector encontrará anotados en estas páginas los momentos más notables de un hombre que dedicó su inteligencia

a engrandecer la cultura universal: su relación con el Ateneo de la Juventud,

la experiencia de sus viajes por el mundo, su eterna inclinación por lo helénico,

la devoción por Goethe y Mallarmé son algunos de los temas que aquí expone

José Luis Martínez, lúcido crítico y amigo personal de Alfonso Reyes.

GUÍA PARA LA NAVEGACIÓN DE ALFONSO REYES

COLECCIÓN CÁTEDRAS



JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

**GUÍA PARA LA NAVEGACIÓN
DE ALFONSO REYES**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

Coordinación editorial: Mauricio López Valdés
Cuidado de la edición: Raúl Gutiérrez Moreno
Diseño y fotografía: Gustavo Amézaga Heiras

Primera edición: 1992
D.R. © Facultad de Filosofía y Letras, UNAM
Ciudad Universitaria, 04510 México, D. F.
Impreso y hecho en México
ISBN 968-36-2225-9

Preliminar

Una larga frecuentación de los libros de Alfonso Reyes y el haber tenido la fortuna de estar cerca de él durante sus últimos veinte años de vida, suscitaron en mí lo que pudiera llamar una afición persistente por su personalidad y su obra.

En el curso de los años he dejado constancia de esta afición en numerosas páginas. En las más remotas, domina la admiración literaria por el héroe; en las más recientes, intento sobreponerme al entusiasmo para examinar procesos evolutivos y ordenar ciclos.

Por su amplitud: veintiún libros de versos, ochenta y ocho de crítica, ensayos y memorias, siete de novelística, veinticuatro de archivo, treinta y cinco prólogos y ediciones comentadas, once traducciones y dieciséis obras póstumas: doscientos dos libros en total, mayores y menores, los originales de los cuales se incluirán en veintiséis volúmenes de sus *Obras completas* —que pueden seguirse en la bibliografía que pongo al final—, y por la variedad de los dominios que abarca, la obra de Reyes es un pozo de delicias y de sabiduría. Aún no se ha concluido su divulgación, pues además de los últimos cinco tomos de sus *Obras* (xxii a xxvi) que se encuentran en proceso de edición y cuyas introducciones incluyo, quedan pendientes algunos de sus epistolarios así como el extenso *Diario* y otros papeles. Quisiera que mis páginas fueran una guía para la navegación de esta obra enorme y provocaran su disfrute.

Los estudios que reúne el presente volumen son una selección de los que he escrito sobre Alfonso Reyes. He prescindido de intervenciones en homenajes y de colaboraciones periodísticas menores. Y aunque he procurado evitar las repeticiones,

he tenido que consentir algunas por necesidades expositivas o porque son ampliaciones de algún tema.

El 12 de julio de 1989, la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional Autónoma de México, me hizo el honor de designarme titular de la Cátedra Alfonso Reyes, creada en ese año del centenario del nacimiento de nuestro escritor. Con la publicación de estos estudios respondo a tal distinción.

Enero de 1990

Evocación de Alfonso Reyes

Para quienes no lo habíamos conocido, hasta su regreso definitivo a México a principios de 1939, Alfonso Reyes era una figura mitológica. Todos los prestigios lo ornaban: su majestuosa biblioteca y sus métodos de trabajo; sus primeros ensayos magistrales sobre *Cuestiones estéticas*; su perfecta *Visión de Anáhuac*; sus estudios gongorinos y acerca de otros temas españoles; aquella estimulante y luminosa *Atenea política* que nos entusiasmaba en Guadalajara; los poemas de los años brasileños y argentinos, sobre todo aquél "A la memoria de Ricardo Güiraldes" que solía publicarse al frente de *Don Segundo Sombra*; las traducciones de Mallarmé, Sterne y Chesterton; los números de *Monterrey*, *Correo Literario*, cruzados de tantos temas e incitaciones, y luego lo que oíamos contar de él, amigo de toda la inteligencia del mundo y dueño él mismo de esa inteligencia que se ha hecho ya sonrisa y respiración naturales. Un grupo de amigos fuimos a conocerlo a su despacho de las calles de Madero, donde organizaba La Casa de España, y todos aquellos prestigios suyos se hicieron vivos para nosotros; y aquel encuentro sería el principio de una amistad que tendría veinte años para probarse.

Desde entonces, la frecuentación de los libros, de las conferencias o de las conversaciones de don Alfonso, serían una de mis provisiones más constantes y aprendí a pesar con él mis bienes y mis males porque siempre supo enderezar o alentar, y con qué afectuosa comprensión, mi camino. Y yo también compartí sus alegrías y sus penas. Para celebrar sus sesenta años, en 1949, sus amigos organizamos un cuaderno en que se recogieron prosas y versos de homenaje, que luego cada uno leyó durante la visita que le hicimos. Allí nos reunimos Torri y

Usigli, Yáñez y Picón Salas, Lida y Zea, Moreno Villa y Aub, Imaz y Giner de los Ríos, Chumacero y Rejano, Alatorre y Garcidueñas, el Abate de Mendoza y Henrique González Casanova, Joaquín Díez-Canedo y yo, juntos en el afecto a nuestro gran mexicano. Años más tarde, en 1955, pude participar también en la celebración de su cincuentenario de escritor, ocasión en que publicaron volúmenes de homenaje la Universidad, El Colegio Nacional y la Universidad de Nuevo León, e inició el Fondo de Cultura la publicación de sus *Obras completas*. Al cumplirse el 17 de mayo de 1959 sus setenta años, ya no quiso don Alfonso que lo festejáramos por sus quebrantos de salud y por las muchas disensiones que dividían a la gente de letras.

Solía ir a conversar con don Alfonso de tarde en tarde, en el coro de su gran biblioteca. A veces lo encontraba abatido por sus dolencias, por las pérdidas de sus viejos amigos, por las intemperancias de los necios que no se contentan con apreciar lo mucho que es y quieren que sea lo que ellos deciden; a veces lo encontraba animoso, hundido en sus múltiples tareas intelectuales, lleno de proyectos y la memoria bullente de ocurrencias e ideas, pero siempre, de su dolor o de su bienestar, surgía el conversador sin par y el amigo cordial que, sobreponiéndose a sus propios agobios, quería saber de sus amigos y quería darles la mano.

Diciembre de 1959

La obra de Alfonso Reyes



La empresa de su generación literaria

Fue Alfonso Reyes el benjamín de aquella notable generación de escritores que formó hacia 1910 el Ateneo de la Juventud y que, al emprender una revolución intelectual paralela a la política y social que por entonces se iniciaba, fundaría las bases de la cultura contemporánea de México. Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña eran los maestros de aquel grupo excepcional; Enrique González Martínez y Luis G. Urbina, los "hermanos mayores", y junto a ellos se convertían en maestros José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Julio Torri, Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Alejandro Quijano, Genaro Fernández Mac Gregor, Luis Castillo Ledón y Ricardo Gómez Robelo.

El mismo Reyes ha reseñado¹ las principales fases de aquel movimiento renovador de ideas. La primera campaña, todavía en el ámbito estético del Modernismo, fue la publicación, en 1906, de *Savia Moderna*. En el mismo año, se efectúa la exposición de pintura organizada por esa revista y animada por el Dr. Atl, recién llegado de Europa, en la que se daría a conocer Diego Rivera. "Por 1907 —cuenta Alfonso Reyes—, un oscuro aficionado quiso resucitar la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, para atacar precisamente las libertades de la poesía que proceden de Gutiérrez Nájera. No lo consentimos. El reto era franco, y lo aceptamos. Alzamos por las calles la bandera del arte libre. Trajimos bandas de música. Congregamos en la Alameda a la gente universitaria; los estudiantes acudieron en masa. Se dijeron versos y arengas en el kiosko público [...]

¹ Alfonso Reyes, "Pasado Inmediato", en *Pasado inmediato y otros ensayos*. México, El Colegio de México, 1941, pp. 3-64.

Por la noche, en una velada, Urueta nos prestó sus mejores dardos y nos llamó 'buenos hijos de Grecia'. La *Revista Azul* pudo continuar su sueño inviolado. No nos dejamos arrebatrar la enseña, y la gente aprendió a respetarnos".²

Suspendida la publicación de *Savia Moderna*, la actividad continuó ahora a través de una Sociedad de Conferencias. "El primer ciclo se dio en el Casino de Santa María. En cada sesión había un conferenciante y un poeta. Así fue extendiéndose —recuerda Alfonso Reyes— nuestra acción por los barrios burgueses. Hubo de todo: metafísica y educación, pintura y poesía. El éxito fue franco".³ "La afición a Grecia —sigue narrando Reyes— era común, si no a todo el grupo, a sus directores. Poco después, alentados por el éxito, proyectábamos un ciclo de conferencias sobre temas helénicos. Fue entonces cuando, en el taller de Acevedo, sucedió cierta memorable lectura del *Banquete* de Platón en que cada uno llevaba un personaje del diálogo, lectura cuyo recuerdo es para nosotros todo un símbolo. El proyecto de estas conferencias no pasó de proyecto, pero la preparación tuvo influencia cierta en la tendencia humanística del grupo".⁴ En 1908, ante los ataques de los conservadores, se honró la memoria de Barreda y se dio expresión a una nueva conciencia política, ya emancipada del régimen dictatorial. Tras de un segundo ciclo de conferencias, en el Conservatorio Nacional, vienen, en 1909, las memorables conferencias de Antonio Caso que liquidan la vigencia del Positivismo, doctrina oficial del porfiriato, y abren nuevos horizontes filosóficos.

A fines del mismo año se funda el Ateneo de la Juventud, concreción definitiva del grupo, que sesiona quincenalmente durante varios años en la Escuela de Derecho. Sus actividades públicas más importantes continúan siendo las conferencias y en ellas predomina la preocupación por la valoración crítica de la cultura mexicana e hispanoamericana. Son particularmente significativas a este respecto las que organiza el

² *Ibid.*, p. 49.

³ *Ibid.*, p. 50.

⁴ *Idem.*

propio Ateneo de la Juventud en 1910, en la Escuela de Derecho: "La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos", por Antonio Caso; "Los 'Poemas rústicos' de Manuel José Othón", por Alfonso Reyes; "La obra de José Enrique Rodó", por Pedro Henríquez Ureña; "El Pensador Mexicano y su tiempo", por Carlos González Peña; "Sor Juana Inés de la Cruz", por José Escofet, y "Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas", por José Vasconcelos. Años más tarde, Francisco Gamoneda promueve, en la Librería General, una nueva serie de conferencias: "Don Juan Ruiz de Alarcón", por Pedro Henríquez Ureña; "La literatura mexicana", por Luis G. Urbina; "Música popular mexicana", por Manuel M. Ponce; "La novela mexicana", por Federico Gamboa; "La arquitectura colonial mexicana", por Jesús T. Acevedo. Dentro del mismo impulso intelectual puede comprenderse un ensayo de Alfonso Reyes publicado por estos años, "El paisaje en la poesía mexicana del siglo xix" (1910).

En el mismo año del centenario de la Independencia, Justo Sierra funda la nueva Universidad Nacional y organiza, dentro de ella, la Escuela de Altos Estudios. En su magno discurso de inauguración, el maestro Sierra fija no sólo la empresa que toca a aquella institución sino la empresa cultural del México que entonces nace. Ya iniciada la Revolución, todavía se mantiene por algunos años la actividad de los ateneístas a pesar de que su dispersión se ha iniciado. Caso comienza sus brillantes cursos filosóficos en la Universidad; González Martínez, Henríquez Ureña y Reyes enseñan literatura en la Escuela de Altos Estudios, y en 1912 los que aún quedan en México, y nuevos aliados, fundan la Universidad Popular, "escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias".⁵ El escudo de la Universidad Popular, cuya obra duraría diez años, tenía por lema una frase de Justo Sierra: "La Ciencia protege a la Patria".

⁵ *Ibid.*, pp. 59-60.

El mensaje espiritual y el nuevo ideario que fueron postulados por los escritores que se agruparon en el Ateneo de la Juventud contenían, como habrá podido advertirse, un amplio repertorio de intereses destacados y un firme propósito moral. Aquellos focos de atención pueden concretarse como sigue: conocimiento y estudio de la cultura mexicana, en primer término; las letras clásicas; las grandes figuras literarias españolas de los Siglos de Oro; las letras inglesas y francesas antiguas y modernas y las nuevas direcciones del pensamiento filosófico. Al mismo tiempo, los ateneístas renovaban sus principios y sus técnicas críticas para el examen de las obras literarias y filosóficas; buscaban un reconocimiento del pensamiento universal que podía mostrarnos la propia medida y calidad de nuestro espíritu, y aspiraban a la integración de la disciplina cultivada en el cuadro general de las disciplinas del espíritu. Su propósito moral, que acaso no necesitó enunciarse, fue el de emprender toda labor cultural con una austeridad que pudo haber faltado en la generación inmediata anterior. Los nuevos escritores no se confiaron ya a las virtudes naturales de su genio ni se entregaron, seguros de su gloria, a los placeres de la bohemia; percatados, por el contrario, de la amplitud de la tarea que se habían impuesto, conscientes de sus deberes cívicos tanto como de su responsabilidad humana, alentados por los ejemplos venerables de heroísmo moral e intelectual con que se nutrían en aquellas lecturas colectivas cuyo ejemplo perdura, los ateneístas mudaron radicalmente los ideales de vida de sus predecesores por otros, si menos brillantes, más fértiles para su formación intelectual.

Al preguntarse cuál sería el espíritu distintivo del grupo, Henríquez Ureña contestaba que sin duda era el filosófico, y así puede confirmarlo la condición esencial de las obras de los más conspicuos ateneístas: Caso, Vasconcelos, Reyes. En ocasiones, como la obra del maestro Caso, ésta es exclusivamente filosófica. En las de Vasconcelos y Reyes, se unen las proyecciones filosóficas y aun científicas con las literarias, y en las de todos los demás ateneístas puede apreciarse siempre, junto a la obra de creación, la huella humanista, intelectual y crítica que caracteriza al grupo.

El investigador y el diplomático

Tal fue la formación intelectual de Alfonso Reyes, que, benjamín de su generación (había nacido en Monterrey, Nuevo León, el 17 de mayo de 1889), llegaría a convertirse en el representante más característico de sus virtudes e intereses culturales. Porque si otros ateneístas, como Vasconcelos, Guzmán o González Peña, tienen en sus obras proyecciones que escapan o contradicen las del Ateneo, Reyes, en las varias etapas de su larga y admirable obra habría de llevar al máximo de sus posibilidades y a su mayor esplendor el espíritu del Ateneo.

Tras de estos decisivos años ateneístas, Alfonso Reyes sale a Europa. Luego de desempeñar un puesto diplomático en Francia, va a España donde permanecerá de 1914 a 1924, en uno de los periodos más intensos y fructíferos de su vida y de su obra. Allí ocupará de nuevo cargos diplomáticos, pero, al mismo tiempo, cumplirá una nueva etapa de su formación literaria: su adiestramiento como investigador filológico en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, dirigido por don Ramón Menéndez Pidal. Sus compañeros son maestros luego ilustres: Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Federico de Onís, Antonio G. Solalinde. Escribe entonces algunas de sus obras más notables: *Visión de Anáhuac* (1917), *Simpatías y diferencias* (1921-1926) e *Ifigenia cruel* (1924), y hace también periodismo: es uno de los redactores del *El Sol* y colaborador de planta de la *Revista de Filología Española*. Ha conquistado ya una técnica y un espíritu de investigador que darán a sus obras un rigor y una solidez que permanecerán, aun invisibles, si las disimulan todas las gracias de su ingenio.

En los años siguientes, afirma su sentido universal con nuevos viajes, ahora como ministro plenipotenciario y luego como embajador, y largas permanencias, otra vez en Francia y en España, y en la Argentina y Brasil, en Uruguay y en Chile, países que dejarán huella en su obra y en los que él dejará también un testimonio permanente.

Los años de la cosecha

A principios de 1939, regresa definitivamente a México para emprender la opulenta cosecha que, aunque no había dejado de dar sus frutos en los años de viajero, ahora, de nuevo en su patria y asentado definitivamente el hermoso templo de su trabajo —su rica biblioteca y sus archivos—, multiplicará un ritmo que había sido siempre generoso. Aquí organiza y preside La Casa de España que luego se transforma en El Colegio de México. Preside desde 1957 hasta su muerte la Academia Mexicana de la Lengua y es miembro fundador de El Colegio Nacional. Enseña literatura y explica temas humanistas. Universidades le otorgan los máximos honores académicos e instituciones culturales de Europa y América solicitan para él el Premio Nobel. En 1955, al cumplirse cincuenta años de su carrera literaria, se comienza la publicación de sus *Obras completas*. La plenitud de su obra y la constancia de su vocación intelectual le dieron un título que nadie pudo disputarle, el de nuestro más distinguido hombre de letras. En pleno trabajo, la muerte, que tan insistentemente se le había anunciado, rindió su exhausto corazón la mañana del 27 de diciembre de 1959, y fue sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Las grandes direcciones de su obra

Ya en los principios literarios de Alfonso Reyes, en aquellas celebradas y juveniles *Cuestiones estéticas* (1911), pueden descubrirse los gérmenes de las grandes direcciones que seguirá su monumental obra posterior: la cultura clásica, la investigación teórica de la literatura, las letras españolas, francesas, inglesas y mexicanas, la fantasía y el ensayo, Goethe y Mallarmé, aficiones que frecuentará y desarrollará en sus libros siguientes, tienen en aquél de su juventud un afortunado nacimiento. Como entonces se anunciaba, ensayista habrá de ser primordialmente Alfonso Reyes, aunque haya quien lo considere (en atención a su hermosa obra lírica) ante todo poeta, y cultive también la prosa narrativa y el drama. Alerta

su curiosidad hacia todos los rumbos, atento siempre a las manifestaciones del espíritu allí donde surjan, conquistador y propagador de las tradiciones fundamentales de la cultura, universal y enciclopédico, maestro en todos los registros de la pluma, Alfonso Reyes realizará en México el más cumplido ejemplo del hombre de letras.

Lírica e imaginación

Cabal hombre de letras, Alfonso Reyes adorna los prestigios de su pluma con una poesía que, aunque cultivada junto a muchas otras disciplinas, las ilumina a todas y posee una calidad y una significación tan considerable como el resto de su obra. En la historia de las letras mexicanas, el lugar de su obra poética no puede limitarse exclusivamente dentro de la generación ateneísta, cuya afición lírica fue secundaria. *Huellas* (1922), el primer libro de versos de Reyes, aparece ya lejos de los días del Ateneo, aunque incluya composiciones fechadas entre 1906 y 1919; y, por otra parte, el carácter de la poesía de aquel libro y de todos los posteriores, rebasará la estética de los años iniciales del siglo para venir a enlazarse con la más reciente. En pocas obras poéticas nuestras se ostenta tan exquisita y cultivada sensibilidad como en la de Alfonso Reyes. Nada ocurre en ella por acaso, aunque todo surja como una canción libre y fluida que reúne con acierto único los polos de lo hermético y lo popular. Pero acontece que su lírica no sólo está educada en Góngora y Mallarmé sino en toda la gran poesía del mundo, y por ello puede ser, cuando quiere, popular, pero popular fincada en las más finas raíces tradicionales y buida de los más sutiles refinamientos. Su poesía es la de quien ha frecuentado mucha vida y mucha literatura y ha aprendido a reservar lo más puro, fugitivo, estremecedor y delicioso para esa comunicación de lo inefable. Mas, al mismo tiempo, y como una nueva prenda de la universalidad de su espíritu, sabe también pulsar como un maestro las demás cuerdas de la lira. Su certero gusto le permite servirse con fiadamente de lo pintoresco, lo anecdótico o lo coloquial, por

ejemplo —registros ausentes en la mayoría de las obras de nuestros poetas—, y que él aprovecha con una sabiduría que le hace conocer aquello que sigue y seguirá siendo poesía por encima de las modas actuales, con exceso restringidas en sus temas y formas. Pero si es por igual afortunado en los versos de circunstancias de *Cortesía* (1948) que en aquellos que guardan la nostalgia de su tierra o el aroma sentimental de sus viajes; y en los divertimientos literarios lo mismo que en las evocaciones de temas clásicos, hay en su poesía una veta de hermosura singularmente feliz: la que deja fluir la música íntima de su melancolía en romances que han llegado a crear, dentro de la forma tradicional, un género nuevo, de interiorizada y sutil melodía.

Sitio destacado en su vasta obra tiene *Ifigenia cruel* (1924), el hermoso poema dramático, que junto a su valor teatral y a su importancia como recreación del mito heleno, sobresale por su poderoso lirismo y por cuanto nos ayuda a la comprensión psicológica de su autor. Sublimando en el molde de la antigua leyenda su propia aventura, Reyes acertó realizar una de sus obras de más perdurable y profunda emoción poética.

En los volúmenes titulados *Verdad y mentira* (1950) y *Quince presencias* (1955) reunió Alfonso Reyes la mayor parte de sus escritos narrativos o de fantasía, desde los de *El plano oblicuo* (1920) hasta *Los siete sobre Deva* (1942), pasando por *La casa del grillo*, *El testimonio de Juan Peña*, *Pasión y muerte de Dona Engracadinha*, *Fábula de la muchacha y la elefanta* y otros relatos sueltos, algunos de ellos publicados aquí por primera vez. Estos cuentos, diálogos y narraciones tienen una condición especial dentro del género de ficción. Se apartan por lo general de la prosa narrativa pura —traslúcida, que sólo quiere servir de invisible puente para trasladar al lector al mundo y a los hechos que cuenta—, para entregarse, en cambio, a los atractivos de la imaginación, al deleite mismo del narrar y al juego de la prosa. Su autor no oculta su condición esencial de poeta y ensayista para quien las palabras son tanto significados y significantes como también magia y música. Acaso por ello las ficciones de Alfonso Reyes parezcan más aptas para

crear situaciones y climas, cargados de alusiones y de sutiles observaciones, cargados de humanidad y de sentido novelesco, que no para conducir una narración, con lo que dejan de ser en verdad "cuentos", por el otro extremo del género. Pudiera, pues, decirse de estos cuentos y narraciones que, en su mayor y más representativa porción, son ensayos y fantasías acerca de situaciones, climas y personajes novelescos. Y en ello mismo reside su encanto: en lo personal y sugestivo de su perspectiva y de su textura, en el rico y ondulante juego del ingenio de su autor, y en su humor, su gracia y su hondura, siempre tan discretamente distribuidos.

Los caminos del ensayista

Con sólo los ensayos de Alfonso Reyes pudiera integrarse una antología que mostrara la mayor parte de los abundantes tipos y formas que suele adoptar el género. Y si se prefiriera formar un inventario de sus temas, advertiríanse las múltiples direcciones que siguen los ensayos de Alfonso Reyes: divagaciones puras, crítica literaria, temas humanistas, teoría literaria, meditaciones americanas y asuntos misceláneos. Formas y temas varios han ido alternándose y conjugándose en su obra con una distribución que recuerda la de una vida bien ordenada, planeada por un hombre sensato. Meditaciones sobre nuestro destino mexicano y americano y juegos poéticos; austeras reflexiones sobre el fenómeno literario y fantasías en donde toda curiosidad tiene cabida; la antigüedad clásica traída hasta nuestras actuales preocupaciones y llamadas de atención hacia lo más destacado de la modernidad, y aun la gracia y la malicia, dejando un rastro amable entre la sequedad de las investigaciones, o una lección moral y filosófica en aquellos divertimientos que parecen pura frivolidad. Elástica juventud de Alfonso Reyes, tal la de un pensador que sabe a la vez practicar con gallardía los deportes y no desdeña, a su tiempo, entregarse a la pura delicia de lo intrascendente. Quizás él no suscribiera del todo aquella afirmación —no vacía de petulancia— de Ortega y Gasset, que

pretendía que el pensador había de abstenerse de toda participación en la vida misma, para situarse sólo en puro espectador de su movimiento, o lo que en más llano castellano suele llamarse “ver los toros desde la barrera”. Ortega asistía de mala gana al golf y especulaba desde su palco: Reyes prefirió jugarlo, como prefirió también jugar la vida, aunque luego se escondiera en su taller para apuntar sus meditaciones. Y aun en su retiro, no impidió que a su obra llegasen los rastros del bullicio, el aroma mismo de la vida. Había descubierto en ellos una gracia única, una frescura que se enseñó a usufructuar con maliciosa sabiduría.

Ordenándolos en atención a sus formas literarias, antes que por sus temas, los ensayos de Alfonso Reyes pueden repartirse en varios grupos que gradualmente van descendiendo de la creación literaria pura a la circunstancialidad periodística.

1. Ensayo como género de creación literaria. Es aquella forma más noble e ilustre del ensayo, a la vez invención, teoría y poema. Se inicia, dentro de la obra de Reyes, con uno de sus escritos más felices, la *Visión de Anáhuac* (1917), síntesis de perfecta hermosura sobre el origen, el destino y la misión de México. Junto a él pueden situarse otros ensayos de esta misma naturaleza, como *Palinodia del polvo* (1940), en cierta manera complemento y respuesta de la *Visión de Anáhuac*, y *Por mayo era, por mayo...* (1940) sobre el tema eterno de la flor.

2. Ensayo breve, poemático. Casi de la misma índole que el anterior, aunque más breve y menos ceñido, a la manera de apuntes líricos, filosóficos o de simple observación curiosa. Lo representan algunos de los libros de lectura más placentera y vivaz que ha escrito Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid* (1917), *Calendario* (1924) y *Tren de ondas* (1932), además de muchos otros ensayos semejantes que andan dispersos en sus libros.

3. Ensayo de fantasía, ingenio o divagación. En ellos despliega Reyes, a la manera inglesa, la frescura de su gracia e ingenio, su extremada habilidad y su virtuosismo literarios. Algunos de estos ensayos forman las encantadoras y doctas *Memorias de cocina y bodega* (1953), y otros los ha reunido en *Ancorajes* (1951) —“La casta del can”, “Breve visita a los infier-

nos"—, y en el precioso librito *Árbol de pólvora* (1953), y otros se publicaron en la revista *Letras de México* —"Al diablo con la homonimia" e "Historia natural das Laranjeiras"—. Constituyen un género ensayístico muy personal de Alfonso Reyes y en el que no admite comparación. Y si él es un maestro consumado en los temas doctos, nunca se le siente más sí mismo y más complacido que en estos juegos de fantasía e ingenio y en aquellos romances de íntima melancolía, aludidos más arriba. Éste es para mí, si no precisamente el mejor Alfonso Reyes, sí el de vibración más intensa y entrañable, y el que conserva y trasciende más puro el aroma y el don de su inteligencia.

4. Ensayo-discurso u oración (doctrinario). Forma intermedia entre la oratoria del discurso y la disertación académica, queda en ellos la expresión de su mensaje cultural de maestro. Los ha consagrado principalmente a sus meditaciones americanas y, en general, a proponer rumbos en asuntos fundamentales de cultura. Su elegancia es a la vez clásica y moderna, y pese al rigor intelectual que los ordena, no carecen de esos relieves de gracia y expresión directa característicos de su estilo. Recordemos el hermoso "Discurso por Virgilio" (1931) y los ensayos recogidos en *Tentativas y orientaciones* (1944).

5. Ensayo interpretativo. Es la forma más común del ensayo, tratamiento breve de una materia que contiene una interpretación original. Sus temas, dentro de la obra de Alfonso Reyes, son principalmente literarios y algunas veces históricos y humanísticos. Literarios como en *Retratos reales e imaginarios* (1920), *Tránsito de Amado Nervo* (1937), *Mallarmé entre nosotros* (1938) y *Grata compañía* (1948). De historia americana como en *Última Tule* (1942), uno de los libros fundamentales de Alfonso Reyes. De temas humanísticos como en *Junta de sombras* (1949) y *Estudios helénicos* (1957), evocaciones y estampas clásicas de noble belleza, y cuya erudición se ofrece en imágenes vivas y actuales. *La caída* (1933) toca un tema de crítica de arte. *Idea política de Goethe* (1937), *Trayectoria de Goethe* (1954) y otros sobre el mismo tema, aún dispersos, son ensayos dedicados a examinar aspectos capitales de la personalidad y la obra del genio alemán, con cuyo espíritu en más de

un aspecto se emparenta el de Alfonso Reyes.

6. **Ensayo teórico.** Un matiz lo diferencia del ensayo interpretativo, pues mientras las proposiciones de aquél discurren más libremente y se ocupan por lo general de personalidades literarias o acontecimientos históricos, las de éste, más ceñidas, transitan por el campo puro de los conceptos. Representan este tipo ensayístico las agudas divagaciones de *El suicida* (1917), *A vuelta de correo* (1932), páginas poco divulgadas de Alfonso Reyes (luego recogidas y ampliadas en *La X en la frente*, 1952) en las que consigna sus ideas fundamentales sobre el "nacionalismo" que periódicamente exalta nuestras letras; y dos volúmenes de teoría: *La experiencia literaria* (1942), un precioso repertorio de ensayos que aclaran y ordenan los conceptos y funciones principales del oficio literario, y *Tres puntos de exegética literaria* (1945) que expone el método histórico de la crítica y analiza las relaciones que tienen la vida y los estímulos —exteriores e interiores— con la recreación literaria.

7. **Ensayo de crítica literaria.** Ha sido otro de los intereses de Alfonso Reyes, constantes a lo largo de su obra. Pero de acuerdo con el público a que va dirigida y con la intención del autor, su crítica literaria tiene, a su vez, varias especies o grados que pueden agruparse en orden decreciente de rigor técnico como sigue: 1. *Erudito*. Lo representan dos libros escritos en la época de sus investigaciones en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, *Cuestiones gongorinas* (1927), prolongación y desarrollo de aquel precursor y notable ensayo "Sobre la estética de Góngora" (1910) que aparece en *Cuestiones estéticas* —y que es de los primeros, si no el primero, que estudia la poesía del cordobés con la simpatía, perspectiva y comprensión modernas—, que recoge precisiones y exégesis fundamentales, y *Entre libros* (1948) donde se coleccionan reseñas de tipo erudito publicadas en su mayor parte en la *Revista de Filología Española*. 2. *De exposición histórica*. Principia, desde los orígenes literarios de Alfonso Reyes, con un estudio notable no sólo por haber sido escrito cuando su autor contaba veintinueve años sino también por su elegancia y su claro juicio, *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX* (1910). Continúan este tipo de crítica histórica estudios tan destacados, por su ame-

nidad, erudición y sentido de la síntesis, como las dos series de *Capítulos de literatura española* (1939 y 1945) y un volumen cuya importancia en nuestra historia literaria parece no haber sido advertido del todo, *Letras de la Nueva España* (1948), que ofrece no sólo el mejor y más lúcido panorama hasta hoy existente sobre nuestra literatura colonial sino que entrega, además, una exposición llena de interpretaciones originales y fecundas acerca de la literatura prehispánica. 3. *De interpretación*. Es la crítica que, al apartarse del rigor erudito y científico, vuelve a encontrar la libertad del ensayo. Iníciase también con uno de los primeros trabajos de Reyes, *Los "Poemas rústicos" de Manuel José Othón* (1910), que sigue siendo de los estudios fundamentales acerca del poeta. Junto a él, viene aquel gran libro primero de Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas* (1911) que, además de textos de crítica literaria de esta índole, titulados *Opiniones*, contiene, en su segunda parte y a la manera ensayística de Wilde, unas *Intenciones*. Dentro de esta misma línea de juegos libres de la imaginación y el ingenio sobre estímulos casi siempre literarios se encuentran la admirada y sugestiva serie de *Simpatías y diferencias* (1921-1926) y su prolongación en *El cazador* (1921), libros a los que deben sumarse, además de muchos otros ensayos de crítica literaria interpretativa dispersos, uno de sabroso contenido que trata *De un autor censurado en el "Quijote": Antonio de Torquemada* (1948).

8. **Ensayo expositivo.** Es el fruto del admirable sentido que para las síntesis y las exposiciones tuvo Alfonso Reyes. Muchos ensayos de esta especie andan por todos sus libros, y aun puede añadirse que casi no hay materia fundamental de cultura que no haya sido expuesta y resumida magistralmente por su pluma. En forma aislada, corren el "Panorama del Brasil" (1945), el "Panorama de la religión griega" (1948) y *La filosofía helenística* (1959), y en el volumen que lleva el título *Sirtes* (1949) hay algunos superiores: sobre la Atlántida, la prehistoria, Segismundo, la semántica y el sistema histórico de Toynbee.

9. **Ensayo crónica o memorias.** Aunque no llegó a concluir la narración de sus memorias, Reyes las inició en un libro conmovedor y valiente, *Parentalia* (1958), y en su continuación

póstuma, *Albores* (1960), y puso mucho de su historia intelectual, desde sus principios hasta 1925, en su interesante "Historia documental de mis libros" (1955-1959). Además, en otros libros suyos quedan preciosos testimonios acerca de sus propias experiencias, ya en forma lírica como en *Las vísperas de España* (1937), o bien con una perspectiva más cercana a la crónica, como en *Aquellos días* (1938) y en *Pasado inmediato* (1941) que narra, este último, y por lo cual es un documento importante para nuestra historia literaria, la empresa cultural de la generación del Ateneo a que perteneció el mismo Reyes.

10. **Ensayo breve, periodístico y de circunstancias.** Es el registro más leve y pasajero de todas aquellas incitaciones, temas, opiniones y hechos que percibe un espíritu como el de Alfonso Reyes, que vivía en su totalidad la vida de la cultura. Lo grande, lo pequeño y lo mínimo, consignado al paso, mas siempre con una brizna de su ingenio y su sabiduría, si no con un vislumbre revelador. Lo juntan *Norte y sur* (1945), *Los trabajos y los días* (1946), *A lápiz* (1947) y *De viva voz* (1949), las tres series de *Marginalia* (1952, 1954 y 1959) y los doscientos de *Las burlas veras* (1957 y 1959), hermosos títulos nunca injustos para su contenido.

11. **Tratados.** Finalmente, aquellos de sus libros que superan la falta de compromisos del ensayo: tratados a la manera clásica, arquitecturados y plenos: las obras más arduas y doctas de Alfonso Reyes y en las que esplende su rigor y sabiduría y a las que no deja de dar visos de gracia y de vitalidad el don de su ingenio: *La crítica en la Edad Ateniense* (1941), *La antigua retórica* (1942) y *El deslinde* (1944), propio campo de su última y magistral doctrina literaria.

El teórico de la literatura

De nuevo en las *Cuestiones estéticas* (1911) puede descubrirse el nacimiento de las dos vertientes que habían de conducir a Alfonso Reyes a la composición de una de sus obras capitales, *El deslinde* (1944): la devoción por las letras clásicas y la preocupación por la teoría literaria. En su vida y en su obra, a lo

largo de treinta y tres años, estos intereses fueron nutriéndose de otras dos prácticas esenciales, el conocimiento amoroso y lúcido de los monumentos clásicos y la circulación abundantísima por todos los continentes literarios, además de un ejercicio constante de la aptitud crítica adiestrada al paso en las disciplinas anejas y en los métodos analíticos aprendidos de los maestros; y adiestrada y fortalecida en la frecuentación cordial de cada uno de los oficios y circunstancias del hombre de letras; y aun de aquellas tareas concernientes a la realización material del libro, que a todas se acercó Reyes como quien se había entregado desde su juventud al mundo de las letras aceptándolo totalmente y buscando en todos sus aspectos aquella ilustración viva que mejor lo llevara al dominio de sus empresas.

La crítica en la Edad Ateniense (1941) y *La antigua retórica* (1942), presentan ya volcadas una dirección en la otra y vienen a ser el examen previo de la contribución de la Antigüedad al problema de la filosofía y de la ciencia del fenómeno literario. No agotan estos volúmenes el tema propuesto —motivo de otras disertaciones del autor aún no coleccionadas— pero se refieren ya a sus momentos más destacados y establecen los cimientos de la investigación que, luego de las “coordenadas” del estimulante grupo de ensayos que integran *La experiencia literaria* (1942) —obra que dentro de este sistema puede situarse muy justamente como el trazado y reconocimiento general del campo que luego va a explorarse—, se emprenderá vigorosamente en *El deslinde*.

Estos “Prolegómenos a la teoría literaria”, la más ambiciosa de las obras que escribiera Alfonso Reyes, son una descripción o exploración en profundidad de los contenidos formales y de significado y de los rumbos mentales que distinguen a la literatura de otras disciplinas del pensamiento. Es también un vaciado del campo y de las funciones que conciernen a la literatura dentro del cuerpo de las demás disciplinas, y una descripción de sus problemas de límites y sus interpenetraciones.

Un estilo y una imaginación tan feraces y personales como los de Alfonso Reyes implicaban necesariamente problemas en su aplicación a una obra de esta naturaleza. En su ataque a

la comprensión del fenómeno literario, Reyes procede por aproximaciones y redibujos, un poco a la manera digresiva de Marcel Proust, y ello le lleva a imponer a sus lectores un cierto desajuste o violencia mentales, al hacerlos atender dos melodías un poco extrañas entre sí; la concentrada de un lenguaje cerradamente lógico —que aun va constriñendo al lenguaje vulgar para manipular a base de denominaciones técnicas establecidas— y la melodía de las digresiones, comentarios e ilustraciones de todas especies, características del esplendor del estilo de Reyes. Ello hace particularmente difícil la lectura de los cinco capítulos preliminares, en los que es más notorio este inoportuno consorcio, y hace pensar en la conveniencia de un digesto de *El deslinde* en el que se le redujera al puro nervio de sus indagaciones fenomenológicas, digesto que debería conservar, intactos, los capítulos VI y VII, de singular excelencia, que se refieren directamente a la literatura.

La primera y la segunda partes de *El deslinde* constituyen, de hecho, la obra consumada, es decir, el vaciado del cuerpo de atributos formales y de significado de la literatura, dentro del gran cuerpo de las disciplinas que le son afines o tienen con ella algunos nexos intencionales; o bien, constituye la monumental introducción a la teoría literaria cuyo campo sería no ya la descripción y depuración de los límites, tarea de este volumen, sino el ataque a la materia literaria, previamente purificada, en sus diferentes funciones y categorías.

Es admirable el contraste de la empresa de estos "Prolegómenos a la teoría literaria" con la disciplina tradicionalmente así llamada. Pues los tratados que así se intitulaban solían restringir, equivocadamente, la acepción de teoría a lo que era propiamente preceptiva literaria, tal como la instauraron Quintiliano y Cicerón y tal como la anquilosó, parecía que definitivamente, Hermosilla. La monumental obra de Alfonso Reyes debe su ejemplar método de exploración descriptiva, y nunca preceptiva, a la fenomenología alemana, y debe su orientación, su rumbo mental como diría el mismo Reyes, a la sagacidad literaria del propio autor alimentada en todas las fuentes y experiencias, y a las orientaciones de la ciencia literaria tal como ha sido concebida por los maestros contem-

poráneos. Pero frente a las aportaciones de sus ilustres antecesores, la obra de Alfonso Reyes es la primera que se aboca a la empresa total y abrumadora de la descripción del fenómeno literario. Atacando el problema desde diferentes perspectivas —filología, estilística, estética, teoría literaria, filosofía del lenguaje, etcétera—, los estudios de los maestros que le precedieron habían ido aportando luces, aunque rehuían, al mismo tiempo, el trabajo sistemático total. *El deslinde* de Alfonso Reyes no es todavía ese trabajo sistemático general descriptivo del fenómeno literario, pero viene a ser la proposición monumental de las bases de aquel trabajo, la revelación de sus problemas internos, y de la complicada estructura existente bajo el obvio designio de literatura.

Semejante índole lleva necesariamente al lector a la espera y a la imaginación de esa obra para la cual este espeso “deslinde” sirve a manera de introducción. “Si el deslinde queda hecho —escribe Alfonso Reyes en la peroración final—, el paso está franco para otras aventuras por el interior de la poesía, a las que hemos de dedicar futuros desvelos”. Y para la realización de estas nuevas aventuras, todos confiábamos en que el hombre de letras que pudo escribir *El deslinde* contara con las fuerzas y el ánimo necesarios para proseguirlo, ya que era empresa que tenía la medida de su temple y ya que si la abandonaba a merced de los que le sucedan, era posible que resultara contrahecha e infeliz. Infortunadamente, el tiempo no se lo consintió y la obra por hacer continúa como “hijo no-nato del espíritu” en larga espera del padre capaz de entregarlo a la luz.

Suele pensarse de muchos grandes libros que su autor se adelantó a nuestros pasos, creyendo con ello que todos hubiésemos sido capaces de escribirlos alguna vez. No creo que pudiera ocurrir otro tanto con *El deslinde*, pues es la obra específica de la vida y de la obra de Alfonso Reyes. Quiero también decir con ello que *El deslinde* no se presenta al lector como el producto de una ideación desnuda y de una exploración a base de conocimientos y doctrinas más o menos mostrancas; su lectura, por el contrario, ofrece el fruto entrañable de la vida literaria de Reyes, de su prodigiosa sabiduría en

tantos dominios del conocimiento humano, de su fértil experiencia en cada uno de los órdenes y oficios de las letras, de su virtud estilística, dueña de tantos registros, de su inigualable poder de aprensión, de síntesis y de comunicación de los productos mentales; de la claridad y gracia de su espíritu, de curiosidad tan generosa y de ordenamiento tan armónico y afortunado. Es por excelencia, la obra que sólo él, en la cima de su vida, pudo escribir. Y no puede decirse mayor elogio de su enorme empresa que repetir las palabras que escribió Werner Jaeger a Alfonso Reyes, comentando la obra de éste: "¡Cuánto me hubiese gustado asistir al asombro que habría producido en Aristóteles la lectura del *El deslinde!*"

La doctrina americana

El destino y los problemas que impone la civilización de nuestro Continente han sido, tradicionalmente, preocupaciones capitales de los maestros americanos. Fiel a esa vocación y a esa norma, Alfonso Reyes ha expuesto en varios ensayos fundamentales una lúcida doctrina americana.

Sus meditaciones de esta índole se han consagrado de manera principal a explorar el sentido que rige la vida de América, y el significado y el carácter de la cultura americana. En *Última Tule*, uno de sus ensayos más hermosos, Alfonso Reyes ha narrado, además de la historia misma del descubrimiento de América, las vicisitudes que en la mente de los filósofos, los poetas, los geógrafos y los viajeros tuvo, desde antes de su materialización, la imagen de América, y cómo, desde entonces, fue para la fatigada Europa la tierra que podía convertir en realidad sus mejores sueños utópicos y aun los ensueños de la mitología y la fábula. Así la mostraron a la curiosidad universal las primeras descripciones de Colón, para quien América era sobre todo la tierra de la abundancia y del indio "buen salvaje". Y aunque con el paso de la historia aquella imagen haya tenido que ajustarse y rectificarse, América no ha perdido, por ello, el sentido que presidió su nacimiento, y sigue siendo "la última Tule", el límite de la esperanza.

En relación con este destino que anima la vida del Continente, Alfonso Reyes ha propuesto su doctrina acerca del significado y el carácter de la cultura americana y de las tareas más urgentes que ella nos exige.

En principio, la cultura de hispanoamérica —a cuya elucidación dedica Alfonso Reyes preferentemente sus meditaciones— tiene una importancia destacada, que suele olvidarse, por cuanto contribuye con valores originales y de rango universal a la concepción del mundo y a la integración del panorama mundial de la cultura. La nuestra es una cultura natural del espíritu y por ello el nombre que le conviene es el de “inteligencia americana”, porque, más que una diferencia de contenidos o de esencias, implica una diferencia de “tempo” americano, patente en la prisa de la evolución cultural de América.

Por otra parte, este “tempo”, y las circunstancias en que ha vivido el escritor hispanoamericano, han determinado varias de sus características. Él ha tenido que luchar aquí no sólo contra los propios obstáculos de su empresa intelectual sino también contra toda clase de vicisitudes materiales. Ha adquirido así un hábito de lucha y, antes de consentirle los mundos cerrados o las especializaciones, se le ha impuesto un imperativo de acción y una pluralidad de ejercicios. Pues mientras que en Europa el escritor nace “como en el piso más alto de la Torre Eiffel”, en la América hispánica se encuentra “en la región del fuego central”.

Ante las disyuntivas que le proponen Europa y los Estados Unidos y americanistas e hispanistas, nuestros escritores afirman su repugnancia a las segregaciones étnicas, su afinidad con Europa y su universalidad humana. Y equilibran naturalmente esta costumbre de trato con Europa y este internacionalismo con poderoso arraigo en la tierra y en sus problemas inmediatos.

Finalmente, Alfonso Reyes sugiere a la inteligencia americana una tarea previa de método y la convoca a la fidelidad de su destino. Aquella tarea, esencial no sólo para que el resto del mundo nos conozca y nos comprenda con facilidad y claridad, sino también para que nosotros mismos ganemos

una conciencia más cabal de nuestro ser, es la de purificar el conocimiento de América, la de jardinar la maleza de los conceptos americanos. El destino último de América no es otro que el signo mismo que presidió su aparición en la escena universal: América está llamada a realizar la utopía, el mundo mejor en que todos los hombres han soñado.

Estilo y espíritu

La tónica del estilo de Alfonso Reyes no es la pasión ni el dramatismo, ni la exuberancia imaginativa ni la serena proporción, ni la aguda lucidez ni el cálido temblor del sentimiento; dominaba todos esos registros e iba de uno a otro con perfecta maestría, se enriquecía con todas las experiencias y sabía desnudar las ideas con aquel arte sutil del músico de la novela de Proust, cuya sonata parecía descubrir un "objeto de belleza" ya existente. Manejaba una sabiduría total, no sólo de ciencias y artes varias sino de todas las humanas experiencias, aunque ellos se llamen los instintos de las urracas o las víboras, los cuentos y decires del pueblo, la conducta de los niños, el reino de los alimentos terrestres o las más extrañas pasiones humanas. Y era cosa sorprendente verlo iluminar los más espinosos problemas de cultura con un cuento popular o un ejemplo en el que intervienen personajes del reino animal, tal como gustaba de encubrir su sabiduría el infante don Juan Manuel. Algunas veces, la riqueza de elementos, la multiplicidad de incitaciones y alusiones y el virtuosismo del giro mental nos recuerdan ese barroquismo, tan frecuente en nuestras expresiones estéticas. Pero Alfonso Reyes lo resolvía todo en una abundancia lúcida de cada una de sus galas y fiel a la clásica arquitectura de su pensamiento. Sabía el arte de imponer una armonía justa entre sus elementos que son de todos los matices y de todas las latitudes; de todas las intensidades también porque sus vibraciones se perciben según la educación de la sensibilidad de sus lectores o según los ímpetus de descubrimiento que los impulsen. El ejercicio literario incluye virtudes y artes de varios otros menesteres; en él par-

ticipan a la vez la cotidiana laboriosidad del artesano, las luces divinas del profeta o del adivino y la insondable e infusa sabiduría de las cocineras. Los escritores que todo lo confían a uno sólo de estos extremos paran en brumosos y nos imponen el desasosiego de lo inarmónico. Alfonso Reyes, en cambio, había aprendido, quién sabe con qué fórmulas y tras de qué disciplinas, que es preciso no desechar ninguno de estos recursos para realizar una obra diáfana, viviente y amable. Discurría con la fácil elegancia de un dios ordenando el universo, sazónaba con hechicera sabiduría, poseía una gracia infusa que le acompañaba en todas sus empresas, y pudo preguntarse, como sor Juana, si no la debía a los sabrosos condimentos de su tierra.

Cuando Alfonso Reyes tocaba con su pluma un tema, diríase pues que le devolviera su yacente riqueza y nos lo entregara pulido y animado, organizado como una unidad sinfónica, caprichosa y sabia en su capricho, movable y sosegada.

El mexicano universal

La producción siempre generosa que desde sus orígenes mantuvo Alfonso Reyes creó para la cultura mexicana una de las obras de mayor esplendor y uno de sus más claros orgullos, y determinó, al mismo tiempo, en sus lectores, una especie de hábito, que si impedía apreciar en todo su realce el valor de cada uno de sus libros, aclaraba, a contraluz, el sitio que tiene Reyes en las letras mexicanas. Porque si para la mayoría de los escritores mexicanos conservamos una tabla de apreciaciones que nos permite ver en cada uno de sus nuevos libros una etapa más de la carrera de sus autores y el resultado de una nueva empresa y un nuevo esfuerzo, recibíamos, en cambio, los libros de Alfonso Reyes con una actitud absolutamente diversa y como si él —lo cual no carece del todo de verdad— estuviese en un lugar y en una situación peculiares: un libro con su firma, dentro de su personal y excepcional economía intelectual, venía a ser equivalente al esfuerzo que otros gastan para concluir un poema, un cuento o un ensayo

breve; y una fiesta de gracia y elegancia o las más sutiles y acabadas meditaciones —que salidas de otras plumas merecerían una tormenta de elogios y admiraciones— parecían en la magistral de Alfonso Reyes apenas su respiración normal, apenas, caso semejante al de Góngora, la llanura de la que aún pueden elevarse las cumbres .

Acaso necesitemos olvidar y destruir el hábito que nos hemos formado para ver de nuevo en todo su variado esplendor la obra extraordinaria de Alfonso Reyes, y acaso necesitemos la perspectiva del tiempo para rendir a sus libros la admiración que merecen y para juzgar con mayor verdad las censuras que solían dirigirse especialmente contra dos aspectos de su obra. Una de ellas, la que le exigía que se consagrara a las grandes empresas culturales que él tuvo la capacidad de realizar, parece destruirse con la sola consideración del conjunto ingente de su obra total —cuya magnitud supera a la de cualquiera otra de autor mexicano de su época— y en la cual, además de la universalidad de los temas, de la originalidad y agudeza de la inteligencia y de la sensibilidad que nos ilumina, existen todos los grados y especies de los frutos: armonioso y rico jardín, y en él las obras menores no son por ello las menos magistrales y perdurables.

No asiste más justicia a la otra de las censuras que recibía Alfonso Reyes. Pues olvidando que los estudios que dedicó a la cultura mexicana —desde aquel juvenil y ya brillante ensayo sobre el paisaje en nuestra poesía del siglo XIX, hasta su tratado de las *Letras de la Nueva España*— bastarían con creces para formar el prestigio de uno de nuestros escritores; olvidando también que esas páginas cuyas guardan síntesis, juicios y llamadas de atención, imprescindibles para la comprensión de nuestro acervo cultural, algunos críticos, celosos de la atención que él concedía a otros territorios del espíritu, se empeñaron en crear la leyenda de un Alfonso Reyes extraño a su realidad cultural .

Pero, entonces, ¿por qué llegó a ser una de las banderas más altas que representaban a México en el mundo? Cuando nos visitaban un Igor Stravinski, un Jules Romains, un Waldo Frank o un Aldous o un Julian Huxley, tenían en su agenda va-

rios nombres de mexicanos con los que deseaban encontrarse, y entre ellos, pude advertirlo, Alfonso Reyes figuraba siempre. Parecía obvio que se buscara en Diego Rivera el vigor original de nuestra plástica, o en Alfonso Caso el más lúcido camino para adentrarse en nuestro mundo indígena, o en otros creadores y especialistas el contacto con diversos órdenes de nuestras letras, artes y ciencias. Pero, ¿qué buscaban en Alfonso Reyes el músico, el novelista y el hombre de ciencia? ¿Por qué era él un punto de confluencia para el ruso, el francés, el norteamericano y el inglés, y por qué para el español y el hispanoamericano estaba siempre Alfonso Reyes como principio y punto de referencia de su imagen de la cultura mexicana?

Paréceme que una misma respuesta da razón de aquel reproche de nuestros celosos nacionalistas y de este reconocimiento universal. Mientras otros mexicanos representan lo irreductible de nuestra cultura, su secreta y violenta originalidad, la obra y la personalidad de Alfonso Reyes diríase que parten del punto justo en que aquella individualidad comienza a ser inteligible para el resto del mundo. Muy pocos, entre los primeros, han logrado que sus expresiones autóctonas tengan un sentido y conserven sus virtudes más allá de sus propios campanarios, y el designio de muchos no excluye la posibilidad de contentarse con esta clausura en cuyo privado coro se ahoguen todas las voces que lleguen del exterior. Inconforme con tan imprudente e inútil defensa de una originalidad que sólo puede madurar en el cruce de todos los vientos, Alfonso Reyes prefirió a lo largo de sus largos años de gloriosa fecundidad, la doble tarea de conservar entre nosotros la circulación de las tradiciones fundamentales de la cultura y la atención a los testimonios del espíritu, al mismo tiempo que hacía traducibles para el mundo nuestras mejores esencias. Por ello lo creyeron extraño a nuestra realidad cultural, y por ello también él encarnó el espíritu de México para hombres de todas las latitudes.

Y era ciertamente extraño y desmesurado entre nosotros, mas no porque la pasión de México careciera de sitio destacado en su obra —como puede comprobarlo quien quiera que

se dé el placer de navegar algunos de sus libros—, sino porque sus creaciones literarias y su formación intelectual no tenían la estatura que nos es común, no parecían las de un escritor perteneciente a un país cuya cultura se encuentra aún en vías de integración. Su poesía, su teatro y sus narraciones, diríase que hubieran surgido, póstumamente y sutiles rosas, del esplendor otoñal de una civilización, de vuelta ya de todas las sabidurías y de todos los deslumbramientos. En sus ensayos, escritos en una de las prosas castellanas más hermosas de nuestro tiempo, Alfonso Reyes nos incitó a creer que ha llegado el momento de iniciar nuestra aventura por el mundo y se puso a mostrarnos todos los caminos que nos esperaban. Es grato aprender su lección memorable y es estimulante persuadirnos de que México puede participar ya, sin temor a confundirse, en el gran diálogo del mundo.

Alfonso Reyes fue el lujo y el orgullo de las letras mexicanas. Durante los últimos cincuenta años nadie pudo disputarle el título de nuestro más distinguido hombre de letras. A lo largo de estos años en que tantos cambios y tantas ideas movieron a México y al mundo, nada doblegó ni nada distrajo su fidelidad a la inteligencia y al oficio, a la dignidad y a los deberes del escritor. Murió como debía, vencido su noble corazón después de tantos asaltos, entre sus libros y junto a sus últimos trabajos. Su obra, enorme y múltiple, es uno de los monumentos que honran la inteligencia de México. Sólo el tiempo nos permitirá admirarla y apreciarla en toda su grandeza, porque crecerá aún más con la perspectiva. Acaso sólo así lleguemos a comprender que fue un privilegio haber vivido en su tiempo y cerca de él.

1951-1960

Presentación de los discos de Voz viva de México

La vida

Hijo del general Bernardo Reyes y de Aurelia Ochoa de Reyes, oriundos del estado de Jalisco, Alfonso Reyes nació en Monterrey, Nuevo León, el 17 de mayo de 1889. Allí mismo inició sus estudios y en 1905 se trasladó a la ciudad de México para continuarlos en la Escuela Nacional Preparatoria. En este año publicó sus primeros versos en *El Espectador*, de Monterrey. Mientras cursaba la carrera de abogado, que concluiría en 1913, participó en las empresas culturales del Ateneo de la Juventud al lado de una generación ilustre: Antonio Caso, José Vasconcelos, Henríquez Ureña, Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Genaro Fernández Mac Gregor, entre otros. Los sucesos políticos y la trágica muerte de su padre lo empujaron a Europa a mediados de 1913. Inicialmente en Francia y luego en España, donde permanecerá de 1914 a 1924, escribe intensamente, sirve cargos diplomáticos y trabaja como investigador filológico en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. De 1924 a 1939 es representante de México en París, Buenos Aires y Río de Janeiro. A principios de 1939 regresa definitivamente a México donde organiza y preside La Casa de España que luego se transforma en El Colegio de México. En varias etapas de su vida enseñó literatura. Universidades e instituciones de Europa y América le otorgaron los máximos honores académicos. Presidió desde 1957 hasta su muerte la Academia Mexicana de la Lengua y fue miembro fundador de El Colegio Nacional. En 1955, al cumplirse cincuenta años de su carrera literaria, se le tributaron honores y homenajes y se comenzó la publicación de sus *Obras completas*. Murió en la ciudad de México, D.F., el 27 de diciembre de 1959 y fue sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres, del Panteón Civil.

La obra

Ya en los principios literarios de Alfonso Reyes, en aquellas celebradas y juveniles *Cuestiones estéticas* (1911), se encuentran los gérmenes de las grandes direcciones de su monumental obra posterior. La cultura clásica, la investigación teórica de la literatura, las letras españolas, francesas, inglesas y mexicanas, la obra de Goethe, aficiones que conservará y desarrollará en sus libros siguientes, tienen en aquél de su juventud un afortunado nacimiento. Como entonces se anunciaba, ensayista habrá de ser primordialmente, aunque haya quien le reputé ante todo poeta, en atención a su hermosa obra lírica, y cultive con fortuna la prosa narrativa y el drama. Alerta su curiosidad hacia todos los rumbos, atento siempre a las manifestaciones del espíritu, allí donde surjan, conquistador y propagador de las tradiciones fundamentales de la cultura, universal y enciclopédico, Alfonso Reyes realizó en México el más cumplido ejemplo del hombre de letras.

Con sólo sus ensayos pudiera integrarse una antología que mostrara la mayor parte de los tipos y formas que suele adoptar el género. Y si se prefiriera un inventario de sus temas, advertiríanse las múltiples direcciones que siguen los ensayos de Alfonso Reyes: divagaciones puras, crítica literaria, temas humanistas, teoría literaria, meditaciones americanas y asuntos misceláneos. Formas y temas varios iban alternándose y conjugándose en su obra con una distribución que hacía pensar en una vida bien ordenada: meditaciones sobre nuestro destino americano y mexicano y juegos poéticos; reflexiones sobre el fenómeno literario y fantasías en donde toda curiosidad tiene cabida; la antigüedad clásica traída hasta nuestras preocupaciones actuales y llamadas de atención hacia lo más sobresaliente del pensamiento moderno, y aun la gracia y la malicia dejando su rastro amable entre la sequedad de las investigaciones, o la lección moral y filosófica en aquellos divertimientos que parecen pura frivolidad.

Visión de Anáhuac

Aprovechando breves veranos de bienestar, y en ocasiones entre sorbos de oxígeno, Alfonso Reyes grabó para la Universidad Nacional, en su casa de la ciudad de México y en Cuernavaca, en agosto y septiembre de 1959, *Visión de Anáhuac* e *Ifigenia cruel*, dos de sus obras más hermosas y significativas. Había aceptado, además, grabar una selección de sus poemas y algunos ensayos breves, característicos de su pensamiento y estilo de épocas posteriores, pero la vida no se lo consintió. Su exhausto corazón habría de rendirse la mañana del 27 de diciembre del mismo año, y la muerte que tan insistentemente se le había anunciado y con la que se empeñó valientemente en jugar carreras, habría de encontrarlo entre sus libros y con las manos puestas en numerosas empresas.

Estos dos amplios poemas, uno en prosa, *Visión de Anáhuac*, y otro en verso, *Ifigenia cruel*, pertenecen al principio y al fin de su estancia madrileña que se extendió de 1914 a 1924, entre sus veinticinco y sus treinta y cinco años de madura juventud, cuando se sentía alejado de su país y cuando lo conturbaban los trágicos recuerdos de la muerte de su padre, confundido y perdido por la violencia revolucionaria.

Sirviéndose de los testimonios proporcionados por las *Cartas de relación* de Cortés, la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo y la *Crónica del Conquistador Anónimo*, y de algunas fuentes modernas para la interpretación histórica, la *Visión de Anáhuac* es una evocación, no erudita ni documental sino artística de la imagen de la antigua ciudad de México o Tenochtitlán, tal como apareció a principios del siglo XVI, en 1519 precisamente, a los ojos maravillados de los conquistadores españoles. Pero Reyes no se propuso exclusivamente realizar, para decirlo en palabras de Valery Larbaud, “una descripción lírica, y de un lirismo emparentado con el del Saint-John Perse. Gran poema de colores y hombres, de extraños monumentos y de riquezas acumuladas; en suma la verdadera ‘visión’ prometida, en todo su brillo y su misterio”, sino que su intención profunda fue, además, la de interrogar a aquella imagen original de México

y a aquel encuentro radical de dos razas, en busca del sentido de nuestra existencia. “Yo sueño —escribía Alfonso Reyes en 1922— en emprender una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esta divisa: *En busca del alma nacional*. La *Visión de Anáhuac* puede considerarse como un primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual; descubrir la misión del *hombre mexicano* en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos”.

Visión de Anáhuac ha sido uno de los textos más afortunados de Alfonso Reyes. Desde sus primeras ediciones, 1917 y 1923, fue saludado con admiración. “La prosa del autor —escribía Azorín— se desenvuelve precisa, limpia, vivamente coloreada. Asistimos materialmente a una vida que no hemos vivido”. Antonio Espina afirmaba que Reyes había logrado “un cuadro, una proyección vivaz y lírica del legendario valle de Anáhuac. La obra está concebida y escrita —añadía— con una sorprendente, diríamos, *puntualización* de estilo [...], exactitud verbal, dinamismo, equilibrio fonético, elasticidad”. Corpus Barga señalaba que Reyes “es un trasmutador de emoción lírica en emoción geográfica”. Una nota anónima mexicana decía: “El estilo de Reyes en la *Visión de Anáhuac* alcanza toda la nobleza de aquellos de nuestros mejores escritores que han trabajado por descubrir la rica alma de nuestro pueblo”. Y Mario Puccini, desde Milán, advertía la mexicanidad del poema al afirmar que aunque Reyes “vive en Madrid —o quizá por eso mismo— no puede olvidarse de que es mexicano”.

La traducción francesa provocó también excelentes comentarios sobre el poema. Además de los juicios ya citados, Valery Larbaud, su prologuista, consideraba a *Visión de Anáhuac*, “bajo la forma de un tratadito histórico, un verdadero poema nacional mexicano”. Benjamin Cremieux hacía notar que Reyes “había conseguido una rara mezcla de *Las mil y una noches* y la evocación cotidiana, de fantasía y de verdad”. Y Jean Cassou veía en la *Visión de Anáhuac* la prueba de que

México está llamado a dar la poesía original que se espera de los países nuevos.

La obra ha tenido seis reimpresiones, la cuarta de las cuales está destinada a servir de texto de examen para las máximas oposiciones de Francia, la "agregación de español", y ha sido traducida al francés, al alemán, al inglés y al checo. Las palabras con que se abre la *Visión de Anáhuac*: "Viajero: has llegado a la región más transparente del aire", se han convertido ya en proloquio y aun en lema lírico del valle de México. Sin embargo, como lo advirtió Alfonso Reyes, el crecimiento de la ciudad y su industrialización han enturbiado con humo, bruma y polvo la limpia atmósfera que existía en los días en que se escribió el poema. Por ello, en 1940, como contrapeso nostálgico, escribiría su "Palinodia del polvo" que se abre con este lamento: "¿Es ésta la región más transparente del aire? ¿Qué habéis hecho, entonces, de mi alto valle metafísico?"

Ifigenia cruel

Un ensayo sobre "Las tres Electras del teatro ateniense" abre *Cuestiones estéticas*, el primer libro publicado por Alfonso Reyes, y sobre temas griegos habrían de ser, igualmente, las últimas páginas en que trabajaba, casi medio siglo más tarde, cuando lo detuvo la muerte. La afición a Grecia fue, en efecto, una de las más constantes del humanista mexicano. En sus años de madurez, publicará estudios sobre la crítica y la retórica clásicas, iniciará la versión de la *Iliada* y escribirá monografías sobre diversos aspectos de la historia y la cultura griegas; a lo largo de toda su enorme obra persistirá siempre como un fondo animado, como una referencia viva, la lección del mundo grecolatino; pero será una obra de su juventud, el poema dramático *Ifigenia cruel*, el más alto y apasionado testimonio de su humanismo.

Con *Ifigenia cruel* cierra Alfonso Reyes uno de los periodos más intensos y fructíferos de su vida y de su obra, el de la década que permanece en España, donde después de vivir de la pluma será representante diplomático de México.

Había publicado en aquellos años, además de numerosas ediciones críticas y estudios eruditos, *El suicida* (1917), *Visión de Anáhuac* (1917), *Cartones de Madrid* (1917), *Retratos reales e imaginarios* (1920), *El plano oblicuo* (1920), *Simpatías y diferencias* (1921-1926), *El cazador* (1921), y *Calendario* (1924): ensayos, estampas, crónicas, estudios y cuentos que daban testimonio de un espíritu singularmente ágil, abierto y sensible a todas las incitaciones y que se expresaba en un estilo cuya riqueza y cuya flexibilidad eran las de un sabio y un artista. De ahí el nuevo sentido y la nueva solución que propondrá al viejo mito de Ifigenia.

Con singular osadía, Reyes se atreve con un tema que había sido tratado anteriormente por Eurípides y por Goethe y que había atraído a Racine; y más aún, se atreve a renovarlo y a darle un nuevo desenlace de mayor verdad psicológica y significación humana. Al episodio tradicional de Ifigenia en Táuride, Alfonso Reyes le impondrá dos innovaciones considerables: Ifigenia ha olvidado su pasado y la maldición trágica que pesa sobre su estirpe, hasta que el encuentro con su hermano Orestes le va provocando el despertar de su memoria; y en lugar de partir de Táuride con Orestes robando la estatua de Artemisa, Ifigenia, con una resolución que sin duda complacerá a la filosofía de estos días, "opta por su libertad y, digámoslo así —nos explica Reyes—, se resuelve a rehacer su vida humildemente, oponiendo un 'hasta aquí' a las persecuciones y rencores políticos de su tierra".

Este poema dramático —redactado en la playa de Deva y en Madrid, entre agosto y septiembre de 1923, y publicado por primera vez en 1924— está escrito, según lo indica su autor, "con cierta escasez verbal y en un solo estilo de metáforas [...] Opté por estrangular —agrega— dentro de mí propio, al discípulo del Modernismo. Suprimí todo lo cantarino y melodioso; resequé mis frases, y despulí la piedra. Nadie podrá decir que engaño", concluye. El resultado feliz es un poema cuya rara y desnuda belleza surge de su aspereza misma y de la variación de sus metros y ritmos. Junto a una torre de hexámetros y junto a versos de variadas medidas el lector podrá encontrar un soneto y versos y pasajes en los que reconocerá

.

“un como espíritu escultórico de la poesía”, que advertía Gómez de Baquero para afirmar luego que “Reyes puede jactarse de haber hecho poesía griega en castellano”.

La Ifigenia que crea Alfonso Reyes es una de las más bellas figuras de la escasa poesía trágica mexicana. En cierta manera, esta nueva Ifigenia es hermana de la Herodías de Mallarmé; como ella, es un espejo vuelto angustiosamente sobre sí mismo y su drama semejante: el de la virginidad que encuentra un escape en la violencia y en la sangre.

Pero soy como me hiciste, Diosa,
entre las líneas iguales de tus flancos:
[...]
y como tú: como una llama fría.

dirá de sí misma la Ifigenia de Reyes, y la penúltima intervención del coro la describirá:

Alta señora, cruel y pura:
compénsate a ti misma, incomparable;
acaríciate sola, inmaculada;
llora por ti, estéril;
ruborízate y ámate, fructífera;
asústate de ti, músculo y daga;

pasajes que pueden relacionarse con otros del diálogo de Herodías, frente a un espejo, y la Nodriz en el poema de Mallarmé:

¿Sí, sí, para mí misma, en soledad, florezco!
[...]
Yo amo el horror de ser virgen,
de vivir bajo miedo, perdida, entre mis trenzas,
y en mi lecho nocturno de reptil, inviolada
inútilmente, siento sobre mi carne ilesa
el frío centelleo de tu palor glacial,
¡de ti, pura, que ardes, sin fuego, en casta llama,
inerte noche blanca de lenta nieve cruel!

(Trad. de Mariano Brull)

La *Ifigenia cruel* —si muchas veces mencionada menos conocida de lo que merece— es una de las obras más hermosas de Alfonso Reyes y la más eminente entre sus piezas poéticas. Además de los juicios ya citados de Gómez de Baquero, Pedro Henríquez Ureña la consideraba la obra central de Reyes, “donde ha concentrado la esencia de su vida y su arte”, y agregaba: “La *Ifigenia cruel* está tejida, como las canciones, con hilos de historia íntima”. Jaime Torres Bodet afirmó a propósito de este poema dramático: “Hace años que no se escribía en América un libro de tan adusta ponderación. Gozoso de resolver las dificultades, Alfonso Reyes parece haberlas acumulado a propósito en esta obra que [...] se instala dentro de esa eternidad que es el clima de la poesía de Valéry”. Y Antonio Castro Leal: “Su poema dramático, *Ifigenia cruel*, recortado con dureza y gracia, presenta un mundo cargado de sentido, en el que los recuerdos personales y la vida propia se disuelven en las aguas del mito clásico [...] Las emociones al escaparse han dejado su huella delicada en la arena húmeda de las palabras perfectas”. Y Gabriel Méndez Plancarte: “Esta nueva *Ifigenia* será —ya para siempre— el símbolo de la voluntad diamantina, vencedora de las estrellas”.

La obra ha sido llevada a la escena en dos ocasiones. El 29 y 30 de agosto y el 1 y 2 de septiembre de 1934 fue representada por el Teatro de Orientación de la Secretaría de Educación Pública de México, bajo la dirección de Celestino Gorostiza. El 12 de abril de 1958, la representó el Teatro de Ensayo Hispanoamericano de Madrid, bajo la dirección de Aitor de Goiricelaya.

La voz de Alfonso Reyes

Las vibrantes inflexiones y la plenitud de la voz con que Alfonso Reyes grabó sus poemas, ya cumplidos sus setenta años, agobiado por dolencias que le hacían tan penosa la respiración, y pocos meses antes de su muerte, hacen de este registro un testimonio precioso y emocionante. Él, que en sus estudios de teoría literaria afirmara la primacía de la palabra

sobre la escritura, habría de ser fielmente, como lo quiso, "un hijo menor de la palabra". El escritor maestro en todos los registros de la pluma tenía, en efecto, una prolongación natural en el conversador y en el conferenciante. Escuchar sus conferencias era no sólo disfrutar la fiesta de un espíritu animando con lúcida comprensión y gracia sus temas sino, además, ver cómo las modulaciones de una voz educada y dócil, el énfasis del gesto y el vuelo todo del cuerpo que ha vencido su redondez, iban iluminando y transfigurando las nociones hasta darles realce y superior fuerza expresiva. Seguir su conversación, verlo representar a los personajes que evocaba, oírlo contar los recuerdos de sus días memorables: las noches del Ateneo, la memoria amada de su padre, los fértiles años madrileños, el tibio aroma de una mujer, sus experiencias diplomáticas o pequeños incidentes peregrinos; o escuchar sus ilustraciones sobre materias literarias, era disfrutar de uno de los más vivos placeres del espíritu. Porque la conversación con Alfonso Reyes iba tejiéndose de gracia e ingenio narrativo, de agudeza y de picardía, de inteligencia y de tolerancia, de respeto por la condición humana y de perdón, de curiosidad universal y de armonía.

Enero de 1960

Los ciclos en la obra de Alfonso Reyes

La obra de medio siglo

Salvo los primeros trabajos en que adiestra sus armas, la obra literaria y humanista de Alfonso Reyes se desarrolla en los cincuenta años que van de 1910, año en que escribe su primer libro importante, *Cuestiones estéticas*, a los últimos días de 1959 en que muere. A lo largo de este medio siglo su obra no siguió lo que pudiera llamarse una curva de crecimiento, apogeo y decadencia ni experimentó tampoco cambios bruscos de derrotero. Mantuvo una misma línea de estilo espiritual y de aficiones fundamentales, de hecho ya manifestadas desde su primer libro y sus primeros escritos, y distribuyó tareas y reposos en los años justos, como si cumpliera un plan previsto, y las circunstancias externas sólo colaboraran a su mejor realización. En términos generales, durante estos cincuenta años me parece que hay en su obra dos periodos de intenso trabajo intelectual, seguidos de otros tantos de descanso y divagación, en un caso, y de recolección y ordenamiento en el último.

Los años de aprendizaje

Convengamos en que aquellos primeros años de su vida hasta mediados de 1914, transcurridos entre su nativa Monterrey y la ciudad de México, son los de su aprendizaje y los de sus primeras armas; concluye entonces su carrera de abogado, participa activamente en las empresas culturales de la generación ilustre que unió el Ateneo de la Juventud, casa con Manuelita, publica su primer libro y dos importantes conferencias hasta que, en 1913, los sucesos políticos y la muerte

de su padre, el general Bernardo Reyes, lo empujan a Europa a mediados de ese año. Superemos, como él mismo lo hizo, sus duros años iniciales en París y luego en Madrid cuando, además de las penurias materiales, se sentía alejado del país y lo conturbaban los trágicos recuerdos de su padre, confundido y perdido por la violencia revolucionaria, y veámoslo comenzar valerosamente en Madrid, que aún lo desconoce, su intrépida carrera.

La década madrileña de 1914 a 1924

La década que va de 1914 a 1924, o de sus veinticinco a sus treinta y cinco años, en que permanece en Madrid, será la de su mejor periodo de creación y en la que se convertirá, al mismo tiempo, en gran escritor y maestro de la investigación literaria. La simple enumeración de las obras que realiza en estos años dan clara idea de la intensidad de su trabajo de creación y de erudición. Inmediatamente después de las agudas instantáneas de *Cartones de Madrid* (1917), que serían su tarjeta de presentación intelectual ante aquella ciudad a la que iba, como el abuelo Ruiz de Alarcón, a ganarse la vida, viene esa breve obra maestra que es *Visión de Anáhuac* (1917), a la que seguirán muchos otros de los libros de ensayos, de poesía y de cuentos y fantasías que le dieron fama: *El suicida* (1917), *El plano oblicuo* (1920), *Retratos reales e imaginarios* (1920), *Simpatías y diferencias* (1921-1926), *El cazador* (1921), *Huellas* (1922), *Calendario* (1924) y, finalmente, *Ifigenia cruel* (1924), con que cerrará Alfonso Reyes su década española y, acaso también, la angustia de una herida que nunca cerrará del todo. Quien había llegado a Madrid con un solo libro por bagaje intelectual, saldrá de aquella ciudad en 1924, convertido en un escritor que celebran con entusiasmo los críticos de varios países.

Las obras que publica en estos años dan testimonio de un espíritu singularmente ágil, abierto y sensible a todas las incitaciones y que se expresa en un estilo cuya riqueza y flexibilidad son las de un sabio y un artista. Y si uno de sus primeros libros madrileños, *Visión de Anáhuac*, es la evocación

nostálgica de la patria lejana a la que se interroga por el sentido de su existencia, su postrer libro de esta época, *Ifigenia cruel*, será, en palabras de su autor, "mitología del presente y descarga del sufrimiento personal", pues quería no sólo alejarse de la *vendetta* mexicana sino, sobre todo, quería liquidarla dentro de su propio corazón. De ahí el nuevo sentido y la nueva solución que en su hermoso poema dramático propondrá del viejo mito de Ifigenia.

A esta excepcional obra de creación de los años madrileños deben añadirse sus notables trabajos eruditos de esta época, surgidos al calor del Centro de Estudios Históricos de Madrid, que dirigía Ramón Menéndez Pidal, y de la *Revista de Filología Española*. De entonces son las sabias *Cuestiones gongorinas* (1927) y los estudios y ediciones de las *Memorias* de fray Servando (1917), de las *Páginas escogidas* de Quevedo (1917), del *Libro de buen amor* de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita (1917), de las *Páginas escogidas* de Ruiz de Alarcón (1918), del *Poema del Cid* (1919), de *Los pechos privilegiados* de Ruiz de Alarcón (1919), del *Teatro* de Lope de Vega (1919) y de *Las aventuras de Pánfilo*, del mismo (1920), de las *Obras completas* de Amado Nervo (1920-1928) y de la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora (1923). Y todavía deben agregarse, para completar el cuadro de la enorme tarea realizada en esta década madrileña, las traducciones que realiza entonces de obras de Chejov, Chesterton, Sterne y Stevenson.

Podemos, pues, convenir en que en este primer ciclo de su obra, Alfonso Reyes ha forjado su prestigio literario e intelectual en el ámbito nacional y europeo con obras sin las cuales su figura literaria no podría ser la que es. El escritor es ya dueño cabal de su oficio y su maestría, lo mismo en la poesía que en el cuento, y en el ensayo de interpretación y de creación que en la investigación erudita. El hombre que deja Madrid en 1924 para pasar a París como ministro de México es ya el escritor Alfonso Reyes, orgullo de las letras hispánicas.

Los años mundanos de 1924 a 1938

Los catorce años siguientes, de 1924 a 1938, entre sus treinta y cinco y sus cuarenta y nueve de edad, parecen sus años felices, mundanos y un poco despreocupados. Vida diplomática y social, haciendo respetar, comprender y amar a México en París y Buenos Aires, en Río de Janeiro y Montevideo. Escribe entonces sobre todo su poesía refinada y de cortesía, sus divertimientos y algunos de sus más hermosos poemas: *Pausa* (1926), *La saeta* (1931), *Romances del Río de Enero* (1933), *A la memoria de Ricardo Güiraldes* (1934), *Golfo de México* (1934), *Yerbas del Tarahumara* (1934), *Minuta* (1935), *Infancia* (1935), *Otra voz* (1936) y *Cantata en la tumba de Federico García Lorca* (1937), que imprime en hermosas *plaquettes* que van fijando su itinerario y recordando la gracia de su espíritu; es la poesía culta y serena en que los malos, trágicos recuerdos —los que encienden la *Ifigenia*— se han atemperado y sosegado. Son también los años pacientes de las afinaciones de Mallarmé, vertido al español; de su correo literario *Mcnterrey* (1930-1937), cruzado de tantos temas e incitaciones; de nutrida correspondencia con amigos dispersos en el mundo, y de numerosos discursos, conferencias y contribuciones en homenajes y reuniones culturales.

Pero apresurémonos a no desestimar, sólo por el contraluz de la perspectiva, la obra de estos años que, además de las obras poéticas mencionadas, se enriquece con el *Discurso por Virgilio* (1931), con las esclarecedoras páginas de *A vuelta de correo* (1932) en que hace la defensa de lo que pudiera llamarse su economía intelectual y precisa los justos términos del nacionalismo literario; con la luminosa *Atenea política* (1932) en que los muchachos de mis años aprendimos a orientar nuestra vocación; con aquel vivaz resumen que se llama *México en una nuez* (1930), con *Tren de ondas* (1932), con los magistrales estudios goetheanos de esta época y con la serena *Homilía por la cultura* (1938). Ciertamente, no emprende Alfonso Reyes en estos años obras de aliento sostenido, porque sus deberes oficiales no se lo consienten, y fiel al gusto de la época, prefiere ir entregando sus obras una a una. Pero cada uno de estos

breves frutos de su espíritu tiene su marca y, juntos en los libros de los años venideros, formarán esas obras compendiosas y nutridas que algunos le exigían.

Justamente en el límite entre este periodo mundano y refinado de su obra y el siguiente, recibe Alfonso Reyes una reconvencción llena de perspicacia. Nuestro escritor había vuelto definitivamente a la ciudad de México, a principios de 1939, y acababa de publicar la primera serie de *Capítulos de literatura española* (1939) cuando, en septiembre del mismo año, Antonio Castro Leal publica, en la revista *Letras de México*, el ensayo a que he aludido: "Alfonso Reyes y una fantasía a dos voces". Dice Castro Leal que en todo escritor hay, por lo menos, dos escritores "el malo y el bueno, o el romántico y el clásico, o el discreto y el heroico". "En Alfonso Reyes —prosigue— hay dos escritores, buenos ambos; el escritor de sus amigos, al que podemos llamar ALFONSO, y el escritor de sus lectores, al que podemos llamar REYES". Y a continuación imagina una conversación entre el escritor ALFONSO y el escritor REYES, en que ambos defienden sus puntos de vista y sus respectivas preferencias por un arte refinado de minorías, el primero, o por un ejercicio literario hecho para todos, "desvergonzadamente público", el último. En fin, entre sutiles argumentos, Castro Leal sugiere a Alfonso Reyes que abandone las pequeñas obras de ALFONSO, el escritor de sus amigos, y emprenda las obras de gran aliento que puede realizar REYES, el escritor de sus lectores. En todo caso, propone que ambos colaboren en las obras futuras.

La agudeza de la observación de Castro Leal es evidente. Creo, sin embargo, que sería desproporcionado suponer que haya llegado a ser factor determinante en el cambio de rumbo de la obra de Reyes, que de hecho ya estaba en camino. Considero, por ello, que la "Fantasía a dos voces" de Castro Leal, antes de provocar, registraba oportunamente aquel cambio de rumbo, la entrada a un nuevo ciclo de intenso y fructífero trabajo intelectual.

El periodo de madurez: 1939-1950

En efecto, después de los catorce años anteriores, que podemos llamar mundanos, Alfonso Reyes, al fin asentado definitivamente en su patria y entre sus libros, inicia otro de los grandes ciclos de su obra que se extenderá de 1939 a 1950, en la cumbre de su madurez intelectual y entre sus cincuenta y sus sesenta y un años, y éste será, sobre todo, el periodo de sus trabajos de sabio y humanista. Son de estos años sus magnos estudios de temas clásicos: *La crítica en la Edad Ateniense* (1941), *La antigua retórica* (1942), *Junta de sombras* (1949) y otras monografías menores; sus fundamentales estudios de teoría literaria: *La experiencia literaria* (1942), *El deslinde* (1944) y *Tres puntos de exegética literaria* (1945); sus estudios de historia literaria española y mexicana: *Capítulos de literatura española* (1939 y 1945) y *Letras de la Nueva España* (1948); sus ensayos sobre temas americanos: *Última Tule* (1942), *Tentativas y orientaciones* (1944) y *Norte y sur* (1945), a más de otros volúmenes de ensayos y notas. Escribe y publica también en esta época libros de poesía que culminarán en las colecciones de *La vega y el soto* (1946) y *Cortesía* (1948), y en la primera parte de su traslado de la *Iliada* de Homero (1951); colecciona también, en *Verdad y mentira* (1950), sus cuentos y fantasías e inicia la publicación de los cuadernos de su *Archivo*; escribe prólogos para numerosos libros y aún traduce textos de Jules Romains, A. Petrie, C.M. Bowra y Gilbert Murray. En resumen, durante este segundo gran ciclo de su obra intelectual publica treinta y cinco volúmenes de ensayos y estudios de los cuales veintiocho son libros originales y el resto reediciones; siete volúmenes de poesía; dos de novelística; siete cuadernos de su *Archivo*; prologa dieciséis libros y hace cuatro traducciones; es decir, que en estos once años publica cincuenta y un libros de su pluma, dejando aparte prólogos y traducciones. Además, ya lo sabemos, organiza y preside El Colegio de México; sustenta sus conferencias en El Colegio Nacional donde enseña literatura y explica temas humanistas, y cumple además con numerosos compromisos académicos y cívicos.

Si el primer gran periodo de su obra, la década madrileña

de 1914 a 1924, había sido el de su más intensa creación literaria, este segundo periodo de 1939 a 1950 será el de las grandes síntesis de sus conocimientos, el de sus especulaciones de teoría literaria y el de sus estudios de temas clásicos. Si aquella fue la época de creación del poeta, del poeta en prosa y en verso, ésta es la del sabio que ha merecido el título de humanista.

La cosecha final: 1951-1959

En 1951 sufre Alfonso Reyes el primer ataque grave de las dolencias cardíacas que acabarían su vida. Acaso por ello los últimos años de su vida y de su obra, de 1951 a 1959, de sus sesenta y dos a sus setenta años, serán los de la cosecha final. Continúa aún trabajando en sus temas humanistas, de los que dejará algunos libros inéditos, y proseguirá la redacción de sus memorias cuya primera parte, *Parentalia. Primer libro de recuerdos* (1958), es un libro valiente y conmovido; pero la preocupación constante será la de engavillar las espigas dispersas a lo largo de tantos años y tan incesante trabajo de la pluma. Estos serán los últimos años de las colecciones de obras sueltas: poesía, ensayos, artículos y archivo; del ordenamiento de las *Obras completas*, iniciadas en 1955 para celebrar los cincuenta años de su carrera de escritor, y de las cuales alcanzó a cuidar los primeros diez volúmenes y preparar cuatro más; y de la continuación de algunas de las empresas constantes en su vida intelectual: estudios clásicos, resúmenes de literatura mexicana, etcétera. Pero no emprende ya nuevas tareas, siente que sus días se acortan y experimenta la necesidad de ordenar sus papeles, atar cabos sueltos y preparar su legado. En su último año de vida publicó dos pequeños textos preciosos en su voluntaria humildad: los resúmenes destinados a lectura popular que llevan por título *Cartilla moral* (1959) y *Nuestra lengua* (1959) en que quiso dejar, accesible a todos, su cordial sabiduría y su noble humanismo.

Julio de 1981



**La formación intelectual de Alfonso Reyes en su
correspondencia con Pedro Henríquez Ureña (1907-1914)**

Significación del epistolario Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña

Una buena correspondencia es el resultado de la reunión de factores favorables: el hábito de escribir cartas, el alejamiento circunstancial de los amigos que sustituyen con este recurso la conversación, y el hecho de que tengan cosas interesantes que decirse y las escriban bien. Así ocurrió en la Antigüedad y en el mundo moderno, y sigue ocurriendo en la época actual, a pesar de las competencias de otros medios de comunicación más fáciles.

Estas circunstancias propicias para la correspondencia se dieron en la relación entre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. Una vez establecida su amistad, pocos años más tarde ambos tuvieron que seguir rutas diferentes que sólo les permitieron coincidir en breves periodos; ambos tenían el hábito de escribir largas cartas, y ambos se hicieron en el camino notables escritores, con renovadas materias intelectuales que debían comunicarse y discutir, además de cuestiones personales, lo que da un vivaz y cambiante interés a sus cartas.

El archivo epistolar de Reyes se ha aprovechado mucho más que el de Henríquez Ureña. A la fecha se han publicado sus cartas con Valery Larbaud, José María Chacón y Calvo, José Vasconcelos, Julio Torri, Genaro Estrada y Victoria Ocampo.¹ En cambio, el de Henríquez Ureña, que debe ser tan rico como

¹ Valery Larbaud-Alfonso Reyes, *Correspondance 1923-1952*. Prólogo de Marcel Bataillon. Introducción y notas de Paulette Patout. París, Librairie Marcel Didier, 1972; Zenaida Gutiérrez Vega, *Epistolario Alfonso Reyes-José Ma. Chacón*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976; Claude Fell, *Écrits oubliés-Correspondance José Vasconcelos/Alfonso Reyes*. México, IFAL, 1976; "Epistolario Julio Torri-Alfonso Reyes", en Julio Torri, *Diálogo de los libros*. Compilación de Serge I. Zaitzeff. México, FCE, 1980, pp. 179-261; Flo-

el de Reyes, se ha explorado mucho menos. Sólo tengo noticia de la publicación de las cartas cruzadas con Julio Torri,² y de las muestras de cartas escritas por Henríquez Ureña que se han incluido al final de la mayoría de los volúmenes de la edición dominicana de *Obras completas*,³ y que dan cierta idea de la abundancia de los epistolarios posibles, que sería deseable conocer en los dos sentidos, es decir, también las cartas recibidas por Henríquez Ureña. Por lo que se refiere a mexicanos, deben ser interesantes las cartas cruzadas con Antonio Caso, Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Daniel Cosío Villegas—de quien se ofrecen sólo algunas de las que le escribió Henríquez Ureña en el periodo 1925-1928—y Arnaldo Orfila Reynal, con quienes se sabe que se escribió, entre otros posibles.

De todos estos epistolarios, puede aventurarse que el más importante y el más extenso es el de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, por el peso intelectual de los corresponsales y por la constancia de la amistad que los ligó desde su encuentro inicial hasta la muerte de Henríquez Ureña en 1946.

rence Olivier, "Correspondance entre Alfonso Reyes et Genaro Estrada", en *L'Ordinaire du Mexicaniste*. Université de Perpignan, Institute d'Études Mexicaines, 54-56, febrero-abril de 1981, pp. 7-39, 10-64 y 25-49; Alfonso Reyes/Victoria Ocampo, *Cartas echadas (correspondencia 1927-1959)*. Edición y presentación de Héctor Perea. México, UAM, 1983. Para otros epistolarios publicados en revistas, véase: James Willis Robb, *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*. México, UNAM, 1974, pp. 10-11.

² "Epistolario Julio Torri-Pedro Henríquez Ureña" (1911-1921), en Serge I. Zaitzeff, *El arte de Julio Torri*. México, Editorial Oasis, 1983, pp. 119-150.

³ Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*. Selección (o recopilación) y prólogo de Juan Jacobo de Lara. Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1976-1980. 10 vols. Las cartas incluidas están dirigidas a: t. I, Max Henríquez Ureña; II, Marcelino Menéndez y Pelayo, Federico García Godoy, Charles Lesca y Ramón Menéndez Pidal; III, Alfonso Reyes y Enrique José Varona; V, Joaquín García Monge y Alfonso Reyes; VI, Daniel Cosío Villegas (1925-28), Alfonso Reyes, Eduardo Villaseñor (1926-27) y Emilio Rodríguez Demorizi; VII, Emilio Rodríguez Demorizi, Horacio Blanco Fombona y Ramón Menéndez Pidal; VIII, Alfonso Reyes, Emilio Rodríguez Demorizi y Enrique Apolinar Henríquez; IX, Flérida de Nolasco, Emilio Rodríguez Demorizi y Alfonso Reyes, y X, Emilio Rodríguez Demorizi y Pericles Franco Ornes. Las fechas de estas cartas coinciden aproximadamente con las de las obras incluidas en cada uno de los tomos.

Además, las cartas de este primer tramo de su correspondencia, 1907-1914, que recoge el presente volumen, nos permiten seguir paso a paso un hecho literario en verdad admirable: la formación de Reyes como escritor, conducido, acicateado y exigido por otro escritor ya más formado, que supo adivinar su talento naciente y que, con una vocación excepcional de amigo-maestro —consciente además de que el discípulo sería el escritor que él sentía que no podía ser—, se entregó a la tarea de guiar su crecimiento.

Junto a este significado principal de la primera parte de este epistolario, deben señalarse también las notables crónicas de la empresa intelectual del grupo ateneísta y los panoramas de los ambientes culturales y políticos en el México de 1900 a 1914, en La Habana durante la segunda década y, en general, las lecturas y corrientes intelectuales que dominaron este periodo.

El encuentro de los amigos y sus circunstancias

Pedro Henríquez Ureña, cinco años mayor que Alfonso Reyes, tenía una sólida formación previa a su encuentro en 1906. Venía de una familia dominicana distinguida en el servicio público y las letras. Su padre, médico de profesión, sería presidente de su país, y le daría su espíritu cívico y su inclinación científica. Las letras le venían de su madre, poetisa y educadora, considerada en Santo Domingo la personalidad sobresaliente de la literatura de su tiempo. Había hecho ya el bachillerato, parecía haberlo leído todo y tenía una férrea disciplina personal. Había pasado tres años y medio en Nueva York, de los diecisiete a los veinte años, donde a pesar del trabajo agobiador que debió tomar para subsistir en el último periodo, dominó el inglés, asistió a teatros y conciertos e hizo abundantes lecturas. En su educación dominicana y posteriormente, además, había aprendido latín, tenía nociones de griego y sabía francés e italiano.

Al llegar a México, en busca de aires más amplios y afines, a los veintidós años, tenía un valioso libro de estudios literarios (*Ensayos críticos*, La Habana, 1905) ya publicado —y pro-

bablemente sólo conocido por algunos de los escritores de la *Revista Moderna de México*—, lo cual no obstó para que debiera comenzar su aprendizaje mexicano por lo más duro: el periodismo, primero en el puerto de Veracruz, donde permaneció algunos meses, y luego en la ciudad de México. Aquí entra pronto en relación con la generación literaria entonces más visible, la de los modernistas que acaudillaba Jesús E. Valenzuela y se encontraba en plena actividad. Y pronto descubre a la nueva generación, que comenzaba a abrirse paso —la de Antonio Caso, Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Reyes y Alfonso Cravioto, a la que se unirán luego José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán y Julio Torri— y que acabará por ser la suya propia.

Al contacto con este grupo, se despierta en él la vocación de maestro y promotor de cultura. Y a pesar de que debe cumplir trabajos venales para subsistir (redacción de periódicos y cierto empleo en una compañía de seguros), va constituyendo un núcleo que trabaja activamente en su formación intelectual, con las series de lecturas y comentarios de textos clásicos, y poco después, con la organización de conferencias y otras actividades públicas, que marcarán una huella importante en la cultura mexicana.

La afinidad de Henríquez Ureña con el grupo naciente era también cuestión de generaciones. Los poetas modernistas, Luis G. Urbina, Manuel José Othón, Jesús E. Valenzuela, contaban entonces entre cuarenta y dos y cincuenta años, salvo José Juan Tablada y Enrique González Martínez que tenían treinta y cinco, y Amado Nervo treinta y seis. En cambio, los del nuevo grupo tenían edades más cercanas a los veintidós de Henríquez Ureña: Antonio Caso veintitrés años, Jesús T. Acevedo veinticuatro, Ricardo Gómez Robelo veintidós, José Vasconcelos veinticinco y Alfonso Cravioto veintidós. Los benjamines eran Martín Luis Guzmán, quien tenía diecinueve, y Alfonso Reyes y Julio Torri quienes en 1906 sólo contaban diecisiete años y aún eran preparatorianos.

Durante los primeros años en México, Henríquez Ureña fue amigo muy cercano del arquitecto Acevedo, y en casa de éste se celebraron las primeras lecturas, que más tarde se hi-

cieron en la de Caso, por quien mantuvo siempre gran afecto. Torri fue también uno de los amigos fieles de Henríquez Ureña, alguna vez vivieron en la misma casa —contigua a la de Reyes—, y a su salida de México a La Habana él le guardaría sus libros. Con todo, la amistad mexicana de Henríquez Ureña que profundizaría más y que mantuvo vínculos hasta su muerte sería la de Reyes.

Los cinco años de diferencia entre las edades de uno y otro serán muy notorios, sobre todo en los primeros años de su relación. En 1906 Alfonso Reyes era un muchacho que comenzaba a escribir y que aprendía su oficio apresuradamente. Aún niño, en Monterrey había pasado pronto de las colecciones de cuentos clásicos a las primeras lecturas "serias" en los libros que encuentra en la biblioteca de su padre: el *Quijote*, las novelas de Víctor Hugo, la *Divina comedia*, el *Orlando furioso*, los *Cantares* de Heine, Espronceda y los *Episodios nacionales* de Galdós. En el Liceo Francés de México debió recibir las bases del francés, y luego aprenderá el inglés, para leer a Wilde, y cuanto puede del italiano, para leer a D'Annunzio. Ya muchacho leerá muchos otros poetas: Darío, Nervo, Othón, Urbina y los parnasianos franceses. Cuando, ya preparatorio en la ciudad de México, conoce al grupo de *Savia Moderna* y a Pedro Henríquez Ureña, emprende en firme el aprendizaje que no tiene término del intelectual y del poeta.

Pocos años más tarde, en 1914, sería un joven que había tenido que madurar forzado por el duro imperio de los hechos. De ser el hijo del ministro y del gobernador poderoso, en el mundo regulado del porfiriato, y que iba haciendo sin mucha prisa sus estudios regulares, al mismo tiempo que hacía su iniciación literaria con los mejores augurios, se encontró en 1914, apenas a los veinticinco años, con una tragedia encima (que nunca cicatrizaría del todo): ya casado y con un hijo pequeño, al estallar la Guerra fue cesado en París de su ínfimo cargo diplomático, y se desplazó a la frontera proyectando ir a Madrid para sobrevivir de algún modo.

Pero al lado de esta historia externa, su amigo y preceptor imperioso, Henríquez Ureña, lo empujaba sin reposo ni piedad para sus propensiones sentimentales y sus ocasionales

disipaciones, a estudiar más, a saber más, a corregir y pulir cuanto escribía, a desconfiar de su facilidad, a endurecerse, a encontrar tiempo para estar en la calle y en la vida, y saberlo todo al mismo tiempo.

Al cabo de este primer periodo de la relación de los amigos, Alfonso Reyes tendrá una discreta fama como poeta y un prestigio como prosista; un primer libro, *Cuestiones estéticas* (1911), revelador de su talento, que abría nuevas perspectivas a la cultura de la época con sus estudios sobre Góngora y Mallarmé; tres buenos estudios sobre letras mexicanas publicados en folletos, y un nascente prestigio como hispanista y ensayista de un nuevo tono, alado y culto.

Las cartas de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña escritas de 1907 a 1914 muestran esta apresurada evolución, y el rigor implacable con que lo conducía, en ocasiones con aspereza, y lo alentaba con lúcida generosidad, un maestro y amigo excepcional.

El vagabundeo mental y los desahogos sentimentales de las primeras cartas de Reyes se van disciplinando, a fuerza de precisión y objetividad el primero, y de pudor varonil los últimos. La carta final de este volumen (112, del 19 de septiembre de 1914), en la que relata con serena tristeza, sin una queja, su salida de París ante el desastre, abandonándolo todo, llevándose un solo libro, y limitándose a decir "puedo perecer de hambre", muestran el camino recorrido: es ya un hombre y un escritor.

Rigores y halagos de un magisterio

En una de las primeras cartas (12), Henríquez Ureña reconvenía a Reyes por sus disipaciones y le prescribía para cuando llegase su hermano Max a Monterrey, que hicieran lecturas juntos, exclusivamente de "cosas serias": literatura griega, Platón, Descartes, Schopenhauer, Nietzsche, Höffding, con el propósito de combatir, en el estilo de Max, la imprecisión, "las palabras que, por querer significar mucho, nada significan".

Sorprende, en primer lugar, este programa de lecturas para

un muchacho de diecinueve años, que aún no cumplía Alfonso Reyes, junto con Max Henríquez Ureña que contaba ya veintitrés. Y en carta anterior (8), también de 1908, Reyes enviaba a su amigo un laborioso resumen y análisis de *El origen de la tragedia*, de Nietzsche, y de los espíritus apolíneo y dionisiaco, que sin duda le había pedido. En cuanto a la imprecisión, o el imprecisionismo, como solía escribir Henríquez Ureña, será una de sus bestias negras, y de lo que más detestaba en el estilo literario. Nunca llegará a censurar precisamente por ello el estilo de Reyes; sin embargo, suelen andar cerca algunos de sus reparos. Con minuciosa paciencia, analiza y sugiere correcciones, al mismo tiempo que celebra los aciertos, a varios escritos de Reyes: al artículo "Nosotros", en la carta 57; al poema "Canción bajo la luna", en la carta 65; al estudio sobre "El Periquillo", en la carta 80; y al artículo sobre Nervo, en la carta 100, todas de 1914. Los reparos iban desde cuestiones de ortografía, hasta atribuciones o alusiones imprecisas y palabras inadecuadas, sugiriendo cada vez las soluciones o mejoras posibles y celebrando también los aciertos. En verdad, era la crítica más útil para un escritor que comenzaba, y que aún no aprendía a poner en tela de juicio la facilidad de su pluma.

Que ésta era una tarea muy frecuente de Henríquez Ureña y que sus amigos solían abusar de su paciencia, lo ha referido Julio Torri:

Era de una bondad inagotable. Éste me parece uno de sus rasgos característicos. A menudo ocurrían sus amigos a leerle manuscritos y a consultarle aun en horas que todos dedicamos al sueño. Medio dormido, vencido por el cansancio, pero siempre benévolo y cordial, aprobaba o hacía objeciones, entre ronquidos. Si el desconsiderado amenazaba con irse y volver al siguiente día, Pedro aclaraba, siempre con los párpados cerrados y entre dos sueños: —Sigue leyendo, no estoy dormido.⁴

⁴ Julio Torri, "Recuerdos de Pedro Henríquez Ureña", en *Tres libros*. México, FCE, 1964, p. 170.

En una ocasión, a pesar de las preocupaciones de la Guerra Mundial, ya encima, Alfonso Reyes le devolvió la receta y el servicio, en su carta 106, del 19 de agosto de 1914, y analizó aciertos y descuidos en el artículo de Pedro Henríquez Ureña sobre "Los valores literarios" de Azorín recién publicado.

Las censuras no se limitaban a cuestiones de escritura. En las cartas de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, de mediados de 1914 —cuando aquél se encontraba malhumorado por no poder salir de La Habana y por el calor que lo agobiaba—, reconviene ásperamente a su amigo por cuestiones personales, algunas injustas o imposibles: deslígate del mundo mexicano, sal a ver las calles de París, sal todas las noches, abandona la tristeza, impón tu superioridad y hazte egoísta, y de nuevo relee, revisa y cuida cuanto escribes, etcétera. Es, en cierta manera, el tono admonitorio de un padre o de un superior, empeñado en la correcta formación del hijo-discípulo. Y Alfonso Reyes, pacientemente, sólo le desliza un "tus cartas llenas de crueldad", le explica que "no puede gastar nada" y le promete esforzarse en mudar de temperamento.

Mas, al mismo tiempo que se dolía a veces por el exceso de las reconvenciones, Alfonso Reyes le pedía que no cesara aquella rigurosa formación: "Cúidame, constrúyeme" (carta 74) y aun exageraba la significación de tan singular vínculo: "En mi soledad, ya lo sabes, eres el centro de mis deseos espirituales. A ti aspiro y en ti espero" (carta 76). A mediados de 1914, fecha de estas cartas, Reyes seguía siendo un joven atolondrado y asustado por el chaparrón de responsabilidades que le había caído y se había echado encima, pronto empeoradas, y que para salvar su enorme sensibilidad y vocación literaria y su deber mayor de hacerse escritor, tenía necesidad del apoyo, aun distante, del padre-maestro-amigo que fue para él Henríquez Ureña.

Y aun, en la carta 108 del 28 de agosto de 1914, cuando intenta explicarle el porqué de su "elogio furtivo" a él, en su artículo "Nosotros", le dice:

Yo no podré nunca escribir ni hablar de ti: por una parte, me resuena todo mi ser, cuando me propongo definirte; por

otra, mi sentido mexicano del ridículo me cohibe. Has sustituido mi conciencia.

Del lado de Henríquez Ureña, esta solicitud extrema para su amigo Reyes estaba apoyada no en una amistad gratuita y ciega sino en la certeza que siempre tuvo de que su vocación de formador había encontrado en Alfonso Reyes la más noble materia prima y que valía la pena aquella solicitud persistente para construir un gran escritor. Por ello, junto a las represiones imperiosas, es conmovedor encontrar en las cartas de Henríquez Ureña los halagos más generosos y objetivos, que más debieron emocionar al propio aludido:

Tú eres de las pocas personas que escriben el castellano con soltura inglesa o francesa; eres de los pocos que saben hacer ensayo o fantasía. ¿Por qué no quieres esa libertad?

le dice en su carta 80, del 30 de mayo de 1914. Y más adelante, al comentarle la idea del grupo muy unido y que trabaja en todo activamente, como el que tuvieron en México, añade:

Y de ese grupo tú has sido el verdadero portavoz, es decir, serás, pues eres quien le ha sacado verdaderamente partido al escribir, aunque Caso sea la representación magistral y oratoria local. Ya sé que tú dirás que yo soy el *alma* del grupo; pero de todos modos tú eres la *pluma*, tú eres la obra, y ésta es la definitiva.

Éste es un vaticinio de singular lucidez, si se recuerda que está escrito en 1914, cuando Reyes tenía un solo libro publicado y un manojito de artículos sueltos y de poemas.

El estilo personal de formar

Pedro Henríquez Ureña estaba persuadido de que ninguna obra es producto exclusivamente individual, ni tampoco social, sino que es obra de un pequeño grupo que vive en alta tensión intelectual; de un grupo muy unido, que se ve todos los

días por horas y trabaja en todo activamente (carta 80, del 30 de mayo de 1914). Así había ocurrido en los “días alcióneos” de México, entre 1907 y 1910 y, cuando quiso repetir la fórmula en La Habana, con José María Chacón y Calvo, Francisco José Castellanos, Luis Baralt, Gustavo Sánchez Galarraga y Mariano Brull, el plan no funcionó por motivos circunstanciales.

¿Por qué tuvo éxito en México? En primer lugar, por la existencia de un grupo central y otro periférico de latente calidad intelectual: Henríquez Ureña, Caso, Acevedo, Reyes, Gómez Robelo, en el grupo central, al cual se agregará luego Torri; y en el periférico, Vasconcelos, Guzmán, Cravioto, Eduardo Colín, Carlos González Peña, Mariano Silva y Aceves; y aun como aliados ocasionales, Roberto Argüelles Bringas, Luis Castillo Ledón, Isidro Fabela, Nemesio García Naranjo, Rafael López, Manuel de la Parra y Genaro Fernández Mac Gregor.

Con la base de la buena materia prima, influyeron también las circunstancias favorables: el país disfrutaba, en los años finales del porfiriato, de paz y cierta prosperidad. Don Justo Sierra, el ministro de Instrucción Pública, vio siempre con simpatía y alentó las actividades del grupo, y junto a él estaba Luis G. Urbina, que fue otro de sus aliados. En fin, México carecía entonces de escuela superior de humanidades, pues la de Altos Estudios sólo se fundaría en 1910 después de la reapertura de la Universidad Nacional. Sus funciones las anticipaba, pues, este grupo, que luego apoyaría la Escuela una vez constituida.

El alma fue Pedro Henríquez Ureña; pero su conciencia, su densidad pensante, fue Antonio Caso. Y luego Alfonso Reyes será su pluma, su obra destacada, para repetir el esquema de Henríquez Ureña. Como éste lo recordará,⁵ la idea de constituir en 1907 una Sociedad de Conferencias fue de Jesús T. Acevedo, quien ya debió ser arquitecto para entonces. Pero antes de salir al público, decidió Henríquez Ureña que debían prepararse y, primero en la casa de Acevedo y luego en la de Caso —donde un busto de Goethe se empleaba como perche-

⁵ Carta 46, del 29 de octubre de 1913, que es un notable resumen de la evolución de las letras, el pensamiento y las artes en México de 1900 a 1913, con especial mención de las empresas ateneístas.

ro—, se hacían las lecturas comentadas de textos griegos. Alfonso Reyes, Pedro y Camila Henríquez Ureña⁶ recuerdan la del *Banquete* de Platón, en que siete de los asistentes interpretaban a los comensales griegos, y concluyó cuando ya había amanecido; Torri cuenta haber asistido a la lectura del *Fedón*.⁷ Pedro Henríquez Ureña era tenaz y sistemático y hubo más lecturas. En su carta 8, del 31 de enero de 1908, le cuenta a Reyes, que estaba en Monterrey:

“Nosotros” hemos organizado al fin un programa de cuarenta lecturas que comprenden doce cantos épicos, seis tragedias, dos comedias, nueve diálogos, Hesiodo, himnos, odas, idilios y elegías, y otras cosas más con sus correspondientes comentarios (Müller, Murray, Ouvré, Pater, Bréal, Ruskin, etcétera), y lo vamos realizando con orden.

y más adelante, en la misma carta, le da detalles del programa, el porqué de lo elegido y de lo prescindido y enumera los diálogos platónicos que se leerán.

Además de los textos griegos, hubo minuciosas lecturas de la *Crítica de la razón pura* de Kant, como lo recordarán Caso y Vasconcelos,⁸ y este último agrega que llevó a las sesiones los sermones de Buda y que leyeron también el *Discurso del método* de Descartes y a otros filósofos modernos.

Mientras seguían las lecturas, la Sociedad de Conferencias organizó dos ciclos, en 1907 y 1908. El primero, en el Casino de Santa María, estuvo formado por las seis siguientes: “La obra pictórica de Carrière” por Alfonso Cravioto, “Nietzsche”

⁶ Alfonso Reyes, “Pasado inmediato” (1939), en *Pasado inmediato y otros ensayos*. México, 1941; *Obras completas*, t. XII, p. 208.

Pedro Henríquez Ureña, “La cultura de las humanidades” (1914), en *Obra crítica*. México, FCE, 1960, p. 598.

Camila Henríquez Ureña, “Conversatorio con Camila”, en *Estudios y conferencias*. La Habana, Letras Cubanas, 1982, p. 634.

⁷ Julio Torri, *op. cit.*, p. 172.

⁸ Antonio Caso, “Kant en Argentina y en México”, en *El Universal*. México, 17 de febrero de 1939.

José Vasconcelos, “El intelectual”, en *Ulises criollo*. México, Botas, 1936, pp. 311-313; FCE, 1982, t. I, pp. 267-269.

por Antonio Caso, "La evolución de la crítica" por Rubén Valenti, "Aspectos de la arquitectura doméstica" por Jesús T. Acevedo, "Edgar Poe" por Ricardo Gómez Robelo y "Gabriel y Galán" por Pedro Henríquez Ureña. El segundo, de 1908, ofreció cuatro conferencias más en el Conservatorio Nacional: "Max Stirner" por Antonio Caso, "La influencia de Chopin en la música moderna" por Max Henríquez Ureña, "D'Annunzio" por Genaro Fernández Mac Gregor y "Pereda" por Isidro Fabela.

Ya constituido el Ateneo de la Juventud, el 28 de octubre de 1909, sólo organizaría dos series de conferencias. La más conocida, y la única que llegó a coleccionarse e imprimirse, la de 1910, celebró sus seis conferencias a las siete de la noche, los lunes 8, 15, 22 y 29 de agosto, y 5 y 12 de septiembre en el salón de actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, y fueron las siguientes: "La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos" por Antonio Caso, "Los 'poemas rústicos' de Manuel José Othón" por Alfonso Reyes, "La obra de José Enrique Rodó" por Pedro Henríquez Ureña, "El Pensador Mexicano y su tiempo" por Carlos González Peña, "Sor Juana Inés de la Cruz" por José Escofet, y "Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas" por José Vasconcelos. Otra serie, proyectada para 1911 (véase carta 28, de Reyes), no llegó a realizarse. La última serie de conferencias del Ateneo, y la aparición final del grupo, ya en días aciagos y bajo el huertismo, se dio en la Librería General o Biblos, de Francisco Gamoneda, en noviembre y diciembre de 1913, y constó de las seis siguientes: "La literatura mexicana" por Luis G. Urbina, "La filosofía de la intuición" por Antonio Caso, "Don Juan Ruiz de Alarcón" por Pedro Henríquez Ureña, "La arquitectura colonial mexicana" por Jesús T. Acevedo, "Música popular Mexicana" por Manuel M. Ponce, y "La novela mexicana" por Federico Gamboa.

No fue un azar la calidad de la mayor parte de estas conferencias, ni los nuevos territorios que abrían para el pensamiento —con las conferencias de Caso sobre Nietzsche, Stirner y la nueva filosofía espiritualista, a las que habría que relacionar con su famosa serie de 1909 sobre el positivismo—, ni la preocupación por los pensadores hispanoamericanos

—Hostos, Rodó, Barreda—, ni las nuevas perspectivas que abrían para el estudio de la cultura mexicana —descubrimiento del valor de la arquitectura colonial y de la música popular mexicanas y revaloración de Ruiz de Alarcón. Caso y Henríquez Ureña las planeaban y balanceaban, y el dominicano se encargaba del examen previo de los textos de los novatos, y aun de rechazar los proyectos no suficientemente maduros. Caso participó en los cuatro ciclos, Henríquez Ureña en tres de ellos, Acevedo en dos y Reyes sólo en el de 1910.

En estas series de conferencias se intentó ligar a la música con la cultura escrita y hubo participaciones de ejecutantes, jóvenes también —especialmente de los pianistas Alba Herrera y Ogazón y Max Henríquez Ureña, que lo era además de escritor—, no sólo en las conferencias dedicadas a temas musicales sino también en pequeños conciertos o en audiciones que se ofrecían antes o después de las exposiciones. En las conferencias de los dos primeros ciclos se ofrecía, además, un poema.

En los casi tres años que pasaron entre las conferencias del Ateneo, de agosto y septiembre de 1910, el año del Centenario, y las de fines de 1913, el país se transformó profundamente: concluyó el porfiriato que parecía eterno, triunfó la revolución maderista y, por un breve lapso, antes del cuartelazo huertista de febrero de 1913, México se abrió a nuevos aires de libertad y democracia. Para responder a ellos, el Ateneo de la Juventud decidió convertirse en Universidad Popular, un intento generoso para difundir en barrios y centros de trabajo nociones elementales. Y cuando Caso, Henríquez Ureña, Reyes y otros ateneístas se dieron cuenta de que, por los problemas económicos del país, la Escuela de Altos Estudios estaba en peligro, decidieron apoyarla con sus cursos gratuitos —como lo eran también sus conferencias y sus actuaciones en la Universidad Popular: los intelectuales debían vivir entonces de otros trabajos o de milagro.

Cuando sobrevino la desorganización del país con el huertismo y la presión creciente de la revolución constitucionalista, Henríquez Ureña —que además de pragmático veía hacia adelante el porvenir de los estudios universitarios— se preocupó especialmente por la renovación de los cuadros de

profesores, en la Preparatoria, en Altos Estudios y en otras escuelas, e hizo cuanto estuvo en sus manos y sus hábiles relaciones, para contrarrestar el peso muerto de los viejos positivistas, de los maestros de medio pelo y de los ignorantes pintorescos, con los nuevos estudiosos surgidos del Ateneo y de la nueva generación que aparecía.

Las mujeres más despiertas de la época comenzaron también a interesarse en estos actos. Además de la pianista mencionada había, por ejemplo, pintoras en la exposición de *Savia Moderna*, y a las conferencias asistían discípulas de la Escuela de Altos Estudios, maestras, esposas de escritores y profesionales y señoras elegantes que se interesaban por estas actividades entonces poco frecuentes.

Participar en las lecturas griegas, llegar a dar una conferencia y formar parte del pequeño núcleo de amigos que rodeaban a Caso y a Henríquez Ureña, o aun de los círculos periféricos, no era accesible para todos. Torri ha contado con mucha gracia cómo eran las relaciones en torno a Henríquez Ureña:

Vivía entre sus discípulos —es necesario confesarlo— en un mundo de pasión. Naturalmente que si estábamos incluidos en las “listas” del Maestro y habíamos obtenido implícitamente su aprobación nos sentíamos con la celebridad en el bolsillo. Pero si se nos omitía —sus omisiones eran desgraciadamente siempre deliberadas y cuidadosamente establecidas— se enfurecía el suprimido y se convertía en virulento detractor. Cerca de sí no había sino devotos y maldicientes. Lo mejor era situarse a cierta distancia.⁹

En la correspondencia del presente volumen pueden seguirse los pasos de estas inclusiones y exclusiones en los diversos grados de los círculos amistosos, así como los personajes definitivamente proscritos. Asimismo en estas cartas puede conocerse el tramado de claves y convenciones sobreentendidas, que parecían las contraseñas de esta hermandad. Henríquez Ureña era muy dado a poner apodos, diminutivos y apócope a sus amigos y parientes: “Phocás”, su primo;

⁹ Torri, *op. cit.*, p. 173.

Fran, su hermano mayor; "Don Pascual", Francisco Pascual García; "El barón", Rodolfo Reyes; "Parrita", el poeta Manuel de la Parra; y al grupo de Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint y Alberto Vázquez del Mercado, que comienza a aparecer en las cartas hacia septiembre de 1913, lo llaman ambos corresponsales "los Castros", y después, según el humor, "los Castriperritos" o "la Castriperricia", lo cual no obsta para que Henríquez Ureña elogie el estilo del primero o haga su retrato moral con rasgos muy severos. Ambos compartían la manía contra Erasmo Castellanos Quinto, quien al parecer, por su lado, trataba de perjudicarlos siempre que podía, a ellos o a sus amigos. A Reyes se le escapan en ocasiones arrebatos de maledicencia, que Henríquez Ureña intentaba objetivar. Y éste, acaso costumbre de periodista; tenía una rara capacidad para recordar nombres y hechos de muchísima gente, de los más variados niveles, círculos y países.

Los tonos de las cartas

Henríquez Ureña tenía, por supuesto, una teoría personal de cómo debían ser los epistolarios: "Yo concibo la correspondencia —decía a Reyes en la carta 79, del 30 de mayo de 1914— como placer, mucho más que como desahogo". Como un doble placer, de escritura y memorización para el que escribe, y de lectura e interés para el que la recibe. No debían ser desahogos pero tampoco intercambio de informes, consultas y buenos deseos de salud y de fórmulas de cortesía. En las primeras cartas, aún usan ambos fórmulas convencionales; quererse y estimarse está implícito en todas las siguientes cartas, y por ello sólo se saludan y despiden con sus nombres de pila a secas. Prescinden también de mieles inútiles, como saludos a amigos y parientes, aunque a veces Henríquez Ureña envía "Recuerdos a Manuela".

Las cartas, pues, debían relatar qué habían hecho, qué leían, qué pensaban y cómo eran las personas encontradas que valían la pena; o bien, dar informes solicitados o no sobre acontecimientos o materias culturales más amplios. Y como casi to-

das las cartas, éstas eran también, con frecuencia, monólogos o diálogos de sordos. El tiempo transcurrido entre la escritura y la lectura —alrededor de tres semanas en las transatlánticas— enfriaba los apremios, los encargos o las consultas, aunque en ocasiones sí tenían prolijas respuestas.

Desde las primeras, las cartas de Henríquez Ureña están bien armadas y pensadas hasta dar la impresión de espontaneidad. Nunca hay dispersión ni simple amontonamiento de noticias y sólo excepcionalmente son desahogos, aunque por ello mismo éstos son importantes para el conocimiento de su autor. Sus materias dominantes son crónicas de acontecimientos generales o de teatros, conciertos, exposiciones y conferencias, comentarios de lecturas, informes sobre cuestiones literarias, relatos de viajes, retratos de personajes, historias y chismes pintorescos. Antes que modesto respecto a su propio valer y significación, o tratando de achicarse, a la mexicana, su autor prefiere reconocer abiertamente, aunque sin fatuidad, sus conocimientos y su condición de centro promotor. Todo esto hace a sus cartas amenas: cuentan siempre algo y lo cuentan bien. Y leerlas es como leer sus ensayos o estudios, aunque en lugar de la unidad exista la variedad de materias. Raras son sus caídas o incongruencias y, sólo ocasionalmente, se consiente alguna destemplanza, designaciones coloquiales o salidas de tono, que hubiera excluido de sus escritos públicos.

Otras son las características de las cartas de Reyes. En las primeras, se siente aún al muchacho que busca su camino, que cuenta sus conflictos sentimentales, que salta de uno a otro tema, que escribe apresuradamente utilizando múltiples abreviaturas y descuidando las grafías, y que, en suma, va aprendiendo lentamente el arte epistolar y a seguir la norma y estilo de su maestro riguroso. Paso a paso, va tratando de reprimir sus efusiones y se va interesando por el mundo exterior y el de las ideas y los libros. Su capacidad de absorción y de retención fue siempre enorme —alguna vez habló de su “memoria de colodión”— y la amplitud creciente de su curiosidad puede seguirse en estas cartas. Advirtió en sus primeros años la importancia que tenía *La Nouvelle Revue Française* como manifestación de una nueva sensibilidad literaria, así

como la recuperación de las raíces expresivas del teatro en los programas inaugurales del Vieux-Colombier. Registró con fina percepción el fantasma de la guerra que avanzaba y al "gran pueblo venteando la guerra" y, contra el germanismo intelectual de su amigo, exaltó el espíritu democrático francés. Mas, en el campo de las ideas y la imaginación, sus cartas parecen algo esquemáticas frente al vuelo de sus artículos breves de estos años en los que va soltándose en su peculiar arte de la visión cordial de sus temas, como tomados al sesgo, con perspectivas inesperadas y rehuyendo toda pesadez y formalidad. Sus cartas a Henríquez Ureña, con excepciones, sí eran diferentes a sus escritos contemporáneos.

Aunque nunca lo diga, llega a parecer evidente que su amigo lo atemorizaba, como debió ocurrir con muchos otros. Sentía por él afecto, amistad y reconocimiento extremos; sabía que él lo estaba formando, que tenía conocimientos y experiencias superiores a los suyos, un sentido extremo del rigor y la precisión mentales, y una innata capacidad de magisterio que, aunque se ejercitara en muchos otros, se concentraba especialmente en la formación de Alfonso Reyes. Por todo ello, y acaso por cierta aspereza personal en el trato, o vista desde otro lado, por la falta de suavidad y cortesía a la mexicana, Reyes veneraba —no hay exageración en el término— a Henríquez Ureña, pero al mismo tiempo estaba cohibido ante él y reprimía su natural efusivo, lamentoso y juguetón. Si se comparan las cartas que por los mismos años escribe a Julio Torri —cariñosas, maliciosas, chispeantes y deshilvanadas—, se advertirá este cambio sensible en el tono epistolar.

Semejante esfuerzo por parecer otro lo hacía educarse ciertamente, en el lado serio y sabio de su personalidad, pero lo hacía ocultar en sus cartas ante su amigo-preceptor su vena espontánea y graciosa, aquella soltura que tanto apreciaba Henríquez Ureña en los ensayos-fantasías de don Alfonso.

Debe tenerse en cuenta, al respecto, que Reyes escribía a Torri ocasionalmente cuando tenía el humor propicio, y que a Henríquez Ureña le escribía regularmente, en las buenas y en las malas. Estas últimas, los problemas, se refieren (carta 7) a desajustes frente al autoritarismo y gustos intelectuales de

su padre el general Reyes, a relaciones con el resto de su familia original, a pasiones y disipaciones juveniles y, en el año de París (1913-1914), a los conflictos que le originan los resabios políticos, de los que él quisiera apartarse, a la "putrefacción oficinesca" en la Legación y a la imposibilidad de tener verdaderos amigos como los de México. No eran cosa mayor ni inusitada, aunque los últimos, unidos al peso de la familia nueva y a la estrechez económica, debieron ser más duros.

Por su lado, también las cartas de Henríquez Ureña tienen desahogos morales, aunque él sabía adobarlos como reflexiones generales o bien como introspecciones. En la carta 17, escrita en México el 13 de marzo de 1908, se siente agobiado por la larga monotonía diaria de su trabajo oficinesco, la pobreza en que vive y la imposibilidad que ve aun de estudiar Jurisprudencia; añade, con serena objetividad, la desventaja que en ciertos ambientes le causan sus rasgos físicos¹⁰ y concluye afirmando que ha llegado al escepticismo, a un desánimo que, con todo, acabará por superar.

Y en una de las cartas finales de este periodo (103, del 13 de agosto de 1914), escrita en La Habana donde comienza a sentirse aprisionado, y un poco para explicar a Reyes la agresividad de sus cartas recientes, le cuenta la teoría a que ha llegado respecto a su propia personalidad y a su "contradicción":

Soy dos seres superpuestos: un joven de quince años, o diez y ocho, neurasténico, irritable, pesimista de sí propio (esto en las horas en que recibe una contrariedad física o moral); un hombre de treinta años, que se da cuenta de sus éxitos humanos —el hombre de Arnold Bennet.

y en la misma carta añade esta visión melancólica de su propia obra:

Me he convencido, con tristeza, de que soy superior en la vida a lo que soy escribiendo. Tengo que cambiar, ya sabes que me lo propuse [...] En fin, quedaré como influencia ya que no como obra.

¹⁰ "Quienes, como yo, llevan en su tipo físico la declaración de pertenecer a pueblo y raza extraños e ¡inferiores!"

Así lo reconoció, entre otros, Julio Torri cuando escribió:

Sus escritos, con serlo tanto, son menos valiosos que su influencia personal en la juventud de hacia el segundo decenio de este siglo.¹¹

Sin embargo, creo que esta comparación entre influencia y obra es innecesaria. La obra ensayística y crítica de Henríquez Ureña tiene su propio peso y un valor excepcional como visión orgánica e interpretación de la cultura hispanoamericana. Y cuando consideramos a su autor, debemos recordar que, además, su magisterio fructificó en las obras de muchos de sus discípulos y amigos, en éste y en los periodos posteriores, y contribuyó decisivamente a un renacimiento cultural en el México de 1908 a 1913. Esta acción pública y en las obras de otros no disminuye sino engrandece su propia obra.

Las cartas como ejercicios de estilo

Cuando el tema lo consiente, los corresponsales se detienen en la descripción de un ambiente, en la crónica de una excursión, de una fiesta o aun de un proceso judicial y en los retratos de algunos personajes. En realidad, están haciendo ejercicios de estilo, esbozando mentalmente un posible desarrollo ensayístico. Henríquez Ureña, en marzo de 1908 (carta 16), viaja a Veracruz con Jesús T. Acevedo, José María Lozano y Ricardo Gómez Robelo, con el propósito de invitar al poeta Salvador Díaz Mirón a participar en el homenaje a Gabino Barreda, y le hace a Reyes una vivaz crónica del viaje, a Jalapa y al puerto, con un agudo retrato del vate que gustaba de imponer a sus oyentes disertaciones difusas que nunca terminaban. Cuando en 1911 (carta 32) va Henríquez Ureña a visitar a su padre a Santiago de Cuba, le describe a Reyes con mucho encanto la vida en las viejas casas acomodadas de la ciudad cubana: la disposición de la casa, las comidas, los ca-

¹¹ Torri, *op. cit.*, p. 173.

ballos y coches, el uso del inglés y del francés según los criados, y otra particularidad: "Se baña uno todos los días (como en La Habana)". Costumbre de los lugares cálidos, pues en aquellos años en la ciudad de México lo común era el baño semanal. Y en cartas de La Habana de mediados de 1914 (80 y 82), le refiere minuciosamente una entrega de premios escolares, pretexto para hacer una teoría de la fiesta social, así como los estudios de su hermana Camila y el examen al que asiste, pretexto para disertar sobre el buen nivel de la educación cubana y señalar arbitrariedades pedagógicas de Enrique José Varona; y en fin, se detiene en hacerle la crónica de un proceso criminal —el caso Asbert—, que conmovió a la sociedad habanera: pretexto para recordar sus conocimientos jurídicos y para no perder el oficio de periodista.

Reyes aprendió muy pronto esta otra enseñanza, aunque no se atrevió por el momento —poco después lo haría superiormente en sus ensayos ligeros y fantasías— al virtuosismo de hundirse en lo trivial para encontrarle su gracia o su jugo, y se mantuvo en los ejercicios sobre temas literarios. En una de sus primeras cartas sustanciosas, de fines de 1913 ya en París (carta 47), hace dos buenas estampas literarias, una de Leopoldo Lugones, el poeta argentino entonces en la cúspide de su prestigio, de quien describe su sencillez, su proyecto de una gran revista —que desmoronará la guerra— y sus ideas sobre los hexámetros latinos que pueden ser leídos como alejandrinos; y otra del peruano Ventura García Calderón, rara mezcla de hombre de sociedad y escritor de fácil ingenio, hoy casi olvidado. Y más adelante (carta 108), cuando comienza a dar informes a Henríquez Ureña sobre las relaciones que tienen con su amigo los hispanoamericanos de París —que la guerra le impedirá proseguir—, hace un retrato un poco vago del otro García Calderón, Francisco, el de *La Revista de América*: describe más sus huecos, sus ignorancias y sus elusiones que lo que realmente era.

En cambio, son páginas del mejor Reyes el relato que le hizo (carta 91, del 19 de julio de 1914) del "día de campo" que pasó con Raymond Foulché-Delbosc, cuando éste, ya en sus sagradas vacaciones francesas, lo invitó a visitarlo —a una ca-

sa a la que nunca llegaron— cerca de Fontainebleau: el campo francés, la caminata en el bosque, el almuerzo y la seducción de la hija del restaurantero que los servía, la nueva caminata, las conversaciones y los proyectos, todo contado con gracia, soltura y oportunos toques descriptivos, maliciosos y aun imaginativos de las alternativas que en su vida tuvo o pudo tener el hispanista.

Los ámbitos culturales

La idea de la cultura que en estos años tenía Henríquez Ureña era congruente y sin duda pedagógicamente eficaz, aunque no carecía de lagunas un poco arbitrarias: se apoyaba en los griegos y en los eruditos alemanes e ingleses, principalmente, y en Menéndez Pelayo; parecía conocer más o menos en su conjunto la literatura española, y a las demás literaturas modernas, incluyendo a las hispanoamericanas, las conocía razonablemente sin olvidar a los escritores del momento. La literatura mexicana parecía dominarla y llegaría a ser un experto en las obras de sor Juana y de Ruiz de Alarcón, que estudiaría minuciosamente en sus primeras ediciones, así como en la literatura de la época de la Independencia, gracias a sus estudios para la *Antología del Centenario*. Sin embargo, hacía poco caso de la literatura latina, aunque gustara de hacer citas en esa lengua. Torri señala, por ejemplo, su manía contra Horacio y Cicerón. El poco aprecio por el poeta pasará a Reyes, quien no llegará a superarlo. En cambio, por el filósofo y orador romano, Reyes mostrará la admiración que merece en sus libros de madurez sobre la antigua retórica.

Nada del Oriente se lee en estas cartas, ni de la literatura ni del pensamiento. La afición de Vasconcelos por el budismo y las filosofías de la India, que aparecerá posteriormente, son conquistas propias.

Torri hace notar también el poco aprecio que tenía Henríquez Ureña por la literatura francesa, especialmente por los escritores en boga, como Anatole France, que fascinaba a sus lectores de entonces. Él prefería a los ensayistas y novelistas

ingleses y estadounidenses.

En fin, no parecía tener curiosidad por las expresiones indígenas mexicanas, de las que ya se habían divulgado las traducciones del náhuatl de algunos de los *Cantares mexicanos* por Daniel G. Brinton, retraducidas al español por José María Vigil,¹² ni tampoco por la arqueología y los monumentos antiguos.

En cambio, Henríquez Ureña sabía mucho de música —como su hermano Max—, y escribía como un experto de conciertos y ópera, y de los pros y contras de los grandes concertistas y cantantes; así como de teatro, sobre todo italiano, alemán y en lengua inglesa. Sus juicios sobre pintura, que se limitan a noticias bastante precisas —a pesar de que las escriba (carta 46) siete años más tarde— de la exposición de *Savia Moderna*, de 1906, tan importante para la historia de nuestra pintura, y a informes ocasionales de las obras notables que tiene la Academia de San Carlos, revelan gusto y conocimiento aunque no afición profunda.

Algunas de estas preferencias y omisiones serán también las de Alfonso Reyes en estos años, si bien él las modificará considerablemente en algunos aspectos. El estudio de Grecia se manifestará en el brillante ensayo sobre las *Electras*, y en los ambientes de algunos de sus poemas, y la semilla, inerte por muchos años, florecerá en sus panoramas y estudios de madurez. Las aficiones por Góngora, Goethe y Mallarmé son su propio dominio y lo acompañarán largo tiempo. En la literatura mexicana se interesará por “El Pensador Mexicano” y por Fray Servando, así como por el estudio del paisaje en los poetas del siglo XIX. Apartándose en esto de los gustos de Henríquez Ureña, en literatura francesa seguirá atento a Anatole France y, como predilección, a los ensayos de Remy de Gourmont así como a los grandes novelistas del XIX, sobre todo Flaubert; iniciará la frecuentación de Montaigne y explo-

¹² Daniel G. Brinton, *Ancient Nahuatl Poetry*. Traducción, introducción, notas y vocabulario de D. G. B. Filadelfia, 1887. José María Vigil incluyó sus traducciones al español en su estudio sobre “Nezahualcōyotl”, de *Hombres ilustres mexicanos*. México, Eduardo L. Gallo, editor, 1874, t. II, y ampliado en la colección de sus *Estudios críticos*, que quedó inconclusa.

rá la literatura medieval, durante su estancia en París.

En el dominio inglés, ambos compartieron un juvenil deslumbramiento por el ingenio y el sentido poético de Oscar Wilde, y luego Reyes se interesará por Stevenson y por Chesterton. La literatura española, aun antes de sus años madrileños, y sin duda por la cercanía de Foulché-Delbosc en París, será una preferencia que irá ampliando progresivamente. No compartía Reyes, al parecer, el entusiasmo de Henríquez Ureña por los nórdicos y los alemanes, así citara al *Peer Gynt* de Ibsen y los estudios filosóficos de Jean-Paul. El teatro lo atraía escasamente y, menos aún, la música. Se aficionó mucho al pintor Diego Rivera aunque, en aquel momento, confesara que no entendía su "futurismo".

Los cambios de tono culturales y el balance de una empresa

El periodo 1907-1914 que abarca este primer tramo de las cartas, se divide, tanto en lo intelectual como en lo político, en tres secciones. La primera comprende cuatro años y es la más extensa, el fin del porfiriato con la apoteosis de las fiestas del Centenario, y va de 1907 a finales de 1910, cuando se inicia la revolución maderista. La segunda comprende la revolución, el triunfo y la presidencia de Madero, el cuartelazo y el asesinato del presidente, y va de fines de 1910 a principios de 1913. Y la tercera comprende el régimen huertista, la desbandada de los maderistas y su participación en la Revolución, el movimiento constitucionalista, la ocupación de Veracruz, la derrota y huida de Huerta y el estallido de la Primera Guerra Mundial, y va de principios de 1913 a fines de 1914.

Ni Pedro Henríquez Ureña, por su condición de extranjero; ni Alfonso Reyes, en los primeros años por su corta edad, más tarde por no tener "entusiasmo por las cosas épicas y políticas"—como dice en su carta 31, del 6 de mayo de 1911— y luego por el trauma que le causa la muerte de su padre y por su salida del país en agosto de 1913, participan en la agitada vida política que se inicia con el principio de la Revolución. Pero, aunque intentaran alejarse de los hechos políticos, estos influyeron

decisivamente en sus vidas y en sus actividades culturales.

La acción renovadora, la constitución del grupo y las actividades públicas más importantes ocurrieron en la primera de estas secciones temporales, de 1907 a finales de 1910, durante el fin del porfiriato. De lo que se hizo después, la Universidad Popular fue un intento por seguir la oleada democrática del maderismo; el reforzamiento y renovación del profesorado de la Escuela de Altos Estudios y de la Preparatoria fue un esfuerzo por dar permanencia a la renovación intelectual, y el ciclo de conferencias de fines de 1913 será el último canto del cisne ateneísta.

Muy pocos de los actos del grupo fueron de oposición o de protesta: como la curiosa algarada de 1907 por la reaparición de la *Revista Azul*, en manos de un periodista ruidoso, o como las conferencias de Antonio Caso, a las que por ahorro mental se designan "contra el positivismo", aunque su tema real sea la nueva filosofía espiritualista.

Por otra parte, el grupo tuvo muy pocos recursos para expresarse: no contó, por ejemplo, con una revista propia. *Savia Moderna*, del pregrupo ateneísta, se publicó sólo en 1906. Sin embargo, en la *Revista Moderna de México*, de Valenzuela, hasta su desaparición en 1911, y luego en la revista *Nosotros*, 1912-1914, de los poetas normalistas discípulos de Rafael López y protegida por José María Lozano, publicaron algunos de sus estudios, crónicas y poemas. Sus únicas apariciones propias que se imprimieron fueron el tomito de las *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, de 1910 —que costó Pablo Macedo, entonces director de la Escuela de Jurisprudencia, ya que muchos de los ateneístas eran alumnos de la Escuela—, y algunas tiradas aparte de otras conferencias y estudios.

La acción real del grupo, que no fue ni de oposición ni publicitaria, se ejerció de un modo más sutil, como un cambio sustancial de tono en la formación personal, como otra manera de entender el oficio intelectual y la creación literaria, en un pequeño grupo de alta calidad, que luego propagó su acción en sus ambientes individuales.

El cambio era tanto de cantidad como de calidad: el escritor, pensaba el promotor de la renovación Pedro Henríquez

Ureña, debía conocerlo todo, lo antiguo y lo moderno, lo propio y lo extranjero, y de ser posible en sus propias lenguas: inglés, francés e italiano para comenzar. La frecuentación de las literaturas francesa e italiana ya era habitual en México, pero debía sumarse la lectura directa de los nuevos y viejos libros ingleses y estadounidenses; debía conocerse el teatro de los nórdicos y los alemanes y las novelas rusas; había que conocer a fondo la literatura española, sobre todo los escritores antiguos y los del Siglo de Oro; tenían que abrirse los ojos a lo que se hacía en el resto de la América hispánica: poetas, novelistas y pensadores, y se daba por supuesto una familiaridad con la propia literatura mexicana.

Pero había que comenzar por el principio, puesto que para la formación del escritor literario, del jurista, del arquitecto, del filósofo y del artista era indispensable partir de la lectura de los clásicos griegos. Lecturas lentas, con abandono de la preocupación del tiempo, comentadas en cada pasaje difícil o sugestivo y seguidas de la lectura de los grandes expositores de textos clásicos, sobre todo alemanes, ingleses y franceses. Ésta debió ser una prueba insoportable para quienes no estaban en verdad poseídos por el ansia de saber, pero fascinante para los raros elegidos.

Y luego debía venir la formación filosófica moderna, la curiosidad por la filosofía científica y la atención a la ciencia, y el interés por disciplinas auxiliares: la filología, la lexicografía, los estudios métricos, el folklore. Y no ignorar su propio tiempo, lo que pasaba en la calle e interesaba a todos, y el curso del país y del mundo. Ciertamente, aquella buena época del poeta modernista, a la usanza pródiga de Jesús E. Valenzuela—quien, según José Juan Tablada, tenía el raro don de renacer de sus cenizas para comenzar una nueva parranda—, había terminado por la influencia de ese extraño santo laico que vino a México.

En las sesiones de lecturas, en las casas del arquitecto Jesús T. Acevedo y luego en la del filósofo Antonio Caso, es posible que se ofreciera café para la desvelada. Y después de las sesiones de los miércoles del Ateneo de la Juventud, como cuenta Torri, se iban a cenar al *Bach* o a *El León de Oro*, proba-

blemente a escote, y sólo para seguir hablando de lo mismo, pues Henríquez Ureña se encargaba de reencauzar

la conversación para mantenerla en su tensión y brillo, para llevarla a temas interesantes, para evitar que se despeñara por el derrumbadero de lo meramente anecdótico y trivial.¹³

La crónica de este heroísmo austero, de este raro momento en la historia mexicana en que un grupo excepcional de jóvenes, promovidos por un dominicano poseído por la vocación del magisterio, trata de formarse seriamente para mejor servir, la conocemos gracias a lo que sobre esta empresa escribieron dos de sus principales protagonistas: de Pedro Henríquez Ureña, sus artículos "Días alciónicos" y "Conferencias", ambos de 1908 (incluidos en *Horas de estudio*, 1910); el notable resumen de esta empresa que envía a Reyes en la carta 46, del 29 de octubre de 1913, en el presente epistolario; la conferencia "La cultura de las humanidades", de 1914 (incluido en *Obra crítica*, 1960), su despedida de México y herencia para las nuevas generaciones, y en pasajes de su penetrante balance "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México" (circa 1924, recogido también en *Obra crítica*); y de Alfonso Reyes, el artículo "Nosotros", de 1914, primer esbozo de esta experiencia, y su desarrollo más amplio en la espléndida crónica llamada "Pasado inmediato", de 1939 (incluido en *Obras completas*, xii), así como en las páginas finales de *El suicida* (1917).

Las cartas de este primer tramo tienen, como ya se ha dicho, dos temas principales: la formación de Alfonso Reyes como escritor y la empresa del grupo ateneísta. Acaso sea necesario aún preguntarse por el balance final de esta empresa. En primer lugar, su resultado fue la aparición de un grupo de escritores que serán importantes en la cultura mexicana. Sin embargo, la acción del Ateneo operó en cada uno de ellos con grados y matices especiales. Es posible que Antonio Caso, ya formado, hubiese hecho su misma labor filosófica con o sin Henríquez Ureña y el grupo; pero al mismo tiempo el Ateneo

¹³ Torri, *op. cit.*, p. 172.

no hubiese sido el mismo sin su presencia. A pesar de las reservas contra el grupo y del individualismo de José Vasconcelos, que peleaba con sus propios demonios, la familiaridad con la cultura griega y la necesidad de un orden mental, sí los recibió el Ateneo, al menos. Jesús T. Acevedo, Alfonso Reyes y Julio Torri, en cambio, parecen los mejores frutos propios de esta empresa cultural; luego, cada uno de ellos crecería según sus propias posibilidades y vocaciones, pero su formación inicial proviene de estos años.¹⁴ En cuanto a los periféricos, tengo la impresión de que lo que puede llamarse "espíritu del Ateneo" actuó, aunque años más tarde, en escritores como Martín Luis Guzmán, Carlos González Peña, Eduardo Colín, Alfonso Cravioto, Mariano Silva y Aceves, Isidro Fabela y Genaro Fernández Mac Gregor, en sus propios campos. En fin, respecto a figuras como la de Ricardo Gómez Robelo y Roberto Argüelles Bringas, a pesar de que ya se han recopilado sus obras dispersas, es preciso reconocer que el talento que les reconocían sus compañeros sigue fantasmal.

Pero, además de los ateneístas, en los años finales de la primera estancia de Pedro Henríquez Ureña en México comenzó a surgir, como aparece en estas cartas, una nueva generación: Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado, Manuel Toussaint, Julio Jiménez Rueda y Pablo Martínez del Río, que sería el anuncio del relevo y el signo de que la simiente seguiría dando frutos.

Y para cerrar este balance, es preciso volver a una antigua idea: la Revolución mexicana y la empresa del Ateneo fueron dos movimientos paralelos, uno en el campo más amplio de la transformación política y social del país, y otro en el orden del pensamiento y la formación intelectual de un pequeño grupo que realizaría la renovación y la modernización de la inteligencia mexicana. Hechos al parecer tan modestos como la apertura filosófica que promueve Antonio Caso, los estudios de revaloración de la cultura mexicana que hacen Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, en el campo literario; Jesús

¹⁴ Aunque el talento de Acevedo para la historia del arte se frustrara y sólo quede de él un libro armado por la devoción de un amigo.

T. Acevedo, en la arquitectura colonial y Manuel M. Ponce en la música popular; el surgimiento de una nueva generación de pintores —entre ellos Diego Rivera, el Dr. Atl, Roberto Montenegro, Saturnino Herrán y Francisco Goitia—, la formación de profesores bien informados, la nueva idea de un ejercicio intelectual y creativo y de una crítica, disciplinados y exigentes, y la apertura al pleno aire del mundo, fueron algunos de los logros de esta revolución cultural, de la que nació la cultura moderna de México, y cuyos pasos pueden seguirse en las cartas que se escribieron en estos años dos amigos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

20 de abril de 1984

De cómo Alfonso Reyes conquistó Madrid

Un día de octubre de 1914 llegó a Madrid un joven mexicano de veinticinco años, sin recursos y con mujer e hijo que sustentar. Había salido de París, incendiada por la Gran Guerra, lo habían despedido de su modesto cargo diplomático y venía a España para intentar ganarse la vida con las únicas armas que contaba, su pluma y su imaginación, como lo había hecho siglos atrás "el abuelo Ruiz de Alarcón". Lograrlo entonces parecía más difícil de lo que es ahora. Aquel joven llamado Alfonso Reyes sólo tenía un libro publicado, *Cuestiones estéticas* (1911), y era apenas conocido en los medios cultos madrileños. Francisco A. de Icaza, diplomático y escritor, que conocía bien aquel ambiente no disimuló su inquietud: "Posible es —le dijo— que usted logre sostenerse aquí con la pluma, pero es como ganarse la vida levantando sillas con los dientes". Pero lo consiguió, sin romperse los dientes ni enturbiarse el alma. Logró no sólo vivir de la pluma, "en pobreza y libertad", de 1914 a 1919, sino además hacerse un escritor memorable. Luego, de 1920 a 1924, ya serenada la Revolución en México, Reyes fue por unos meses secretario de la Comisión Histórica Paso y Troncoso y se reintegró luego al servicio exterior mexicano, de hecho como encargado de Negocios *ad interim* de la Legación.

Una a una se le fueron abriendo las puertas del Madrid intelectual y del Madrid popular, con ancha generosidad. Cuando había gastado su última peseta, en una de las pintorescas y atroces posadas que fueron sus primeras viviendas, Luis Ruiz Contreras lo escuchó hablar francés, le confió una traducción, le pagó por adelantado los primeros cuadernos y pudo sobrevivir. Un mexicano rico, Diego Redo, le inventó el

encargo de una monografía sobre el cultivo de la caña y la fabricación del azúcar y, cuando era preciso, iban al empeño sus pequeñas joyas para salir de apuros.

Aquellos eran años luminosos de las letras españolas. Estaban en su apogeo las grandes figuras de la Generación del 98 y comenzaban a surgir nuevos escritores, y allí había paz mientras el resto de Europa estaba en guerra. Ayudado por su talento y simpatía, Alfonso Reyes fue ganando nuevos amigos: Enrique Díez-Canedo, Azorín, Juan Ramón Jiménez, José Ortega y Gasset, Pedro Salinas, José Moreno Villa. Ellos lo relacionaron con los editores Calleja y Acebal de la Lectura que le encargaron libros y traducciones literarias, y lo invitaron a colaborar en los diarios *El Imparcial* y *El Sol*, y en las revistas literarias de aquellos años, *Índice*, *La Pluma* y *España*. Además, Reyes enviaba colaboraciones a periódicos y revistas de México y de otros países americanos.

En los primeros años duros madrileños, tanto como en los más acomodados que seguirán, Reyes escribe no solamente para ganarse la vida sino que aún tiene ánimos para lograr algunas de sus más hermosas obras de creación. De su década madrileña son las agudas instantáneas de los *Cartones de Madrid* (1917), que serán su tarjeta de presentación literaria; la *Visión de Anáhuac* (1917), evocación nostálgica de la patria lejana a la que interroga por el sentido de su existencia; *El suicida* (1917), un inquietante libro de ensayos; *Huellas* (1923), su primer libro de versos, e *Ifigenia cruel* (1924), su postrer libro de esta época, "descarga del sufrimiento personal" por la muerte trágica de su padre, e intento para liquidar la *vendetta* mexicana dentro de su propio corazón. Y además, los libros en que recopiló su periodismo literario: *Retratos reales e imaginarios* (1920), las cinco series de *Simpatías y diferencias* (1921-1926), *El cazador* (1921) y *Calendario* (1924).

Aparte de las traducciones, obras de creación y periodismo, entre fríos y hambres, Reyes se entrega a la disciplina, a la concentración y a la paciencia que exigen los trabajos históricos y filológicos. Federico de Onís lo acerca al Centro de Estudios Históricos, y su director Ramón Menéndez Pidal lo adscribe a la sección de filología. Trabaja al lado de maestros

eminentes: Américo Castro, Tomás Navarro Tomás, Antonio G. Solalinde, además de Onís ya mencionado. Su antigua afición por la lingüística y la literatura se profesionaliza, y de estos años son sus estudios y ediciones de Fray Servando, Quevedo, el Arcipreste de Hita, Ruiz de Alarcón, Gracián, el *Poema del Cid* y Lope de Vega; sus colaboraciones en la *Revista de Filología Española*, el *Boletín de la Real Academia Española* y la *Revue Hispanique*, entre las que sobresalen sus trabajos eruditos sobre un tema de *La vida es sueño*, de Calderón, sobre Mateo Rosas de Oquendo y sobre cuestiones gongorinas; y su colaboración con Raymond Foulché-Delbosc en la preparación de las obras de Góngora, poeta al que Reyes había dedicado un estudio precursor en su primer libro, *Cuestiones estéticas*, punto de partida de la revaloración gongorina.

La firma de Alfonso Reyes aparecía, pues, constantemente, en libros, en periódicos y en revistas especializadas, y era ya como un signo de curiosidad, de gracia en el estilo, de espíritu abierto y de imaginación. Un trabajo bien hecho atraía otros encargos. Y Reyes, que aún encontraba tiempo para ser asiduo del Ateneo de Madrid, en donde daría algunas conferencias; para acercarse a las peñas literarias famosas; para ir al cine y escribir algunas de las primeras crónicas; para hacer excursiones en busca de escritores o de la historia y la leyenda; para promover celebraciones, como la de los cinco minutos de silencio en honor de Mallarmé, “en la puerta del Botánico que da sobre la Feria de Libros”, el domingo 14 de octubre de 1923, a las once de la mañana; y para seguir con atención la vida madrileña, había logrado no sólo sobrevivir sino aun conquistar un lugar en aquella áspera y cordial sociedad literaria. Ramón Pérez de Ayala le decía: “Dada su actividad, ha de estar usted ganando una barbaridad de pesetas”. “No era para tanto —comenta Reyes—, pero ya mi vida estaba segura. Lo cual se debió, más que nada, a mi relativa puntualidad para cumplir con mis plazos”.

Cuando en abril de 1924 Alfonso Reyes es llamado por su gobierno y concluye esta etapa, en una despedida decía a sus compañeros: “Adiós, amigos y hermanos míos que durante diez años me disteis arrimo y compañía. Viviréis en mi grati-

tud mientras yo viva. Adiós, España muy mía. Pronto hará once años que me alejé de mi tierra. De allá me llaman ahora”.

Gracias a la enorme tarea realizada en estos años y a su calidad en tantos registros, Alfonso Reyes se hizo dueño cabal de su oficio y forjó su prestigio literario. Lo hizo con juvenil alegría creadora, capaz aun de transformar en alegorías poéticas sus más duras pobreza y sus más entrañables penas; con una curiosidad siempre alerta, con México constante en su memoria y los ojos abiertos al mundo. El mito Alfonso Reyes había sido creado.

17 de febrero de 1989

Los últimos ensayos breves

Antecedentes y propósitos

Alfonso Reyes pudo cuidar los primeros doce tomos de sus *Obras completas*, publicados entre 1955 y 1960; después de la muerte de nuestro escritor, Ernesto Mejía Sánchez, con devoción y acuciosidad, proyectó y cuidó la edición de nueve tomos más, a partir del XIII. La aparición de los volúmenes, que mantenía un ritmo regular hasta el tomo XIX, publicado en 1968, se interrumpió por largos años. Cuando estuve al frente del Fondo de Cultura Económica, me empeñé en que Ernesto prosiguiera la tarea, y en 1979, al cumplirse veinte años de la desaparición de don Alfonso, se publicó el tomo XX, y dos años más tarde el XXI, último proyectado y prologado por el amigo desaparecido. Felizmente, cuando le pedía ir más de prisa para concluir estas *Obras completas*, alguna vez hicimos un proyecto para la distribución de los libros y textos sueltos por incluir en los tomos faltantes. Dicho proyecto, con algunos ajustes, es el que se seguirá para organizar los últimos de estas *Obras*, y su contenido tentativo será el siguiente:

- XXII. *Marginalia, Las burlas veras* y páginas adicionales.
- XXIII. *Ficciones*.
- XXIV. *Memorias*.
- XXV. *Culto a Mallarmé, El Polifemo sin lágrimas, Memorias de cocina y bodega*, y otros textos.
- XXVI. *Estudios sobre Goethe, Teoría de la sanción*.

Estos tomos no agotarán todo lo escrito por Alfonso Reyes. Quedan fuera, en principio, sus nutridos e importantes epistolarios, que ya se van publicando por separado. Los informes político-diplomáticos, recogidos en parte por Reyes en

su *Archivo*, y otros textos inéditos de la misma índole, proyecta publicarlos el Fondo de Cultura Económica, al cuidado de otro editor. Y por supuesto, una vez aparecidos estos volúmenes, se irán descubriendo fatales olvidos y omisiones. El propósito principal es el de concluir las *Obras completas* básicas de Alfonso Reyes para honrar el centenario de su nacimiento.

Los textos se ofrecerán libres en lo posible de las erratas que, a pesar del empeño de su autor, perseguían los libros de don Alfonso; se agregarán las notas indispensables y estas introducciones se limitarán a exponer contenidos, circunstancias de elaboración y correspondencias, dentro de una obra oceánica y fascinante.

De acuerdo con el uso seguido por don Alfonso, en algunas ocasiones se entresacarán de las colecciones publicadas textos que, por sus características, ya pasaron o deben pasar a otros grupos o tomos, o bien se añaden páginas no coleccionadas o inéditas junto a otras afines, para integrar unidades temáticas.

En las colecciones que forman el presente volumen, en *Marginalia*, Tercera serie, se añaden la "Carta a una sombra", junto a los "Encuentros con Pedro Henríquez Ureña", y "Tributo en memoria de Menéndez y Pelayo" —gracias a la cortesía de Alfonso Rangel Guerra—, inéditos. De *Las burlas veras*, Primer ciento, se suprimen "Delfos", que ya apareció en el tomo xx; "De turismo en la tierra", que pasará al tomo xxiv de *Memorias*; y "El hombrecito del plato", que pasará al tomo xxiii de *Ficciones*. Y de *Las burlas veras*, Segundo ciento, se suprimen "Los médicos en la *Iliada*", que ya se incluyó en el tomo xix; "Sócrates", "¿Jinetes junto al mar?", "Los enemigos de Creta", "De Lucrecio" y "Más sobre Lucrecio", que ya pasaron al tomo xx; y se suprimen también "Las disyuntivas de Goethe", que irá al tomo xxvi junto a otros estudios goetheanos, y "Encuentros con un diablo", que pasará a las *Ficciones* del tomo xxiii.

La economía del trabajo intelectual

En un escritor de casi todas las horas, como llegó a ser Alfonso Reyes, iban avanzando al mismo tiempo sus grandes obras sistemáticas, sus trabajos monográficos, los artículos de divulgación, los resúmenes de lecturas, los prólogos, los ensayos breves, los versos, las cartas, y en los flecos y cabos, los apuntes sobre cosas y observaciones menudas.

Tal abundancia no era sólo facundia sino también disciplina y necesidad. Don Alfonso se completaba sus recursos para vivir, en estos años, publicando regularmente colaboraciones en revistas comerciales y en cadenas periodísticas menores, que no les concedían mayor importancia y le pagaban poca cosa. Al final prefirió publicar sus artículos breves en revistas culturales, como *Diálogos* y *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. Y daba anticipos de sus obras mayores a publicaciones especializadas. Entre 1940 y el año de su muerte, era costumbre que las revistas juveniles iniciaran su vida con un texto de Reyes, que él daba generosamente. Y cuando era necesario, escribía prólogos.

Desde la década madrileña, 1914-1924, Reyes escribió regularmente ensayos, artículos y apuntes breves, destinados inicialmente a periódicos y revistas, que luego recogió en libros: *Cartones de Madrid* (1917), *Retratos reales e imaginarios* (1920), las cinco series de *Simpatías y diferencias* (1921-1926), *El cazador* (1921) y *Calendario* (1924). Y en sus últimas dos décadas mexicanas, de 1938 a su muerte en 1959, publicó numerosas recopilaciones de esta índole: *Tentativas y orientaciones* (1944), *Norte y sur* (1945), *Los trabajos y los días* (1946), *A lápiz* (1948), *Grata compañía* (1948), *Entre libros* (1948), *Sirtes* (1949), *De viva voz* (1949) y *Ancorajes* (1951), todos ellos ya recogidos en estas *Obras completas*.

Continúan estas recopilaciones los cinco libros que forman el presente tomo: las tres series de *Marginalia* (1952, 1954 y 1959), los dos cientos de *Las burlas veras* publicados (1957 y 1959), más treinta artículos de sus últimos años, no coleccionados e inéditos algunos, con los que iniciaba el tercer ciento de *Las burlas veras* más otros textos sueltos e inéditos. Con excepción de

algunos escritos que Reyes recoge de años anteriores, los que forman este tomo fueron escritos entre 1946 y 1959.

Todos estos libros de textos breves, desde *Cartones de Madrid* hasta las últimas *Burlas veras*, son algo más que simples misceláneas. Los madrileños y algunos de los años cuarentas, tienen cierta unidad temática y otros están formados en atención a su tono y propósitos, y su unidad interna está señalada por los títulos felices que su autor sabía darles.

Las *Marginalia* y *Las burlas veras* son como la respiración intelectual o simplemente humana de Reyes, y su interés surge de la amplitud y la variedad de esa respiración, y del arte y encanto con que está registrada. Cuando un amigo me preguntaba en qué trabajaba y dije que en la preparación de los libros de Reyes para sus *Obras completas*, comentó: "Qué suerte, porque su lectura es siempre una delicia y, además, es instructiva". Así es, en efecto. La soltura, la densidad sin pesadez, la gracia, la finura de las observaciones, la constante sorpresa en la variedad de los temas, los recuerdos y asociaciones oportunas fueron, desde el principio de su obra, don de su pluma. Ya en 1914 Pedro Henríquez Ureña le decía:

Tú eres de las pocas personas que escriben el castellano con soltura inglesa o francesa; eres de los pocos que saben hacer ensayo y fantasía.

Carta.80, en *Correspondencia de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña*. México, FCE, 1986, t. I, p. 344.

Los caminos del ensayista

Los caminos, los recursos, las imaginaciones, asociaciones e invenciones que sigue y de que echa mano Alfonso Reyes en estos ensayos mayores y menores reunidos en el presente volumen son la variedad misma. Como si cada vez inventara una fórmula, que nunca repite sin innovaciones. Su inteligencia, sus sentidos y su memoria diríase que estuviesen siempre

en fiesta e incandescentes, no sólo para concentrarse en la exposición sistemática de sus obras mayores sino para registrar también, y escribir, los estímulos de sus lecturas, sus reflexiones ocasionales, sus experiencias menudas y las asociaciones que estos estímulos le provocaban. Y aunque estas *Marginalia* y *Burlas veras* sean los cabos de su actividad mental y sensorial, nunca deja apuntes provisionales, que en ello suelen quedarse, sino que las escribe y de un tirón les da forma y unidad, aun en su pequeñez.

Los ensayos de Reyes son ciertamente periodismo, aunque los aparte de este género el hecho de que no se ocupan, salvo excepciones, de las cosas del día ni pretenden influir en su curso. No son, pues, comentarios de lo inmediato sino de lo que pasa por su mente, lee, recuerda y observa en sí mismo y en su mundo.

Resúmenes de lecturas, homenajes, anécdotas y cuentos

Hay en estas colecciones ensayos de divulgación o resúmenes de lecturas —ejercicio de ordenación mental al que Reyes fue tan aficionado—, como “El ‘petit lever’ del biólogo”, que cuenta lo que un científico ilustrado pudiera ver en las cosas y actos habituales de cada día. Estos resúmenes acaban por ser a menudo recreaciones que, apoyándose en el estímulo de páginas sugestivas, componen una nueva obra y la enriquecen con asociaciones y superior claridad, como ocurre con el ensayo sobre “El nomadismo”, que parece de una lectura de Toynbee, o el que dedica a “Alberto Magno”, renovador del pensamiento filosófico y científico.

Otras veces escribe monografías condensadas, como “Respeto a la materia”, acerca de la belleza de los objetos y materiales que nos rodean; como “Ritmo y memoria”, sobre los recursos de la expresión poética; o como “El justo medio y la cuerda floja”, a propósito de la incertidumbre de buscar leyes y esquemas al acontecer histórico.

A veces saluda la obra o el recuerdo de escritores y artistas: José Moreno Villa, Toño Salazar, José López Portillo y Rojas,

Jacques Lipchitz, Max Henríquez Ureña, Gabriela Mistral, Fernando Ortiz, Eugenio Imaz, Silvio Zavala, Joaquín García Monje, Pío Baroja, Diego Rivera, José Vasconcelos y Genaro Fernández Mac Gregor. O refiere anécdotas, con relieves de humor y curiosas correspondencias históricas, o cuenta de nuevo un cuento olvidado, como en "San Jerónimo, el león y el asno".

Divagaciones, precisiones y reflexiones

Las divagaciones como "Cosas del tiempo", "Divagación sobre la rueda" y "La pólvora en infiernitos", están trenzadas de recuerdos humanos y librescos, imágenes felices y sabiduría aligerada.

A propósito de la publicación de *Monterrey*, el correo literario de Alfonso Reyes (1930-1937) —ya reimpresa en la colección de Revistas Literarias Mexicanas Modernas, del Fondo de Cultura Económica—, precisa la distinción entre las revistas y los periódicos literarios, y da noticia de otras gacetas individuales, francesas y españolas, y se refiere a la necesidad de diálogo, de conversación "sobre cosas de la inteligencia", que siente el escritor y de la que nació su revista.

Las "Reflexiones elementales sobre la lengua" son un resumen claro y bien informado. Reyes, cuya mente parecía siempre en ebullición, fue un suscitador de ideas y posibilidades literarias, como las que propone en "Sófocles y 'La posada del mundo'", así como la idea de una geografía de la literatura mexicana, que sugiere a los jóvenes, en "Un proyecto", y sigue siendo válida.

Las ciencias

La afición de Reyes por la ciencia fue constante y lo llevó a mantenerse informado de algunas nuevas teorías en matemáticas, física, biología, astronomía, economía y cibernética, y a ofrecer a sus lectores resúmenes sugestivos de esas ideas. En "El hombre y sus inventos" expone las teorías cibernéticas de

Norbert Wiener, acerca de ciertas hipótesis sobre el origen de la vida y a propósito de los cerebros artificiales, cuyas supuestas reacciones humanas discute.

Cuando se iniciaba la exploración espacial, escribe en 1957 sobre "Satélites hechizos", con precisas anticipaciones de los hechos futuros, el viaje a la luna en primer lugar, que sólo ocurrirá en 1969, diez años después de la muerte de don Alfonso. De temas cercanos a los científicos son su elogio de la madera y su utilización racional, que complacerá a los ecologistas de hoy, en "Se anuncia un nuevo reinado"; y la divagación sobre "El fuego", en la que propone la idea de que, en las sociedades primitivas, el aprovechamiento del fuego para cocinar pudo ser invención femenina o de una sociedad matriarcal.

La observación de sí mismo

Uno de los encantos de los escritos de Alfonso Reyes es la capacidad de su autor para pasar del cielo a la tierra, de los rigores de la ciencia al campo llano de las cuestiones humanas y personales, y tratar a unos y otros con la misma destreza y sabiduría, con esa ligereza y donaire que le celebraba Henríquez Ureña. En *Marginalia*, Segunda serie, después de temas de economía y ciencia, escribe la divertida "Digresión sobre la compañera", en la que discurre sobre la mujer ideal para el creador literario. Entre anécdotas y recuerdos históricos, enumera "los cuatro enemigos del alma", es decir, los tipos de mujeres más peligrosas para el poeta —los tres primeros son la poetisa, la marisabidilla y la *snoob*—, de los cuales, el último merece repetirse:

la mujer vulgar o ignorante —escribe—, que puede exasperar hasta el crimen. No hay que exagerar, por supuesto, no hace falta una Enciclopedia con faldas, y una que otra falta de ortografía es disculpable y nos comunica el confortante sentimiento de nuestra grandeza. Hemos escrito en alguna parte que la ortografía es la única superioridad mágica que el hombre posee sobre la mujer.

Y acerca de la vejez bromea y se analiza en el texto más inesperado: la "Carta a los amigos de Las Palmas", jóvenes escritores canarios que le pidieron un mensaje. Pues a ellos les cuenta que ha dicho a su hijo médico —de don Alfonso— que cuando comience a escribir sonetos 'capicúas' o le guste más "ensartar agujas con los pies" que "escuchar el canto pitagórico de las esferas", le aplique una inyeccioncita oportuna y lo eche fuera de este mundo. Observa que en el viejo la sensibilidad va en aumento y "el cuerpo comienza a irse por un lado y el alma por otro, tal vez aspirando ya a su verdadera patria definitiva". Todo esto con llaneza y humor, sin ningún patetismo, en hombre como él que tenía la salud ya quebrantada.

Como Montaigne, uno de sus maestros, Reyes se observa, se describe y se comenta. En sus años finales se dejó crecer una barbita "de candado en la boca". En "La barba" analiza sus intenciones y dice que tiene el vago sentimiento "de que me propaso y caigo en la *hybris*"; menciona los parecidos nobles o pintorescos que le encuentran y enumera las explicaciones que suele dar. El hecho es que la barba aliñada le iba muy bien, y con ella murió. Como le dijo con agudeza el doctor Ignacio Chávez: "Es antes cuando andaba usted disfrazado y añinado artificialmente. Ésta de ahora es su verdadera cara".

Temas y curiosidades literarios

Los temas propiamente literarios, noticias, elogios, reflexiones, revelaciones o divagaciones, que hay en estas *Marginalia* y *Burlas veras*, son un muestrario de su curiosidad y versatilidad. La noticia del descubrimiento de "Un 'Fausto' de Heine" le da pretexto para pintar la doliente vida del poeta alemán, sus relaciones con Nerval y la profecía de aquél sobre la terrible reaparición del militarismo germano. En "Chesterton y los títeres" informa acerca de *La sorpresa*, drama póstumo del ensayista y cuentista, cuyos personajes son títeres. Una conversación imaginaria, en "El judío errante y las ciudades", le da pie para repasar la evolución y la poesía de las ciudades, un recuento de lo mucho que se ha escrito sobre esta última.

En "El amor de los libertadores" cuenta lindas anécdotas sobre el tema, y se detiene sobre todo en la vida de José Martí para darnos un agudo apunte sobre la calidad de su prosa:

rasgando con la espada la página de la historia, se adelanta José Martí, que escribe como a estocadas y a tajos; el maestro de la prosa fulminante y eléctrica, toda ella en botones de fuego.

Años más tarde, en uno de sus últimos ensayos, "Martí a la luz de la nueva física", Reyes afina estas observaciones:

Martí —escribe— era un ser en estado radiante. Aun cuando no hubiera muerto en Dos Ríos, tenía que desaparecer pronto, por una como disgregación atómica. Por eso su vida es apresurada: todos los estímulos del mundo se dieron cita en su corazón, atropellándose por entrar [...] El suyo no es un movimiento ordinario, sino una vibración cósmica que escapa a los ojos normales: es la danza browniana, la zarabanda atómica.

En *Marginalia*, Tercera serie, se encuentra el discurso de bienvenida que dijo Alfonso Reyes, como director de la Academia Mexicana, para recibir en ella a José Gorostiza, quien entonces leyó una notable disertación sobre sus ideas poéticas.

La última afición de Reyes fueron las novelas policiales y detectivescas, que eran para él un descanso. Pero como todo lo convertía en materia literaria, escribió en sus últimos meses de vida un par de ensayos sobre el tema: "Algo más sobre la novela detectivesca" y "Un gran policía de antaño". En el primero, apunta las características distintivas de estas novelas, en relación con las tradicionales, y propone a *Edipo rey*, de Sófocles, como el posible origen del género. Y en el segundo, cuenta la historia del famoso detective Eugène François Vidocq, ex presidiario que llegó a convertirse en jefe de seguridad de la policía francesa, en el descubridor de crímenes famosos y en el modelo de muchos de los detectives de los grandes novelistas del género.

"Encuentros con Pedro Henríquez Ureña", de 1954, es otro

de sus ensayos dedicado al maestro y amigo, en este caso el Pedro juvenil. Antes había escrito la "Evocación de Pedro Henríquez Ureña", de 1946 (recogida en *Grata compañía, Obras completas*, XII), y ahora se agrega al presente volumen la "Carta a una sombra", de 1953, al parecer inédita, dirigida en días infaustos a la memoria del dominicano.

La curiosidad literaria de Reyes y su buen ojo para percibir los valores nacientes o recién descubiertos, lo llevan a interesarse por Constantin Cavafis y por Marguerite Yourcenar en 1954 ("La poesía total"), referencias que deben ser de las primeras que se leyeron en México. Desde 1944, Reyes había traducido y anotado el ensayo de Yourcenar sobre *Mitología* (*Obras completas*, XVII, pp. 211-216). La hermosa traducción de Julio Cortázar de las *Memorias de Adriano* es de 1955.

En nuestros propios dominios, Reyes señaló desde 1954, cuando publicaban sus primeros libros, la significación de "los dos nuevos valores con que cuenta nuestra novelística: Juan José Arreola y Juan Rulfo" (en "Nuevos rumbos de nuestra novela"). Y el autor del presente estudio le debe también un generoso comentario ("La emancipación literaria").

Cuando aún ignorábamos en México el pensamiento sociológico de Ibn Jaldún, Reyes escribe, en 1958, una llamada de atención sobre su importancia. Años más tarde, entre divertidas supercherías, Max Aub, otro avisado, tradujo un pasaje de Aben Jaldún, como él lo llama, acerca de "El arte de componer (con elegancia) en verso y en prosa no depende de las ideas sino de las palabras", con una animada presentación (en *Versiones y subversiones*, Alberto Dallal, editor, México, 1971, pp. 47-49). La *Introducción a la historia universal*, de Jaldún, la publicó el Fondo en 1977.

Interesante es la rememoración que hace Reyes, en "Los libros animados", del "Diálogo de los libros", de Julio Torri, que se publicó inicialmente en *El Mundo Ilustrado*, en 1910, dedicado a Reyes. Este ensayo de Torri ahora da título a la recopilación de sus prosas dispersas, publicadas por Serge I. Zaitzeff (México, FCE, 1980). Reyes recuerda con precisión, casi medio siglo después, aquella página de Torri, y aun la errata que se deslizó en la publicación original, y continúa en la

reciente: *cocodrilo* por *colodrillo*.

Otra curiosidad es la noticia, en "Un precursor olvidado", de la novela *El nigromántico mejicano* (Barcelona, 1832, 2 vols.), del español Ignacio Manuel Pusalgas, "una de las primeras novelas peninsulares —dice Reyes— sobre la América hispana", y uno de cuyos temas es la conquista de México.

En "Los rostros aleccionadores", Reyes escribe una hermosa página de reconocimiento para los amigos ausentes y de humildad para reconocer sus propios desfallecimientos:

Quando temo haberme documentado imperfectamente y con demasiada ligereza, se me aparece como un reproche la cara de Ramón Menéndez Pidal, mi inolvidable maestro. Quando no logro expresarme con diafanidad y precisión, creo ver el rostro de Pedro Henríquez Ureña, que me reconviene. Quando me pongo algo pedante, se me aparece como en protesta ese gran maestro de sencillez que fue Enrique Díez-Canedo. Quando deseo más sensibilidad y gracia, ¿a quién invocar sino a "Azorín"? Quando me pongo algo "cursi", aparece Jorge Luis Borges y me lo reprocha en silencio. ¡Cuánto les debo a todos!

Curiosidades menudas

Sólo a Alfonso Reyes se le ocurriría ocuparse, y escribir de ello una linda página, de las palabras y ruidos onomatopéyicos que varios pueblos emplean para llamar o comunicarse con los animales ("Adán y la fauna"). O referirnos la vida y la obra de Jacques Delamain, "El filósofo de las aves", y su amor inteligente por los pájaros, cuyas costumbres describió en la serie de "Libros sobre la naturaleza". O contarnos las confusiones y enredos que le han causado sus homónimos y casi-homónimos, y proponer chuscas soluciones para evitar esos problemas, en "Al diablo con la homonimia". O el curioso apunte acerca de "la sirvienta con caricias" en las letras francesas ("El delantal").

Reyes y López Velarde

En *Marginalia*, Primera serie, recogió Alfonso Reyes un agudo ensayo, "Croquis en papel de fumar", acerca de la personalidad y la obra de Ramón López Velarde, al cumplirse treinta años de la muerte de este último. Reyes concentra su análisis en tres fases: "agua corriente", el poeta de la provincia; "el cristal del agua congelada", el de los grandes logros verbales; y "el rumor del agua subterránea", la voz del patetismo, la sensualidad y el miedo. Y para terminar, Reyes señala, en la imagen del rapto femenino que aparece en "La suave Patria", el recuerdo de la costumbre pueblerina del matrimonio con rapto. Las observaciones son justas pero reticentes; celebran los aciertos expresivos pero Reyes no parece conmovirse por la poesía del jerezano.

López Velarde, por su lado, comentó en 1920 *El plano oblicuo*, de Reyes, recién publicado en Madrid, en una reseña aparecida en *México Moderno*. El comentario parece insinuar que Reyes es mejor prosista que poeta y que tiene "demasiada experiencia en libros", lo que no debe haberle gustado a éste.

A este intercambio tardío de reticencias, José Emilio Pacheco (en "Una enemistad literaria: Reyes y López Velarde", *Texto Crítico*, Xalapa, 1975, núm. 3; reproducido en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, abril de 1988, núm. 208) ha agregado un texto de Reyes, "Venganza literaria", fechado en 1926 (*Árbol de pólvora*, México, 1953). En el que hay "algunos rasgos caricaturescamente lopezvelardeanos": "poeta de campanario", "faldas de percal", "virtudes aldeanas", "incienso de la parroquia", "interpretables —señala Pacheco— como el vaso en que se contiene la 'venganza' del título".

Probablemente, Reyes y López Velarde nunca se conocieron. Y es posible que Reyes, que sobrevivió varias décadas a López Velarde, haya mantenido cierta reserva, cierta frialdad ante la fama que veía tan celebrada del poeta de Zozobra.

"Mi idea de la historia"

En el Primer Congreso de Historiadores de México y los Estados Unidos, celebrado en Monterrey, 1949, Reyes leyó una conferencia que es un importante ensayo doctrinario. Expone en ella su idea de las tareas fundamentales del historiador: acopiar informaciones, interpretarlas con talento y exponerlas con buena forma artística; discute la tendencia a imaginar lo que pudo haber acontecido; refiere la disputa entre la historia de los monarcas y la de los pueblos y revisa muchas otras teorías y tendencias de la historia moderna.

De temas relacionados con la historia son "El rescate de la persona", de sus últimos años, artículo en el que, a propósito de las reconsideraciones de Aldous Huxley a las profecías que había hecho a *Brave New World*, discurre sobre el peligro de la pérdida de la integridad del individuo y el problema conexo de las democracias y las dictaduras; y "La historia sin resplandor", curioso inventario de escenas y pasajes históricos que suelen repetirse y en verdad nunca acontecieron.

Los "Epílogos", 1952 y 1953

Desde sus primeros años de escritor, Alfonso Reyes tuvo predilección por el ensayista y novelista Remy de Gourmont, prestigiado entonces y ahora un poco olvidado. Entre los libros de Gourmont que deben haberle gustado especialmente debió contarse la serie de *Épilogues*, publicada en cinco volúmenes, que comprenden notas desde 1895 hasta 1910. A la manera del modelo francés, don Alfonso sólo llegó a escribir dos series de "Epílogos", correspondientes a 1952 y 1953. Tanto en los de Gourmont como en los de Reyes, no se trata de "notas del tiempo", aunque las haya ocasionalmente, sino de apuntes y observaciones de lecturas, hechos varios, meditaciones y ocurrencias, todos ellos de extensión más bien breve. Son, pues, una manera de cuaderno de notas.

Los "Epílogos" de Reyes tienen el atractivo de la variedad de tonos, en los que el humor no está ausente, y del encanto

del estilo. La nota final, número 37, a los "Epílogos" de 1953, es interesante. Recoge fragmentos de una carta —desconocida al menos para el presente editor— que Georges Clemenceau escribió a una señora amiga, y que Reyes encontró en un periódico, *Le Cri de Paris*, en 1919. En estos pasajes, el legendario Tigre de la primera guerra hace una feroz crítica de Maximiliano y Carlota y una defensa de la actitud de Juárez y los mexicanos.

Recreo sobre los animales vistos por Alfonso Reyes

Al encontrar en estos tomos de *Marginalia* y *Burlas veras* numerosos apuntes sobre animales, recuerdo la sugerencia que me hizo un buen lector de Reyes, quien me habló de lo encantadora que sería una compilación de "Los animales vistos por Alfonso Reyes", que pudiera ilustrar un dibujante que aún supiera pintar animales. Señalo la primera característica que me ocurre: las de Reyes no suelen ser descripciones de la figura y características de los animales, como en los bestiarios, sino más bien de su conducta y de su relación con el hombre, de sus maneras de comunicación y peculiaridades de su comportamiento.

He aquí una primera lista, desordenada, sólo para abrir boca y provocar a un curioso. En *El plano oblicuo* (*Obras completas*, t. III), las palomas; en *Los siete sobre Deva* (t. XXI), "El 'gachupín' y el gallo", "El pollo Gómez", "De corrupción gallinácea"; en la *Historia natural das Laranjeiras* (t. IX), apuntes sobre animales brasileños: cobras, avispa, perros, gallinas y patos, la garza Greta Garbo y la multitud de animales registrados en las "Notas varias"; en *Los trabajos y los días* (t. IX), "El arenque y la era moderna"; en *A lápiz* (t. VIII), "La pobre zorra" y "Tiko"; en *Norte y sur* (t. IX), "Maximiliano descubre el colibrí"; en *Anco-rajés* (t. XXI), "La casta del can"; en *Tren de ondas* (t. VIII), "Lucía y los caballos"; en *A campo traviesa* (t. XXI), "Hablemos de caballos"; en *Constancia poética* (t. X), "Cazadores", "Los caballos", "Complejo", "Gaviotas", "Los pelícanos", "Pescado", "Epitafio al perro Bobby", y "Los pavos de mi infancia"; en las *Marginalia* y *Las burlas veras* del presente volumen, "San Jerónimo, el

león y el asno", "Adán y la fauna", "La asamblea de los animales", "El filósofo de las aves", "Érase un perro", "La cotorrita", "Hay caballos y caballos", "Lope y Pavlov", "La cigarra", "Motivos del sueño", "Los pavos", "Teoría de la persuasión natural", "La domadora", "La serpiente" y "Mis gatos"; y en *Anecdótico y Árbol de pólvora* (t. XXIII), hay anécdotas sobre Víctor Hugo y los animales, sobre una elefanta, sobre un burro y un apunte sobre "Los gorriones". ¡Qué hermoso y divertido será el libro que reúna el bestiario de Reyes!

Dos páginas memorables

De los ensayos y fantasías reunidos en el presente volumen, entre tantas páginas hermosas, prefiero dos que me parecen memorables. La primera es "La domadora", de 1956, que me gusta por su brío. Es un himno al amor animal, al amor que mueve y da sentido a la vida. En el circo, una domadora descansa un momento, fuma un cigarrillo y monologa:

La única moral de la vida es crear la vida; mantener la vida universal, a veces en detrimento de las vidas particulares. ¿La vida? Una serie de muertes. ¿La vida? Amor en línea desplegada. Amor y muerte andan enlazados como las serpientes del Caduceo.

La otra página de Alfonso Reyes que destaco se llama "La basura", del 14 de agosto de 1959, y su autor la destinó al tercer ciento de *Las burlas veras*, que no llegó a completar. Junto a la casa de Reyes en la ciudad de México llega el carro de la basura, anunciado por una campanita. El sonido de ésta le hace asociarla con el Viático en España —y, en años pasados, en los pueblos de México, como lo recordará López Velarde—. Hay un alboroto de "la muchedumbre famularia —mujeres con aire de códice azteca—", y un ambiente de alegría, "tal vez por la hora matinal, fresca y prometedora; tal vez por el afán de aseo, que comunica a los ánimos el contento de la virtud". Un barrendero abre la boca, reinventa a Lucrecio y diserta

mudo sobre la naturaleza de las cosas, "de las cosas hechas con la basura".

Allá va, calle arriba, el carro alegórico de la mañana, juntando las reliquias del mundo para comenzar otro día. Allá, escoba en ristre, van los Caballeros de la Basura. Suenan la campanita del Viático. Debiéramos arrodillarnos todos.

Una escena cotidiana, que aún se repite en la ciudad, una asociación feliz, el recuerdo de un clásico, y la penetración y transfiguración de esas realidades —dominio propio de la literatura—, le han bastado a Reyes, en menos de una página y sin una falla en la limpieza de su factura, para lograr esta culminación de su oficio. Los talleres de redacción podrían analizar "La basura" para enseñar uno de los caminos del arte literario.

Las últimas páginas

Alfonso Reyes murió el 27 de diciembre de 1959, cumplidos sus setenta años, agobiado desde tiempo atrás por su mal cardíaco. A pesar de sus dolencias, escribió hasta sus últimos días, y sorprende que no dejara páginas inconclusas sino que, como lo había hecho siempre, completara y cerrara sus escritos. El día 13 de ese último diciembre escribió un ensayo sobre "La malicia del mueble", denunciando las venganzas y travesuras de los muebles que nos rodean. El 22, cinco días antes de su propio fin, recibió la noticia de la muerte de su colega de los días ateneístas, Genaro Fernández Mac Gregor, y el mismo día escribió una página en memoria suya, quizá la última de sus manos. De sus amigos de juventud sólo le sobrevivirían, Julio Torri, quien se había distanciado de él por un malentendido, y Martín Luis Guzmán, con quien mantenía un trato distante.

Mayo-junio de 1988

Este capítulo es la introducción al tomo XXII de las *Obras completas* de Alfonso Reyes. México, PCE, 1989.

Las ficciones

Este escritor de tantos caminos mantuvo siempre abierta una brecha para las ficciones. La poesía y los ensayos y estudios fueron los más frecuentados. Pero aunque no concediera a la imaginación narrativa el cultivo concentrado y persistente que tuvo para los géneros dominantes en su obra, las ficciones fueron para Alfonso Reyes una curiosidad un poco lateral, una manera de escape o descanso dominical a los que volvía de tiempo en tiempo. Sus relatos más antiguos son de 1910, al principio de su iniciación literaria; los últimos, de 1959, año de su muerte.

En la articulada economía intelectual de Reyes, que había aprendido a canalizar el flujo de su pensamiento en múltiples formas de escritura, para aprovecharlo todo, el lado de los sucedidos, de las experiencias vividas y de aquellas imaginaciones que se concretaban en personajes y acciones, tuvo también un lugar en su obra.

El contenido del presente tomo

Las ficciones que reúne el presente tomo lo son de múltiples formas. Junto a las obras propiamente narrativas, se recogen relatos, descripciones, recuerdos, experiencias personales, fantasías, bromas literarias, sátiras, farsas en verso, anécdotas y apuntes de la naturaleza, que se aproximan más o menos a las ficciones, pero que no son reflexión pura.

Además de los libros aquí reunidos, ya se han incluido en estas *Obras completas* otros de ficciones de Reyes: en el tomo III está *El plano oblicuo* (1920), cuyo subtítulo dice "Cuentos y

diálogos", y es uno de los más interesantes de la época madrileña; y en el tomo XXI están *Los siete sobre Deva* (1942), que contiene lindas historias intercaladas en la conversación de los personajes.

Verdad y mentira (Madrid, 1950), con prólogo de José María González de Mendoza, fue el primer intento para reunir la obra narrativa de Reyes, con cierto criterio antológico y para un público amplio. Por eso se incluyen allí *El plano oblicuo* y *Los siete sobre Deva*, junto con otras narraciones breves.

En el presente volumen se intenta recoger el conjunto de las obras narrativas de Reyes aún no incluidas en estas *Obras*, las cuales reunió su autor en algunas colecciones, publicó por separado o dejó inéditas. La primera colección fue *Quince presencias* (México, Obregón, 1955), en la que recogió sus principales narraciones sueltas hasta la fecha de su publicación. Los textos van de 1915 a 1954, ordenados cronológicamente. Dos de ellos los había publicado antes en *plaquettes*: *El testimonio de Juan Peña*, con tres dibujos de Manuel Rodríguez Lozano (Río de Janeiro, Villas Boas, 1939), y *La casa del grillo*, con viñetas de Alberto Beltrán (México, B. Costa-Amic, 1945).

Para celebrar la primera centena de la colección Letras Mexicanas, en 1970, el Fondo de Cultura Económica encargó a Ernesto Mejía Sánchez la preparación de un volumen de textos inéditos de Alfonso Reyes, que ilustró Elvira Gascón. Su recopilador lo formó con cuentos, narraciones y textos varios, bajo el título de *Vida y ficción*, precedidos de un sustancioso prólogo. Los materiales aquí reunidos se extienden de 1910 a 1959 y enriquecen considerablemente la obra narrativa de su autor. En el presente volumen se excluyen los que son más bien ensayos ("Cosmos y anticosmos", "La basura", "La indefensión del niño" y "La malicia del mueble"), que don Alfonso destinaba al tercer ciento de *Las burlas veras*, y aparecieron en el tomo XXII de las presentes *Obras*; y "El mensaje enigmático", que forma parte del *Anecdotario* (1968), y en ese lugar se incluye en el presente volumen.

Además de estas dos recopilaciones, se recogen aquí, por orden cronológico de composición, las demás obras publicadas por su autor por separado, para circulación restringida:

Burlas literarias (1919-1922; *Archivo* de Alfonso Reyes, Serie A, 1, México, 1947); *Briznas*, 1 (1929-1958; *Archivo*, Serie A, 3, México, 1959); o en pequeños libros: *Árbol de pólvora* (México, 1953); *Los tres tesoros* (México, Tezontle, 1955), y en un pliego suelto para desear "Mil felicidades para 1953", *El vendedor de felicidad*, escrito en mayo de 1943.

Y, en fin, las de publicación póstuma —además de *Vida y ficción*, antes mencionada—, *Landrú* (opereta), de 1929 y 1953, que se publicó en la revista *Universidad de México*, en abril de 1964, con ilustraciones de Rafael Coronel (vol. XVIII, núm. 8); *Anecdotario*, con prólogo de Alicia Reyes (México, Ediciones Era, 1968), seguido por *Briznas*, versión corregida de las publicadas en el *Archivo* en 1959; y "Égloga de los ciegos", publicado en "Diorama de la Cultura", de *Excelsior*, el 9 de febrero de 1969, con una breve introducción de Alicia Reyes e ilustraciones de Oswaldo Sagástegui, texto al que ahora se añade una especie de introducción que estaba entre los inéditos de *Las burlas veras*, Tercer ciento. Además del *Anecdotario* de 1968, se han añadido páginas inéditas de la misma índole, así como los textos llamados "El licenciado" y otros olvidados cuyas circunstancias se explican adelante.

Vida y ficción: 1910-1959

Como acaba de apuntarse, en esta recopilación póstuma de narraciones se incluyen las más antiguas que conocemos de Alfonso Reyes. "Silueta del indio Jesús", de 1910, es la más remota narración "separada", pues hay pasajes de esta índole en *El plano oblicuo*, que quizás la precedan en meses. Ocurre en los días finales del antiguo régimen y cuando ya se sentía inminente la Revolución. Son memorables sus finos atisbos del alma indígena, sobre todo su amor por las flores: "¡Qué bien armonizan con la flor la sonrisa y el sollozo del indio! ¡Qué hechas, sus manos, para cultivar y acariciar las flores!", pasaje en el que Mejía Sánchez encuentra una prefiguración de la tercera parte de la *Visión de Anáhuac* (1915).

El fragmento "El bucanero", de 1915, es una incursión a te-

mas que eran más bien extraños a su autor, y en los que pudiera verse una afinidad con las novelas de Robert Louis Stevenson. Reyes hace una exposición bien documentada sobre el mundo, las costumbres y las penalidades de los marinos, y las rarezas de las Antillas, a fines del siglo XVIII. Es posible que este principio, nunca continuado, sea una adaptación de fuentes que el mismo Reyes menciona.

Los tres relatos brasileños aquí incluidos, "Calidad metálica", "El samurai" y "Análisis de una pasión" —con los que debe relacionarse "La fea", de *Quince presencias*—, oscilan entre la ficción, las reflexiones ensayísticas y los recuerdos personales. Quizás esto último explique el haberlos conservado sin publicar. En los tres, tanto como en las experiencias eróticas, domina la indagación sobre la psicología femenina, en casos individuales, y las agudas observaciones sobre los personajes examinados.

En "Cuernavaca", una mínima ficción, la de un supuesto narrador que oscila entre llamarse José Dorantes o Teodoro, es el pretexto para narrar lo que era Cuernavaca en aquellos años cincuentas, en los que Reyes frecuentaba esta ciudad, se hospedaba en el hotel Marik, como su narrador, y ocupaba a veces la habitación-mirador que tanto le gustaba. La estampa es muy hermosa e ilustrativa de lo que era la Cuernavaca de aquellos años. Como observa Ernesto Mejía Sánchez, la imagen placentera de Reyes parece la otra cara de la moneda, de la "caótica y orgiástica" que describe Malcolm Lowry.

"La venganza creadora", de 1946, y "El hombrecito del plato", de 1954, son del todo cuentos y muy entretenidos. El primero tiene por tema una iniciación erótica en ambiente acapulqueño. Y como uno de los personajes, Almendrita, es de personalidad y conducta singulares, Reyes dedica otras páginas, "El destino amoroso", para narrar una conversación entre amigos que tratan de explicarse el secreto de Almendrita. Reyes, inclinado con frecuencia a explicar a los personajes de su invención y los rasgos que les atribuye, aquí tiene el acierto de separar cuento y explicación.

El otro cuento, "El hombrecito del plato" —que en principio formaba parte del tercer cuento no concluido de *Las burlas*

veras—, es muy curioso. Cuando la novedad de los primeros viajes espaciales trajo la manía de los “platos voladores” y de preguntarse si habría o no criaturas en otros mundos, don Alfonso relata su primer contacto y entendimiento con un hombrecito venusino. Y no digo más para no echar a perder el atractivo de estas páginas.

Buena parte de los escritos inéditos de Reyes reunidos en *Vida y ficción* son una mezcla peculiar, muy de Reyes, de reflexiones-ensayos con un sesgo anecdótico, o bien narraciones de experiencias personales apoyadas en la atribución a personajes imaginarios, como ocurre en “Entrevista presidencial”, “Cuernavaca”, “El indiscreto africano” o “Vida de pueblo”. No son, pues, núcleos o arranques narrativos, sino escenas aisladas en las que una reflexión u observación se expresan mediante un recurso narrativo.

Quince presencias: 1915-1954

Como antes dije, *Quince presencias* (1955) fue la compilación que hizo Alfonso Reyes de sus principales narraciones escritas hasta entonces y no reunidas en volumen. “Las babuchas” y “La casa del grillo”, que inician la colección, son cuentos de la época madrileña. En el primero, de ambiente oriental, asoma el ensayista, en nota al pie, para enumerar las variedades que en la mitología griega tiene la historia de las babuchas. Y en “La casa del grillo” el protagonista, recién casado como el autor, cree necesario comunicar su propio análisis psicológico a la que va a ser su mujer. Dicho personaje dice:

Al revés del caro Disraeli, tengo la debilidad de dar explicaciones de cuanto hago; y a veces a gente que no debiera. Esto viene, por una parte, de mi afición a conversar y de mis bellas experiencias de los veinte años [...] y por otra parte, viene de la intelectualización excesiva, de la fiebre crítica, de la necesidad, primero, de entender bien, y segundo, de explicar bien lo que he entendido, de explicarme por medio de la palabra.

Reyes era, pues, consciente de esta propensión analítica de buena parte de sus narraciones. Ello enriquece ciertamente la densidad psicológica de sus personajes, pero lo hace por medio de explicaciones y no por la acción o la representación. En lugar de que los rasgos de conducta tengan una manifestación activa, que es lo propio del arte narrativo, Reyes se adelanta a analizarlos. Como se verá en la exposición de sus ficciones, esta duplicidad relato-análisis, creación de Alfonso Reyes y expresión cabal de su personalidad intelectual, es frecuente pero no dominante, ya que a menudo opta por el camino puramente narrativo, o logra un buen equilibrio entre ambas posibilidades.

"El rey del cocktail", de 1922, es un texto divertido, mezcla bien lograda de sabia disertación sobre vinos y alcoholes, y de cuento.

Uno de los escritos más hermosos de Alfonso Reyes es "El testimonio de Juan Peña" (1923). Rememora la experiencia que su autor, entonces estudiante de Derecho, y dos de sus compañeros, Julio Torri y Mariano Silva y Aceves, tuvieron al ir a Topilejo solicitados para hacer justicia en un caso de despojo hecho por la autoridad municipal. El relato se limita al viaje de los tres estudiantes al pueblo cercano, primero en tren y luego a caballo, a la descripción del ambiente de la pequeña comunidad y a los testimonios que escuchan. Lo fascinante es la visión del campo mexicano, en el marco de la historia inmediata:

Las cumbres nevadas asean y lustran el aire. El campo se abre en derredor, con sus hileras de magueyes como estrellas. Las colinas, pardas y verdes, prometen manantiales de agua que nunca pueden llegar al pueblo...

¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana no sintió la sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte, parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Jicotécatl. ¡Hondo rumoreo del campo, latiente de pesuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!

y la revelación de la personalidad de los indígenas, que reciben y confían en los poderes de aquellos jóvenes catrines de la ciudad.

"Los dos augures" (1929), relato al que su autor puso como subtítulo "Arranque de novela", es una conversación entre dos mexicanos voluntariamente desterrados en París, en los años que siguieron al porfiriato. Lo que llegan a conversar no es mucho y esboza las posiciones del hispanismo y del indigenismo. Mas, como suele ocurrir en los relatos de Reyes, predominan las páginas dedicadas al análisis de las mentes y de los antecedentes de los interlocutores.

Puede suponerse que Reyes proyectaba el desarrollo posterior de esta novela, que sólo quedó en arranque, como una indagación, a la manera de las novelas de Henry James —a quien cita al principio—, de los conflictos mentales y morales de los mexicanos que intentan acomodarse al mundo europeo. Conflictos que no llegaron a narrarse.

Como es también frecuente en las obras narrativas de Alfonso Reyes, la materia principal de estas páginas procede de observaciones de las peculiaridades psicológicas y las costumbres de personas que lo rodearon y de rasgos de la historia y la vida mexicana de aquellos años.

"Descanso dominical", escrito en 1931 en los pinares de Teresópolis, es una espléndida galería de retratos de las personas, en su mayoría extranjeros, con sus peculiaridades físicas y sus manías, que Reyes encuentra en un hotel de los alrededores de Río de Janeiro. Hay, además, preciosas descripciones de paisajes, y de su flora y fauna. Y el lector se pregunta si el relator disfruta en verdad de su descanso dominical o si más bien se entrega a una afanosa observación y registro de cuanto ve, siente e imagina. El encuentro final con una mujer, con la que vuelve de su paseo en sendos caballos, es la única acción, y la mayor parte es la contemplación y las encantadoras descripciones.

Alfonso Reyes mantuvo un recuerdo nostálgico e idealizado de su tierra nuevoleonense y, entre otros elogios que le dedicó, uno de los más cálidos es el texto llamado "Donde Indalecio aparece y desaparece", de 1932. Al principio hace una

explicación-justificación del contrabandista de frontera, burlador del "delito artificial creado por la ley", pero el texto en conjunto es una etopeya del norteño, con algunas observaciones interesantes sobre sus peculiaridades lingüísticas en las que reconoce el uso de viejas formas del dialecto leonés: "dicen *riyo* por *río* y en cambio, dicen *sía* por *silla*, aunque prefieren el término *sieta*, *silleta*"; y declinan por géneros los apellidos, "si el hombre es Juan Cantú, la mujer Juana Cantuna; si él es Pedro Orozco, ella Petra Orozca".

Refiere que sus paisanos "traen en la sangre el hábito hispano de la soberanía popular, el que, burlando instituciones, se hace por sí mismo justicia". Dice Reyes que esta población "de singular pureza [...] se distingue de la gente del interior en todos los órdenes de virtudes cívicas. Generosidad y lealtad son normas de su vida".

Como dice el título del relato-ensayo, el protagonista Indalecio, "un hombre esbelto, con un andar entre medroso y feroz de animal silvestre", aparece tres veces. En la primera, tiene una breve conversación con el padre de don Alfonso, el general Bernardo Reyes, entonces gobernador de Nuevo León, para sugerirle que, en lugar de simulacros de batallas, les dé permiso "de fajarnos por *ay* a balazos unoz cuantoz que noz tenemos ganaz"; la segunda, para dedicar al general la *Historia de Genoveva de Brabante*, para que "vuelva a llorar un poco"; y la última, cuando el autor escucha un corrido que canta la memoria de Indalecio. Éste aparece y desaparece, pues sólo es el pretexto para esta exaltación de los viejos norteños.

"La fea", escrito en Río en 1935, tiene parentesco, como antes se apuntó, en el tema y el ambiente, con los tres relatos brasileños de *Vida y ficción*, y es para mi gusto el más logrado del grupo. Como aquéllos, éste comparte el entusiasmo erótico que, al parecer, disfrutó Reyes en sus años brasileños—cuando contaba cuarenta y tantos años—; y asimismo, en "La fea" hay la misma propensión por los análisis de la psicología femenina y la búsqueda de tipos, que confirman el misterio inagotable de la mujer. Consciente de esta tendencia de sus narraciones, el autor dice:

Necesito cortar constantemente mi narración con desarrollos ideológicos. Yo sería un pésimo novelista. Mucho más que los hechos, me interesan las ideas a que ellos van sirviendo de símbolos y pretextos.

Así es, en efecto. Pero, en el caso de "La fea", las divagaciones analíticas no son excesivas, ayudan a comprender el sutil deslizamiento de las pasiones y dejan que la curiosa historia de los amores con la bonita y con la fea nos deleite.

Todos de 1938 y del Brasil, despreocupados, picarescos y sensuales, son los relatos siguientes: "Pasión y muerte de Dona Engraçadinha", lindo cuento y análisis psicológico de una naturaleza femenina; "Fábula de la muchacha y la elefanta", de las más alegres invenciones de Reyes, constancia del disfrute de la vida en sus años brasileños; "La cicatriz", que pudo ser el principio de una novela y cuenta los primeros pasos en la vida erótica de una muchacha de Río, en los días alocados del carnaval; y "El estudio y los juegos", en que, por una vez, el personaje es masculino, y pretexto para enhebrar reflexiones acerca de las nuevas teorías sobre la naturaleza del universo. Pero, entre Newton y Einstein, llega al departamento del ingeniero estudioso una muchacha con la que tiene una relación juguetona y sin compromiso. Años más tarde, en 1954, Reyes escribió "Antonio duerme", que va al final de las *Quince presencias*, e indicó que "Debe leerse en relación con el relato anterior Los estudios y los juegos". Aquí ya no hay tiempo para más juegos frívolos pues sólo hay divagaciones acerca del tiempo, en realidad un ensayo, que su autor decidió atribuir al ingeniero reflexivo.

Después de los temas joviales de los relatos brasileños, "De Cuitzeo, ni sombra", de 1941, ya de regreso en México, es una estampa de la desecación geológica del antiguo lago de Cuitzeo, con hermosas descripciones del paisaje michoacano.

En fin, el penúltimo de los relatos de *Quince presencias* es "La mano del comandante Arana", de 1949. Después de una disertación sobre las funciones y excelencias de la mano, ejecutora de la civilización, viene un fascinante cuento, de los mejores de Reyes —cuyo misterio recuerda al de "La cena" de

El plano oblicuo—. Acerca de la representación de este cuento, que hizo Juan José Gurrola en junio de 1964, junto con *Landrú* (opereta), también de Reyes, adelante se dan noticias de esta escenificación y de la crítica de Jorge Ibargüengoitia.

Burlas literarias: 1919-1921

Diversiones y bromas literarias de otros tiempos, en los que había reposo y humor para hacerlas, y una grey literaria para disfrutarlas, son éstas muy galanas que compusieron Alfonso Reyes y Enrique Díez-Canedo. Aparecieron originalmente en Madrid, en el semanario *España*, el 23 de enero de 1919, y en los números 1 y 3 de la revista *Índice*, en 1921. Las reprodujo Reyes bajo el título de *Burlas literarias* (1919-1922), en su *Archivo*, en México, 1947. Además de los textos aquí reunidos, Reyes recuerda en la introducción ciertos versos de desenfado, entre ellos, estos que compuso Díez-Canedo atribuyéndolos a un poeta laureado en un concurso sobre el *Quijote*:

¡Viva, viva por siempre alabado
desde el uno hasta el otro confín
ese libro inmortal anotado
por don F. Rodríguez Marín!

En cuanto a las tres "Burlas literarias": la traducción en bruto de uno de los más espirituales sonetos de Dante, atribuida a don Julio Cejador y Frauca; unas cartas cruzadas entre Góngora y el Greco, y un medieval "Debate entre el vino y la cerveza", fraguadas por los dos amigos, son diversiones tan cultas e ingeniosas como de buen humor, que podrá disfrutar quien algo sepa de estos temas. Las supuestas cartas entre el poeta y el pintor, que hacen a éste precursor del cubismo, me parecen las más divertidas; y lo curioso es que Cejador las tomó por lo serio, denunció la superchería y puso en duda su autenticidad con buenos argumentos filológicos.

Ya en México, don Enrique encontró, en el *Epistolario de Nueva España*, un documento de 1544 —éste sí auténtico—, de

un fabricante de cerveza, que le dio pie para iniciar una conclusión del Debate de 1921, con alusiones modernas y mexicanas, texto que va como apéndice a las *Burlas*.

Árbol de pólvora: 1925-1932

Quien escribió sobre todos y sobre todo tuvo también un lugar para las fantasías oscuras, picarescas, enfebrecidas, para las sátiras venenosas, para los caprichos de la imaginación. Los reunió en *Árbol de pólvora* (1953), en edición privada, sin nombre de casa editorial —y en *Briznas*, que se comenta adelante—, junto con otros textos sin sombras: recuerdos de infancia y apuntes sobre la naturaleza. Se ha dicho que una vez impreso *Árbol de pólvora*, su autor lo apartó de la circulación. No me consta, pero sí puedo añadir que en la dedicatoria con que me lo envió puso: "Travesuras para pocos amigos", las que ahora pueden curiosear cuantos quieran.

El primer grupo de textos, "Ausente en París" (1925-1927), de los cuatro en que se divide *Árbol de pólvora*, contiene cuentos de humor picaresco, como "Campeona"; apuntes de la naturaleza, como "Gorriones"; esbozos de la lejana ascendencia del autor, como "Nuestros gigantes abuelos", y divertidos recuerdos de infancia y mocedad: de cuando iba a la escuela en caballo, fue campeón de florete y tenía rizos rubios, en "Mientras leía el otro", que serán materiales para las *Parentalias* futuras; y fantasías como "La alcoba bosteza" y "Venganza literaria", de 1926. En los pasajes finales de este último, José Emilio Pacheco ha señalado alusiones despectivas contra Ramón López Velarde.

"Fuego graneado" (1930-1932), el segundo grupo, es una "revista a nuestra cuadrilla de sombras", dice su autor. Aquí hay una sátira sobre los problemas internos de la creación literaria: "Donde el poeta se descubre a sí mismo"; fantasías de pesadilla: "Los Quitutos", y otra sátira con versos chuscos a san Pascual Bailón, patrono de don Alfonso: "Cuenta mal y acertarás: catástrofe del poeta".

"Mitología del año que acaba" (1931), el tercer grupo, recoge

cuentos, entre graciosos y atroces: “La Retro”, “Tijerina” y “La Obrigadiña”, y un fascinante cuento de terror, “Melchor en carrera”, que pudiera ser un guión cinematográfico.

El “Canto de Halibut, epopeya atávica” (1928), que cierra *Árbol de pólvora*, es una broma literaria. Lo importante aquí no es el intencionadamente lamentable poema “atávico” sino el extenso comentario que le sigue, escrito con la mayor formalidad académica, como para mostrar que es posible disertar, sobre nada, con toda suerte de consideraciones eruditas y técnicas.

Anecdótico: 1922-1959

Anecdótico (1968), seguido por una versión corregida de *Briznas*, con prólogo de Alicia Reyes, fue uno de los libros de Alfonso Reyes que se publicaron después de su muerte. Las propiamente anécdotas —enriquecidas por la prologuista con algunas que recogió de la vida familiar— son muy divertidas, muestran la agudeza y el humor de don Alfonso y nos ilustran sobre su mundo literario. Además de éstas, hay aquí textos de otra condición, como “Pro domo sua”, de 1952, en el que Reyes se defiende de los reclamos y pullas que recibe, ya porque lo llaman helenista, ya por imprimir la lista de sus obras, ya por la suposición de que no se ocupa de México o ya por preferir las obras de crítica a las de creación. “El mensaje enigmático” (1959) puede tener alguna base anecdótica pero es un ingenioso cuento sobre un episodio de la vida diplomática.

Anecdótico, “El licenciado” y otros papeles inéditos o dispersos

Entre los papeles inéditos que aún quedan en la Capilla Alfonsina —que afortunadamente conserva el archivo de Alfonso Reyes— hay tres gavetas de *Anecdótico* y papeles afines. Don Alfonso había proyectado, en 1959, año de su muerte, publicar con este título un número 4 de la Serie B (Astillas) de su *Archivo*, y aun diseñó la portada y apuntó el índice que debería contener. Parte de estos textos formó el *Anecdótico*

publicado en 1968. Pero quedaban más anécdotas, aunque en las carpetas anotó su autor, en general, "No publicables por el momento", y en un apunte añadió: "quizás hasta el año 2060". Se trata de recuerdos amargos de la vida diplomática inicial, y de la vida política e intelectual de años posteriores, desahogos, chismes, retratos, parecidos y sucedidos, algunos con observaciones agudas e interesantes, en cuanto guardan rasgos y hechos que suelen olvidarse.

En una de las gavetas hay una sección llamada "El licencioso", parte de la cual se publicó en la *Revista Mexicana de Literatura*, en un número de "Textos eróticos" (Nueva época, marzo-abril de 1962, núms. 3-4, pp. 16-20). Estas páginas se recogen aquí, junto con otras más inéditas. Son cuentos y dichos verdes, algunos del folklore corriente, un soneto en respuesta a otro que le envió Salvador Novo —nótese que el de Reyes está escrito en el mes de su muerte—, y anécdotas picantes.

La obsesión de Reyes por escribirlo todo lo llevó a estos registros de hechos escandalosos, turbios o pintorescos que pasaron —nunca escribió falsedades o calumnias—, de observaciones sobre particularidades de gente que trató. Y de despropósitos y agudezas, más o menos ingeniosas, que escuchó. Es el rincón reservado de la catedral que es la obra de Alfonso Reyes. Todo esto, puesto que ocurrió y los actores fueron o son personalidades conocidas, llegará a ser útil para la pequeña historia. Como su autor lo dispuso, es preciso dejar correr un poco más de tiempo para que buena parte de estos papeles sea historia, y no suenen ya a maledicencia. Las páginas pícaras o "licenciosas", en cambio, son burlas que el tiempo ha vuelto casi inocentes.

Revisados cuidadosamente estos textos, se han rescatado, en primer lugar, una docena de anécdotas, listadas por don Alfonso para publicarse en el cuaderno proyectado —y no incluidas en el *Anecdotario* de 1968—; muchas otras anécdotas inéditas; los textos licenciosos conocidos y los desconocidos, y las "briznas" excluidas de las que se hablará en seguida.

Fuera de este campo reservado, se añaden dos artículos olvidados, que don Alfonso publicó en *El Universal Ilustrado*, en 1920, y no recogió en sus libros: una crónica sobre la presen-

tación de Esperanza Iris en Madrid, y un breve ensayo sobre "La creación" —la creación por las palabras—, que en la revista mexicana apareció junto con otros dos, "Entre humoristas" y "El egoísmo del ama", que luego formaron parte del precioso librito llamado *Calendario* (Madrid, 1924). Recógese también el breve discurso, al parecer inédito, intitulado "Hidalgo, radiosa estrella de la patria", con el que Reyes agradeció el doctorado *Honoris causa* que le concedió la Universidad Michoacana el 9 de mayo de 1953.

Briznas: 1929-1959

Reyes llama briznas a "el gotear espontáneo de la tinta" y refiere que, "cuando la alusión o la caricatura eran demasiado transparentes" ha suprimido algunas o le "ha dado segunda esponja". En su *Archivo* (1959) publicó unas *Briznas* I, "primera versión condenada a desaparecer y ser sustituida por la presente" (la publicada junto con el *Anecdótico*). A pesar de esta precaución, las "briznas" de la primera versión, excluidas, se han rescatado pues su picardía o sus palabras gruesas ya no escandalizarán a nadie.

Estas *Briznas*, aceptadas o censuradas, como las "burlas veras", son el registro de sensaciones, pequeños estímulos, recuerdos y observaciones sobre la naturaleza humana. El ingenio, la curiosidad por lo grande, lo cotidiano y lo insignificante son en ellas siempre más visibles que el acíbar de algunos apuntes. A veces, el registro llega también al habla popular y a los cuentos picarescos, sin que se pierda aquella gracia de la pluma de Alfonso Reyes que fue uno de sus mayores dones.

Égloga de los ciegos: 1925

Cuenta su autor que la "Égloga de los ciegos" la planeó en París, el 19 de abril de 1925 y la olvidó por muchos años. No dijo si después volvió a retocarla, pero el hecho es que nunca la incluyó en sus libros. Alicia Reyes la encontró entre los pa-

peles de don Alfonso y la hizo publicar en el "Diorama de la Cultura", de *Excelsior*, el 9 de febrero de 1969, diez años después de la muerte de Reyes. Ésta ha sido su única divulgación.

Además del poema dialogado, Reyes dejó entre sus escritos que iban a formar el tercer ciento de *Las burlas veras*, que no llegó a concluir ni a publicar —recogidos en el tomo XXII de estas *Obras completas*—, un artículo llamado "La égloga de los ciegos", en el que cuenta que un viejo poeta, el Maestro Rodrigo, le relata el esbozo de un poema que lleva el nombre de "Égloga de los ciegos". El artículo no tiene fecha, y probablemente su autor pensaba utilizarlo como una especie de presentación de la "Égloga". Así se le ha puesto en el presente volumen, suprimiendo la parte final que, con variantes menores, dice lo mismo que la introducción que precede el poema.

Por su tema, ciegos y semiciegos que conversan y se ayudan en su desamparo, la "Égloga" es hasta cierto punto una anticipación de la pieza teatral de Michel de Ghelderode, *Los ciegos*, de los años cincuentas. Y por su tono, recuerda el lirismo austero, despojado de adornos y melodías verbales, de la *Ifigenia cruel* (1924), del mismo Reyes, compuesto poco antes de la "Égloga de los ciegos".

El poema tiene, pues, un tono grave y noble, mas sólo es un esbozo de su posible desarrollo dramático. Los personajes se limitan a anunciar su carácter y, al final, hay un rápido desenlace con la muerte de Blas, el falso ciego. Reyes debió considerar insuficiente el desarrollo de su poema, y en espera de ánimos e inspiración para redondearlo, lo dejó aparte y nunca se decidió a publicarlo.

Landrú (opereta): 1929 y 1953

En 1922, el francés Henri-Désiré Landrú, de cincuenta y tres años, fue guillotinado por el asesinato y el robo de diez mujeres y un muchacho. Su caso fue muy sonado, se le llamó el moderno Barba Azul y quedó como una leyenda tenebrosa. A raíz de los sucesos, Alfonso Reyes comenzó a escribir su *Landrú* (opereta) y la continuó "en los ocios de varios años", en

Buenos Aires en 1929 y en México en 1953, como anotó al fin. Nunca se decidió a publicarla ni se refirió a su existencia. Un lustro después de la muerte de don Alfonso, Manuela Reyes, su viuda, la encontró entre sus papeles y la dio para su publicación a la revista *Universidad de México*, donde apareció en abril de 1964.

El tratamiento que eligió Reyes para tema tan singular fue una farsa humorística. En los monólogos en que Landrú se explica, el tono es de levantada prosopopeya, y en los coros de las mujeres del mercado y en las intervenciones finales de la policía hay dejos vulgares y populares. Dando por conocidos los hechos y su escandaloso desenlace, la obra entra de frente al asunto, con humor negro. Utiliza ciertos detalles de las informaciones amarillistas, como la afición del solitario Landrú por el opio y las aspirinas, para librarse de las jaquecas, y como su manía de guardar ordenadamente en sobrecitos el dinero que tomaba a sus víctimas, a las que al parecer incineraba.

Landrú (opereta) no es una obra lograda. Su intención humorística parece lastrada por versos conceptuosos y un relato confuso de los hechos. La irrisión no funciona. Su autor debió reconocer estas fallas, lo que explica que dejara guardada y sin publicar su obra.

Fortuna e infortunio de "Landrú": Gurrola, Ibargüengoitia y Monsiváis

Sin embargo, el *Landrú* (opereta) de Alfonso Reyes, rescatada del olvido, tuvo una inesperada fortuna. Dos meses después de su publicación, Juan José Gurrola discurrió crear un espectáculo, en el pequeño teatro de la Casa del Lago, en Chapultepec, con dos obras de Alfonso Reyes, el cuento "La mano del comandante Arana" y *Landrú*. El tratamiento del cuento se limitaba a la lectura del texto hecha por los actores Claudio Obregón y Marta Verduzco, con apariciones de "la mano" que a veces hacía signos procaces.

Al *Landrú* de Reyes, Gurrola lo convirtió en una comedia musical. Unas muchachas bonitas con ropas ligeras bailotean y cantan coplitas; un personaje gordo, entre Landrú y don Al-

fonso, las persigue y dice incongruencias; y al fin las mismas muchachas y el gordo se convierten en policías que siguen cantando cualquier cosa. No hay crímenes ni drama ni literatura. La imaginación plástica y teatral de Gurrola y la fácil música de Rafael Elizondo, que interpretaba al piano él mismo, convirtieron el crimen original y la farsa literaria de Reyes en un divertimento. El *Landrú* transformado por Gurrola volvió a representarse, con nuevo elenco, en el Ateneo de Madrid, en junio de 1985, como parte de un homenaje a Alfonso Reyes.

Por aquellos años, 1964, de las primeras representaciones dominicales, Jorge Ibargüengoitia escribía, en la misma revista *Universidad de México*, en que se había publicado el *Landrú* (opereta) de Reyes, crónicas teatrales tan chistosas como mordaces, y nada convencionales ni comedidas. En el número de junio de 1964 le tocó su turno a la representación dirigida por Gurrola, basada en textos de Reyes. La crónica de Ibargüengoitia es feroz. El cuento "La mano del comandante Arana", que iniciaba el espectáculo, le parece "un texto que es de una estupidez y una densidad verdaderamente lamentables"; y el *Landrú* (opereta), según él:

se reduce [...] a tres monólogos de Landrú, otro final del jefe de policía, y otro de las amas de llaves. Es decir, no es opereta sino cuatro monólogos y dos coros de Alfonso Reyes [...] El Preludio en la soledad, que es la primera parte de la pieza, es una especie de monólogo de un Segismundo cincuentón e intelectual que lo mismo puede ser asesino notable que director del Colegio de México [...] La cuarteta inicial es pedante, confusa y floja.

Ibargüengoitia sólo salvaba de la obra de Reyes el haber sido su autor el primero:

que vio las posibilidades dramáticas de Landrú y que además lo vio a él no como héroe cómico, ni como mártir de la domesticidad, sino como lo que muy probablemente debe haber sido, un señor mediocre y vagamente degeneradón.

En cambio, el cronista celebró los aciertos de la breve co-

media musical creada por Juan José Gurrola, sus efectos surrealistas con los mismos actores haciendo varios personajes —Carlos Jordán representando a Landrú, a don Alfonso y al jefe de policía—, la música ligera y pegajosa de Rafael Elizondo y la gracia y comicidad de las actrices.

Pero, en la página siguiente de la crónica de Ibargüengoitia, probablemente por iniciativa de Jaime García Terrés, entonces director de *Universidad de México*, y para desagrar la memoria de Alfonso Reyes, Carlos Monsiváis escribió "Landrú o crítica de la crítica humorística o cómo iniciar una polémica sin previo aviso". Como es más fácil y divertido burlarse de algo que defenderlo y regañar al autor de la irreverencia, Monsiváis tuvo que optar en su artículo por el tono serio. Defendió a doña Manuelita por haber exhumado el texto que don Alfonso había guardado sin publicar; recordó que don Alfonso Reyes es "el primer hombre de letras de Hispanoamérica", y concluyó afirmando que la crítica de Ibargüengoitia era graciosa pero incoherente.

En el número siguiente, julio, de *Universidad de México*, Ibargüengoitia publicó una "Oración fúnebre en honor de Jorge Ibargüengoitia", refutó los argumentos de Monsiváis y se retiró del teatro y de la crítica teatral. Gracias a este incidente, perdimos al cronista teatral ingenioso y divertido y ganamos a un estupendo novelista.

Los tres tesoros: 1940-1955

En el Aviso que precede a *Los tres tesoros* (1955), dice Reyes que hacia 1940 lo comenzó y sólo pudo darle el toque definitivo quince años después, fecha en que lo publica; y añade que el relato, al que llama "poema o entretenimiento visual [...] parte de un tema de Robert Louis Stevenson (*The Treasure of Franchard*), prontamente se aleja de él y toma por su propio atajo". No he logrado leer el cuento de Stevenson, y aunque sin precisar qué tanto le deben *Los tres tesoros*, puedo decir que la lectura del relato de Reyes es de lo más placentera. Los análisis psicológicos, que habitualmente predominan en sus

narraciones, aquí casi no existen; lo que importa es la historia, que fluye con suavidad; los personajes son persuasivos y suficientemente individuales; los ambientes están descritos con eficacia, y hay un desenlace inesperado y optimista.

El texto que se puso en la cuarta de forros, en la reimpresión de esta obra que hizo el Fondo de Cultura Económica en 1985, tiene observaciones muy justas que me complace repetir:

En ambiente rústico y geografía campestre, esta obra abre las puertas a ciertos modestos misterios de la edad. Diálogo rápido y viva descripción, economía narrativa que plantea y agota a tiempo los recursos de una situación. *Los tres tesoros* es en realidad una semilla novelesca hábilmente plantada. Pertenece al ciclo creativo de Reyes y no es una de sus obras menos perfectas. Vuela con gracia entre las manos sin dejar de ser incisiva y en la velocidad de su paso se trama misteriosamente la plenitud humana con toda su serena cordura.

Julio de 1988

Las memorias

El conjunto de las memorias

Desde que llegó a la mitad de su vida, en 1924, Alfonso Reyes sintió la necesidad de comenzar a acumular materiales para las que deberían ser sus memorias. Inició entonces su *Diario*, que él llamaba de trabajo, y que continuó con raras interrupciones hasta sus últimos días de vida.¹

Además de este registro cotidiano de su vida y sus trabajos, Reyes persistió en la idea de relatar sistemáticamente sus memorias. Sin embargo sus escritos de esta índole se dedicaron durante muchos años a temas especiales; a desahogarse del gran dolor que le causó la muerte de su padre (*Oración del 9 de febrero*), a analizar su propio temperamento, enfermedades y achaques ("Memoria a la Facultad"), a referir incidentes picarescos (*Tres cartas y dos sonetos*), a narrar una hazaña deportiva automovilística (*Berkeleyana*) y a contar las experiencias que tuvo con sus padecimientos cardíacos y las reflexiones que le provocaron (*Cuando creí morir*). Y sólo en sus últimos años inició por dos cabos el relato ordenado de sus recuerdos. En el primero, comenzó a relatar la historia de sus libros en la trama de su evolución intelectual, de su vida literaria en México y en Madrid y de sus peripecias personales, en que sólo llegó

¹ El *Diario*, 1924-1959, de Alfonso Reyes, es una obra muy extensa, ya que se encuentra manuscrita en quince cuadernos de cien a ciento cincuenta páginas cada uno. En el libro llamado *Diario, 1911-1930*, con prólogo de Alicia Reyes y nota del doctor Alfonso Reyes Mota (México, Universidad de Guanajuato, 1969), se han reunido dos textos sueltos, "Días aciagos" y "1912-1914" —que se reproducen en el presente volumen— y pasajes del *Diario* de 1924 a 1930. Se encuentran, pues, inéditos en su mayor parte. Cuando se concluya su transcripción ya iniciada, y sea posible considerarlo en conjunto se decidirá su edición.

hasta 1925 (*Historia documental de mis libros*); y en el último, el relato general de su vida, de la que sólo alcanzó a contarnos los orígenes de su familia y las proezas de su abuelo paterno y de su padre (*Parentalia*), y la vida en Monterrey, cuando Alfonso Reyes era niño y el general Bernardo Reyes jefe militar y luego gobernador del estado (*Albores*).

Los escritos de memorias que tenemos de Alfonso Reyes son, pues, aspectos y fragmentos de su vida, pero, como suyos, tienen vivacidad y encanto. Reyes sabía ver el mundo exterior, apresar paisajes, ambientes y situaciones; recrear personajes que vuelven a ser vivientes gracias a dos o tres rasgos maestros, y sobre todo, comunicarnos el fervor que sintió por su padre, con un ardor que enciende y no ciega su pluma. Y al mismo tiempo, Reyes tuvo siempre la obsesión de estudiarse a sí mismo, como Montaigne, no para alabarse sino porque este examen honesto y desapasionado resulta ser el campo más propicio para intentar el conocimiento del hombre y de sus pasiones.

La vida de Alfonso Reyes fue una hazaña de la voluntad y la imaginación, y estas memorias fragmentarias tuyas nos permiten seguir su camino.

Oración del 9 de febrero: 1930

La veneración por el recuerdo de su padre y el dolor por su trágica muerte fueron constantes en el corazón de Alfonso Reyes. En *Parentalia* hará la crónica y exaltará los hechos guerreros del soldado, y en *Albores* fijará las imágenes de la infancia del futuro escritor, a la sombra famosa y providente del padre gobernante. Muchas otras presencias del padre aparecerán en los escritos de Reyes, entre ellas este conmovedor soneto:

9 de febrero de 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,

sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empujones,
en el afán de poseerte tanto.

Río de Janeiro, 24 de diciembre de 1932.
Obras Completas, x.

El dolor alcanzará una transfiguración memorable en la *Ifigenia cruel*, de 1924.²

La *Oración del 9 de febrero*, compuesta en Buenos Aires en 1930, "el día en que habría de cumplir sus ochenta años", y diecisiete años después de los acontecimientos de 1913, nunca será publicada por Alfonso Reyes. Se dará a conocer, póstuma, en México, 1963, por Ediciones Era, con reproducción del manuscrito en facsímil y prólogo de Gastón García Cantú. Acaso don Alfonso la guardaba como si fuera una invocación y un lamento privados. En ella no volverá a narrar la fama del soldado y gobernante y nunca quiso detenerse en las circunstancias de la muerte de su padre; su único tema es la persistencia del desgarramiento y los recursos que ha encontrado su autor para sobrellevar la pérdida y mantenerlo presente en su ánimo:

² Borges le dedicó este pasaje de su "In memoriam A. R."

Si la memoria le clavó su flecha
Alguna vez, labró con el violento
Metal del arma el numeroso y lento
Alejandrino o la afligida endecha.

Discurrí —escribe— que estaba ausente mi Padre —situación ya tan familiar para mí— y, de lejos, me puse a hojearlo como solía. Más aún: con más claridad y con más éxito que nunca. Logré traerlo junto a mí a modo de atmósfera, de aura. Aprendí a preguntarle y a recibir respuestas. A consultarle todo.

Y más adelante, en una de esas inútiles rebeldías que solemos tener contra las que consideramos injusticias del destino, dice:

No lloro por la falta de su compañía terrestre, porque yo me la he sustituido con un sortilegio o si preferís, con un milagro. Lloro por la injusticia con que se anuló a sí propia aquella noble vida; sufro porque presiento al considerar la historia de mi Padre, una oscura equivocación en la relojería moral de nuestro mundo; me desespera, ante el hecho consumado que es toda tumba, el pensar que el saldo generoso de una existencia rica y plena no basta a compensar y a llenar el vacío de un solo segundo. Mis lágrimas son para la torre de hombre que se vino abajo; para la preciosa arquitectura —lograda con la acumulación y el labrado de materiales exquisitos a lo largo de muchos siglos de herencia severa y escrupulosa—que una sola sacudida del azar pudo deshacer...

En las páginas finales de la *Oración*, sin entrar en detalles, Reyes narra la “maraña de fatalidades” en que se vio envuelto el general Bernardo Reyes, los largos meses de prisión en Tlatelolco y su desmoronamiento interior hasta el momento del último llamado insensato “a la aventura, único sitio del Poeta”. Y concluye:

Aquí morí yo y volví a nacer, y el que quiera saber quién soy que lo pregunte a los hados de Febrero. Todo lo que salga de mí, en bien o en mal, será imputable a ese amargo día.

Después de la *Oración del 9 de febrero* se recogen dos breves apuntes autobiográficos, “Días aciagos”, que refieren la tensión familiar en los días previos a la tragedia, y “1912-1914” que narran lo que hizo Reyes posteriormente, su salida de

México, su viaje a París, y con un salto de algo más de un año, sus primeras experiencias en Madrid, que volverá a narrar en la Historia documental de mis libros.

Memoria a la Facultad: 1931

Se llama "Memoria a la Facultad" el curioso texto escrito en Río, en 1931, y que Reyes no incluyó en sus colecciones, porque es un informe acerca de la índole biológica y psíquica del autor y acerca de los traumatismos, operaciones y enfermedades que ha padecido, y está destinado a informar de ellos a su "médico ideal". Escribir de tan peregrina materia un ensayo interesante es privilegio del estilo de Alfonso Reyes, de la llaneza y simpatía y de la penetración psicológica con que están referidas sus materias. Al describir su temperamento, Reyes explica también su "metabolismo literario":

Se figuran mis amigos —dice— que soy aprensivo. Yo creo que lo concluyen de que soy nervioso, y sobre todo, de que explico y expreso cuanto siento y cuanto me acontece. En esto, soy de una indiscreción heroica. Mi vida no me sabe a nada si no la cuento. Abro los ojos por la mañana; lo primero que hago es contar mis sueños de la noche anterior; después, si me "gruñen las tripas", explico cómo y por qué me gruñen hoy de distinto modo que ayer. Y así, lo mismo que doy cuenta de mis lecturas y reflexiones diarias a cuantos me rodean, les doy cuenta también de las cosas de mi cuerpo y de mis reacciones más íntimas [...] Y me pasa lo que a los griegos: que desconfío de los que no lo cuentan todo, de los callados, de los solemnes.

Con humor y precisión, refiere sus descalabraduras de muchacho, la operación para extirparle las adenoides, la circuncisión —a manos del doctor Aureliano Urrutia—, un ataque de peritonitis y otro de tifoidea, una enfermedad venérea y sus recaídas, contadas con la misma naturalidad, y hasta una sarna. El relato se interrumpió aquí y quedaron en el tintero los males crónicos, "mucho más importantes".

Una "indiscreción heroica", ciertamente, y una curiosidad literaria .

Tres cartas y dos sonetos: 1932, 1933 y 1951

En uno de los cuadernos de su *Archivo* (Serie B, Astillas, núm. 2, México, 1954), Reyes reunió bajo este nombre cartas que escribió en 1932 y 1933 a amigos a los que llama "Filomeno" y "Fabio", contándoles rarezas literarias y aventuras galantes, y los sonetos que cruzó con Enrique González Martínez en 1951. Se incluyen entre las memorias ya que cuentan episodios de la vida de Reyes.

El "Filomeno" al que dirige la primera carta, de Río, el 30 de junio de 1932, es por el contexto un cubano al cual no logro identificar. A este corresponsal, desconocido o imaginario, le cuenta Reyes, con pormenores de bien enterado, en qué consisten las faenas taurinas, para luego aplicar su técnica a las faenas amorosas, tan entendido en los recursos de que conviene echar mano como erudito en las referencias cultas con que las ilustra.

Las dos cartas a "Fabio", del 26 y 30 de junio de 1933, están dirigidas sin duda a Julio Torri, su viejo amigo de los días ateneístas, pues repite al principio de la primera la anécdota divulgada en otros textos de cómo conoció Reyes a Torri en la Escuela de Derecho. (Este par de cartas deben ser incorporadas por Serge I. Zaïtzeff al epistolario de Reyes y Torri que ha reunido en: Julio Torri, *Diálogo de los libros*. México, FCE. 1980.)

Volviendo a la primera de estas cartas, está dedicada a contar con mucha sal muestras de la manía iberoamericana por los libros de J. M. Vargas Vila, aquel extraño fenómeno de semiliteratura erótica, que han disfrutado enorme éxito popular. Reyes le cuenta la afición de los cariocas por estos libros; de un revolucionario, de dos "frutitas de la tierra" y de un ministro, lectores fervientes del colombiano. Y le dice también que supo que Vargas Vila "se carteaba con algún pro-hombre de México", el cual parece haber sido Álvaro Obregón. Alguna vez oí decir que, cuando José Vasconcelos hacía

los "clásicos verdes", el presidente Obregón le había pedido que incluyera entre ellos a Vargas Vila, y que se le hizo una edición especial, de un solo ejemplar a él destinado. Nada comprueba la leyenda. Para sazonar estas referencias al entusiasmo popular por Vargas Vila, repetiré la historia que me contó Germán Arciniegas. Lo invitaron a visitar un penal colombiano y preguntó a un preso: "Y tú, ¿por qué estás aquí?" "Verá usted, doctor —le contestó. Un día pregunté a un amigo mío quién era el mayor escritor del mundo: 'Pues Víctor Hugo', me contestó, y yo tuve que hundirle mi cuchillo en la panza porque no iba a dejar que ofendiera a Vargas Vila, que es el mayor escritor del mundo".

Sobre la personalidad de Vargas Vila hay un buen estudio de J. G. Cobo Borda, "¿Es posible leer a Vargas Vila?" (*La alegría de leer*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1976), pero me parece que sigue faltando un examen del fenómeno de su popularidad en los países americanos.

Algo tenía Vargas Vila. ¿Cómo olvidar aquellas frases suyas que Borges consideró como "la injuria más espléndida que conozco"?: "Los dioses no consintieron que Santos Chocano deshonrara el patíbulo, muriendo en él. Ahí está vivo, después de haber fatigado la infamia". Y añadió Borges que la injuria es tanto más singular "si consideramos que es el único roce de su autor con la literatura" ("Arte de injuriar", 1933, *Historia de la eternidad*, 1953).

En la otra carta de Reyes a "Fabio" Torri le cuenta con delectación su encuentro con Jacy, "la corza mestiza", de padre mexicano y madre negra brasileña. La descripción de la belleza de la muchacha es tan persuasiva como el comentario del embajador Reyes:

Porque yo he venido aquí a armonizar dos pueblos, dos razas. Y ahora resulta que un humilde indio de Veracruz, el padre de Jacy, lo había logrado antes que yo, ¡y de qué manera, Fabio mío!

Concluye este cuaderno con los sonetos que se cruzaron, a la buena usanza de antaño, Alfonso Reyes y Enrique González

Martínez, para contarle aquél la confusión que causó en una señora por usar una fórmula de cortesía en desuso, y contestarle éste que “le ganó Freud”, como suele decir Alí Chumaceiro. Buen pretexto para dos ingeniosos sonetos.

Berkeleyana: 1952

En otro cuaderno de su *Archivo* (Serie A. Reliquias, núm. 1, México, 1953), que llamó *Berkeleyana* y redactó en 1952, Reyes dejó otra curiosidad: el relato minucioso del viaje que, en la primavera de 1941, hizo su autor acompañado de su hijo y un chofer, en un Buick Sedán, modelo 1939, desde la ciudad de México, para recibir el doctorado que le otorgó la Universidad de California, en Berkeley. Probablemente con el fin de pasar por su tierra natal, eligieron la carretera que, muy al oriente, va de la ciudad de México a Nuevo Laredo, pasando por Monterrey. Desde allí cruzaron, en el país vecino, los estados de Texas, Nuevo México y Arizona, hasta llegar a California, subir a Los Ángeles y de ahí a la Universidad de Berkeley. En el transcurso del viaje don Alfonso cumplió sus cincuenta y dos años y aún no había sufrido sus avisos cardíacos. Aunque ahora realizan hazañas casi semejantes los autobuses que van a los Estados Unidos de América, en etapas más cortas, la que narra Reyes lo fue por haber recorrido un promedio de mil kilómetros diarios, turnándose en el volante el chofer Germán y el hijo Alfonso, durante cuatro días y noches, en el viaje de ida y otros tantos en el de regreso. Recorrer quinientos o seiscientos kilómetros diarios es soportable, pero hacer el doble durante cuatro días es una hazaña deportiva, teniendo en cuenta las averías que tuvieron y el cruce de largas zonas desérticas. Si existían ya vuelos a Los Ángeles, don Alfonso debió decidir el viaje por carretera con cierto espíritu deportivo y para ahorrarse gastos.

Tras de las impresiones y peripecias del camino, la estancia en la Universidad de Berkeley fue ocasión para trabar amistad con las autoridades universitarias y reencontrar a maestros distinguidos: el hispanista Sylvanus Griswold Morley, el his-

toriador Herbert I. Priestley y el antiguo historiador de la literatura hispanoamericana, Alfred Coester. Reyes asistió al examen doctoral de Philip Wayne Powell, quien desde entonces se interesaba en la guerra chichimeca y, por invitación del historiador P. A. Martin, hizo una exposición a los alumnos del seminario de Martin acerca de la intervención francesa en México.

Esta historia de viaje, registro escueto de hechos, sin adornos ni divagaciones ni asociaciones, muestra el animoso espíritu de Reyes, que también se atrevía con las hazañas deportivas.

Cuando creí morir: 1947 y 1953

Cuando creí morir está formado por tres secciones —qué llevan como subtítulos *Andantino*, *Maestoso* y *Rubato*, como los movimientos de una sonata— de temple y contenido diverso. Reyes lo guardó inédito, y poco después de su muerte, como homenaje a su autor, se publicó la segunda parte en “México en la Cultura”, de *Novedades*, el 3 de enero de 1960. La primera y la tercera partes, escritas ambas en 1947, son dos graves meditaciones. La primera, “Los cuatro avisos”, es una reflexión moral en la que, después de haber sufrido los primeros avisos de su dolencia cardíaca, se propone decantar los principios que considera que han regido su vida, y encuentra que son el Cinismo, como verdad y realidad, y el Estoicismo, como dignidad; y añade, “sin olvidar la cortesía como brújula de andar entre los hombres”.

La tercera parte, “Una enseñanza”, es otra reflexión dedicada al dilema del hombre de estudio que acepta un cargo político y, en nuestro medio, sufre un duro tropiezo contra “las fuerzas oscuras”. Reyes analiza con sagacidad el problema y encuentra que el hombre puro al que considera “quiso vender al Diablo tan sólo la mitad de su alma, transacción imposible”, mientras que “las Eminencias Grises [...] despliegan la acción y están a encubierto de las reacciones: ellas pueden mantener la proporción de crueldad indispensable para hacer el bien a los hombres; ellas disfrutan de irresponsabilidad”. En suma, que el ejercicio y el triunfo en asuntos públicos implican la acepta-

ción del mal y la crueldad. La meditación de Reyes —cuyo sujeto se transparenta— es sabia, aunque tiene una relación muy débil con el tema general del escrito de que forma parte.

El relato sustancial de *Cuando creí morir* se encuentra en la segunda sección que repite el título general, y fue escrita años después de las reflexiones que la anteceden y siguen, en enero de 1953. Ésta es, propiamente, una crónica de su enfermedad: infarto o trombosis coronaria; de los cuatro avisos o ataques que sufrió, el 4 de marzo de 1944, en febrero y en junio de 1947, y el 3 de agosto de 1951. Con su gusto por la precisión, don Alfonso relata los síntomas y las consecuencias de cada uno, y en el último, en que debió ser internado en el Instituto Nacional de Cardiología, y puesto que lo sorprendió trabajando en el *Polifemo* de Góngora, refiere las “deliciosas visiones gongorinas” que tuvo durante su duermevela, en que “todo era pluma, miel, cristal, oro, nieve, mármol, armonías en blanco y rojo”. En la graciosa fantasía que escribió sobre estos días, cuenta que se vio transportado al cielo y que, antes que san Pedro lo anotara en su registro de entrada, un arcángel le dijo: “Creo que este pobre señor tenía una obra a medio escribir”, lo que determinó que san Pedro le prorrogara su permiso “de turismo en la tierra”. Por ello, dice Reyes, “yo siempre tengo un libro a medio escribir y procuro no darle término sin haber antes comenzado el siguiente”.

Recojo de este singular documento que es *Cuando creí morir* una observación que, antes o después de que la escribiera, escuché de labios de don Alfonso y que entonces me llenó de confusión: “Comprendí que nuestro mayor y auténtico placer físico no está en el amor, sino en la respiración”.

Aunque tuvo que ser más cuidadoso para evitar fatigas físicas, el hecho es que su actividad intelectual, después de su salida del hospital, fue enorme, como lo registra en estas páginas. Cuenta Reyes que una de sus alegrías, aún convaleciente, fue la de recibir el precioso homenaje que Fernando Benítez y Miguel Prieto le organizaron, en el número 140, del 7 de octubre de 1951, del suplemento “México en la Cultura”, de *Novedades*, totalmente dedicado a Alfonso Reyes, con textos y fotos suyas, dibujos de Elvira Gascón y estudios de varios

escritores. Una joya por su diseño tipográfico y el gusto y calidad de sus textos.

A pesar de que durante sus últimos meses don Alfonso padeció por su enfermedad y requería el oxígeno —que cuando se le hizo la grabación de sus discos para inaugurar la serie de Voz Viva, de la UNAM, tenía que inhalar tras de cada párrafo—, sobrevivió quince años al primer ataque de 1944, y ocho al último y más grave de 1951. Nunca fue un enfermo ni atemorizado ni aprensivo, y sus últimos años fueron de lo más fructíferos de su carrera intelectual.

Historia documental de mis libros: 1955-1959

Desde 1926, cuando Alfonso Reyes se encontraba aproximadamente a la mitad de su vida y a la tercera parte de su obra, aunque ésta era ya considerable y compleja, escribió la “Carta a dos amigos”, Enrique Díez-Canedo, en Madrid, y Genaro Estrada, en México (*Reloj de sol*, Madrid, 1926; *Obras completas*, IV), confiándoles el cuidado de su obra —de don Alfonso— y dándoles indicaciones respecto a la organización y grado de atención que deberían recibir sus papeles. Ambos albaceas literarios morirían, Estrada en 1937 y Díez-Canedo en 1944. Sintiendo ya cercanas sus propias postrimerías, Reyes inició en 1955 la publicación sistemática de sus escritos en sus *Obras completas*, y el mismo año dio principio a la *Historia documental de mis libros*, otra manera de relatar su vida, que estuvo siempre hecha de libros y consagrada a ellos.

Su existencia no le bastó para terminar esta nueva tarea. En el número de enero-febrero de 1955, de la revista *Universidad de México*, que dirigía Jaime García Terrés, comenzó a publicar, muy bien ilustrada con fotos de los personajes y acontecimientos, la *Historia documental*. Continuó la publicación durante 1955, 1956 y hasta septiembre de 1957 en la misma revista; en septiembre de 1959, la serie se reanudó en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, y se interrumpió en diciembre de este último año por la muerte de don Alfonso. Además, poco después de publicado el primer capítulo, Reyes dio a la revista

Armas y Letras (abril de 1955), de la Universidad de Nuevo León, en Monterrey, su tierra natal, una nueva versión ampliada de dicho capítulo de sus memorias literarias, que sustituye al de *Universidad de México*. En resumen, don Alfonso publicó dieciocho inserciones, con XIII capítulos en *Universidad de México*; cuatro capítulos en *La Gaceta*, del XIV al XVII, final, más la versión ampliada del capítulo primero. Todo un libro de gran interés que ahora se reúne por vez primera.

A pesar de su extensión, los diecisiete capítulos de la *Historia documental de mis libros*, sólo cubren desde los inicios literarios de su autor y el primer libro de su mocedad, revelador de su talento, *Cuestiones estéticas*, de 1911, hasta el año de 1925. Es decir, los años ateneístas de México y la fecunda década madrileña, de 1914 a 1924. Falta, pues, al menos, otro tanto: la etapa suramericana y la gran cosecha de sus últimos veinte años en México.

Lo que tenemos de la *Historia documental* es espléndido salvo algunas enumeraciones monótonas. Reyes se ve a sí mismo y a sus obras a la vez desde dentro, con amor, y con cierta perspectiva, como si se tratara de hechos externos. Se da, pues, importancia o, como si fuera un investigador que estudia una obra ajena, le da importancia a cada minucia de la elaboración de sus libros, a sus fechas, a los estímulos de la composición, a los pormenores de la edición y a los comentarios que recibieron.

Y, además, nos cuenta la vida que alimentaba sus escritos. En los primeros años madrileños, después de que sale de París en guerra, con mujer e hijo y desposeído de su modesto puesto diplomático, de 1914 a 1919, aprende a ganarse la vida con la pluma. Las penalidades con que se realiza una obra no cuentan para su valoración; aun así, sorprende el espíritu alerta y la alegría creadora en las obras del Reyes de estos años. A partir de sus libros madrileños queda forjado su prestigio literario; el mito Alfonso Reyes había sido creado.

Todo esto, los trabajos y sus circunstancias, los viejos y los nuevos amigos, en unos años luminosos de las letras españolas, con las grandes figuras de la Generación del 98 en su madurez y los nuevos escritores que empiezan a surgir; las excursiones en busca de la historia y la leyenda; las celebracio-

nes literarias, como la de los cinco minutos de silencio en honor de Mallarmé que promueve Reyes, el ambiente áspero y cordial de la vida madrileña; el esfuerzo con que va abriéndose camino y las penalidades que va superando; el trabajar al mismo tiempo en tantos frentes y el aprender haciendo; el encontrar reposo para el poema y la prosa artística; el ir conquistando un lugar en una sociedad literaria que lo desconocía, y el proceso de elaboración de sus obras, está contado en la *Historia documental*. Quedan aquí un cúmulo de datos para el curioso de la vida española en la década 1914-1924 y una historia humana e intelectual admirable.

Entre tantos pasajes interesantes de esta obra quiero destacar, como a contrapelo, la historia de una frustración literaria. Al referir los estímulos de que nacieron sus obras, cuenta Reyes (cap. IX) lo que le ocurrió con uno de los poemas de *Huellas* (*Obras completas*, X), el llamado "Caricia ajena", que dice:

Exhalación clara que anhelas
—a no perturbar un temblor—
por iluminar si desvelas,
por dormir si enciendes amor.

Desde el hombro donde reposas,
caricia ajena, ¿cómo puedes
regar todavía mercedes
en complacencias azarasas?

Tu fidelidad sobrenada
en vaga espuma de rubor,
y te vuelves, toda entregada,
y regalas, desperdiciada,
los ojos cargados de amor.

Y ahora, el comentario y la historia que cuenta Reyes:

"Caricia ajena" [...] es un poema cuya realización no pudo alcanzar a la intención, a causa de cierta oscuridad que lo desvirtúa. Yo le conté a Enrique Díez-Canedo que el estímulo u ocasión de este poema fue el haber visto, en la pla-

taforma de un tranvía madrileño, a una mujer que acariciaba a su enamorado, y llena de ardor, volvía después el rostro hacia los demás pasajeros, sin darse cuenta de que a todos parecía envolvernos en la emoción amorosa que todavía traía en los ojos; de modo que todos recibíamos la salpicadura de la "caricia ajena".

Quien tantas veces acertó a captar las experiencias más sutiles, en esta vez los versos se le rehuyeron, porque la poesía había quedado en el relato de los hechos.

Parentalia: 1949-1957

En las primeras páginas de este libro con el que Reyes inició sus memorias, al referirse a las mezclas de sangres que confluyen en su persona, exclama ¡Qué dolor constante mi trabajo, si no llego a saber a tiempo que el único verdadero castigo está en la confusión de las lenguas, y no en la confusión de las sangres!" Y explica en seguida que:

El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano. La unidad anhelada, el talismán que reduce al orden los impulsos contradictorios, me pareció hallarlo en la palabra.

Y concluye el elogio de la salvación y justificación que es la palabra para el hombre, con una confesión y un deseo:

¿Se entiende lo que ha podido ser para mí el estudio de las letras? Doble redención del verbo: primero, en la aglutinación de las sangres; segundo, en el molde de la persona: en el género próximo y en la diferencia particular.

Y si hemos de salvar algún día el arco de la muerte en forma que alguien quiera evocarnos. Aquí yace —digan en mi tumba— un hijo menor de la *Palabra*.

Más adelante, al hablar de la herencia universal de sus

sangres y del "arraigo en movimiento" que le tocaría, dice:

El destino que me esperaba más tarde sería el destino de los viajeros. Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno, aunque siempre algo náufrago en el mundo.

Borges confirmaría esta rara condición universal de don Alfonso en el precioso "In memoriam A. R." que escribió a la muerte de su amigo:

Supo bien aquel arte que ninguno
Supo del todo, ni Simbad ni Ulises,
Que es pasar de un país a otros países
Y estar íntegramente en cada uno.

En los retratos que traza de su parentela, es sorprendente el arte de Reyes para transformar una simple alusión —por ejemplo, un cierto abuelo de su abuela Josefina Sapién, que solía venir de Manila cargado de maravillas orientales— en un lindo cuento, que le permite explicar de alguna manera ciertos rasgos de su cara e inclinaciones de su carácter. Su destreza literaria lo hace convertir en figuras legendarias, en mitos, a los personajes que describe. Sin necesidad de magnificarlos ni de acentuar sus rasgos, y conservándoles su propia condición, los va conformando con un dibujo literario cuyo arte es invisible y cuyos resultados son el encanto de la lectura de estas páginas.

Y de cuando en cuando, la sal de los recuerdos y asociaciones oportunas: el libro de los hermanos Tharaud sobre Persia e Irán, en que se buscan huellas de un tío de Rousseau, le sirve para explicarse el gusto del filósofo por "vestirse a la armenia", y le permite añadir que el mismo Reyes podría vestirse de "traficante oceánico", a cuenta del abuelo oriental. O el relato de los viajes que el abuelo Domingo Reyes hacía entre La Barca y Guadalajara, de donde venía cargado de curiosos regalos, y

traía los dulces y las frutas en unos bacines nuevos de plata o de oro macizos, de esos que tanto admiraban al niño Francis

Jammes y que había llevado a Pau su tío el Mexicano.

O cuando deja caer una preciosa cita:

Al corazón le importa acordarse, aun cuando sea con errores de aproximación, como en Lupercio Leonardo de Argensola, la sombra sola del olvido teme.

O cuando, al recordar a una tía abuela, maestra a la que afligían los disparates del habla de la gente, la compara con "San Vicente [quien] tomaba a su cargo los dolores de la parturienta".

O cuando ilustra pasajes de sus escritos con alusiones históricas, tan naturales como si fuesen refranes, pero que son el fruto de su memoria privilegiada y de su sentido de la oportunidad:

los demonios andaban sueltos, como antes de que Salomón los encerrara en el camello, Éolo había desatado sus pellejos.

O bien: "los caballos andaban sueltos, como los gansos del Capitolio, dan la alarma".

La extensa rememoración del abuelo coronel Domingo Reyes (cap. II), tramada en la historia de las luchas civiles de mediados del siglo XIX, es convincente de la sobria valentía militar del abuelo, aunque no consiga la fluidez habitual en la pluma del nieto Alfonso.

La evocación del padre Bernardo Reyes (cap. III y Apéndices), al que Reyes siente como un héroe de la Antigüedad, culminación de la *Parentalia*, lleva al principio un par de hermosas páginas sobre el olvido y la memoria y un conmovido elogio a la afición del padre por la historia y la poesía y a su vocación romántica de guerrero. Entre las páginas que relatan las correrías y hazañas militares de don Bernardo, cuando andaba en la guerrilla contra la intervención francesa, hay apuntes interesantes sobre la bravura de los indios mexicanos y acerca del miedo y el pavor durante las batallas, y es una hermosa página épica el relato de la proeza del guerrero en Villa de Unión, al que Reyes dedicó también un poema con este título. Y en esta extensa etopeya hay tanto páginas airadas, como las que na-

rran la barbarie y las crueldades de Manuel Lozada, el Tigre de Álica —al que combatió Bernardo Reyes—, como otras de serena belleza, como el elogio del árbol.

Parentalia está dividida en tres secciones. La inicial, "Primeras imágenes", se abre con dos capítulos que podrían llamarse reflexiones sobre los orígenes, y está dedicada al recuerdo de los abuelos y de la madre; la segunda, "Milicias del abuelo", refiere la historia del coronel Domingo Reyes, abuelo paterno; y la última, "Enseña de Occidente", relata los hechos militares y políticos del padre, que llegará a ser el general Bernardo Reyes. A pesar de su extensión sólo llega hasta antes de la gubernatura en el estado de Nuevo León. El amor y la admiración de Alfonso Reyes por la figura de su padre, que fue creciendo con el tiempo, aquí concluye con este pasaje conmovedor, que nos da el temple y el fervor que alientan estas páginas:

Y ciertamente, aquel extraordinario varón —hermoso por añadidura— era, además de sus virtudes públicas y su valentía y su pureza, un temperamento de alegría solar, una fiesta de la compañía humana, un lujo en el trato, un orgullo de la amistad, una luz perenne y vigilante en la conciencia de los suyos.

Crónica de Monterrey 1. Albores: 1959

El relato de este "Segundo libro de recuerdos", que su autor no pudo ver impreso (México, El Cerro de la Silla, 1960, editado por Manuela Mota de Reyes), se inicia con una rememoración de lo que era la vida de Monterrey en la época cercana al nacimiento de Alfonso Reyes: los barrios principales, la organización incipiente de la ciudad, los juegos y diversiones infantiles, la situación del ya general Bernardo Reyes como jefe de la zona militar, y poco después gobernador del estado de Nuevo León. Este cuadro de circunstancias enmarca el nacimiento de Alfonso, el 17 de mayo de 1889 a las nueve de la noche, contado con delicado encanto. La "Onomástica y san-

toral" siguiente da ocasión a Reyes para referir el origen de su nombre, el santo que es su patrono, san Ildefonso, del 2 de agosto, y el de su día de nacimiento, san Pascual Bailón, y algunas de las confusiones de la homonimia —narradas por extenso en otro lugar—, sobre todo las confusiones con el rey de España de sus años de embajador, Alfonso XIII. La descripción de las casas de la infancia, la de Bolívar y la de Degollado, está transfigurada por el recuerdo. La amplitud, el orden y la multiplicidad de sus reinos: el cuartel general y la casa doméstica, el patio y sus habitaciones, el traspatio, la huerta y los corrales; los tres grados de sus habitantes: los mayores, los niños y los criados, y los árboles y los animales, todo bajo la sombra providente del general Reyes, se convierte en un reino encantado. Todo es magia y prestigio.

El retrato de Paula Jaramillo, la primera nodriza del niño Alfonso, convertida por Reyes en Ceres de bronce, es una linda página:

De ella conservo mi afición a la piel morena y mi confianza en yo no sé qué piedad nutricia y generosa hasta ignorar el pecado, que me parece manar de los senos mismos de la vida. De ella, un sabor de paganismo trigueño muy lejano a las jactancias olímpicas y que acaso vienen desde la Grecia más arcaica y terrena, hecho de virtud placentera y seria a la vez, penetrante, consoladora.

Los recuerdos de los hermanos —Alfonso fue el noveno de los doce hijos de su madre—, los que se fueron niños y los que sobrevivieron, están llenos de chispa. De León, medio hermano mayor, cuenta que tenía "una fuerza prodigiosa" y muchas novias, y que un día:

Encontró a una "pelando la pava" con otro galán, junto a una de aquellas ventanas de barrotes de hierro [...] Abrió un poco los barrotes, le metió al rival la cabeza, volvió a cerrarlos lo indispensable, y ahí lo dejó aprisionado y dando de gritos.

Entre los retratos de los personajes de la casa paterna hay

algunos muy vivaces, como el del cocinero francés, Luis; lo mismo que ciertas escenas, como "Bautizo en invierno", que cuenta la impresión de una rara nevada en Monterrey, mientras en la casa se celebraba un bautizo. Merecen destacarse también las páginas en que describe "El equilibrio efímero", los sustentos morales que, para el niño, eran los apoyos de aquel universo: la fortaleza y el sistema de entusiasmos que armaban la mente de su padre, "mezcla del Zeus olímpico y del caballero romántico": la devoción por México, y don Porfirio, como el centro y el apoyo del bienestar de aquel mundo del antiguo régimen.

Los retratos de servidores, mozos, caballerangos y gente de variados oficios, de aquellos días de infancia, son páginas amenas por la penetración psicológica y el ágil dibujo de aquellos personajes singulares del norte, especialmente del hazañoso Ceferino García.

Otro de los servidores aquí retratados es Indalecio, el del relato "Donde Indalecio aparece y desaparece", de 1932, suprimido de estas páginas ya que se incluyó, como parte de *Quince presencias* (1955), en el tomo XXIII de estas *Obras completas*.

"El salto mortal" relata una función de circo, con su público elegante y popular, el cual, al anunciarse el "salto mortal" que haría una niña cirquerita, se opone a que corra peligro y el número se suspende. La descripción de las indumentarias y el cortejo ceremonioso que forma cada familia de respeto, y el brillo multicolor del circo están muy bien logrados.

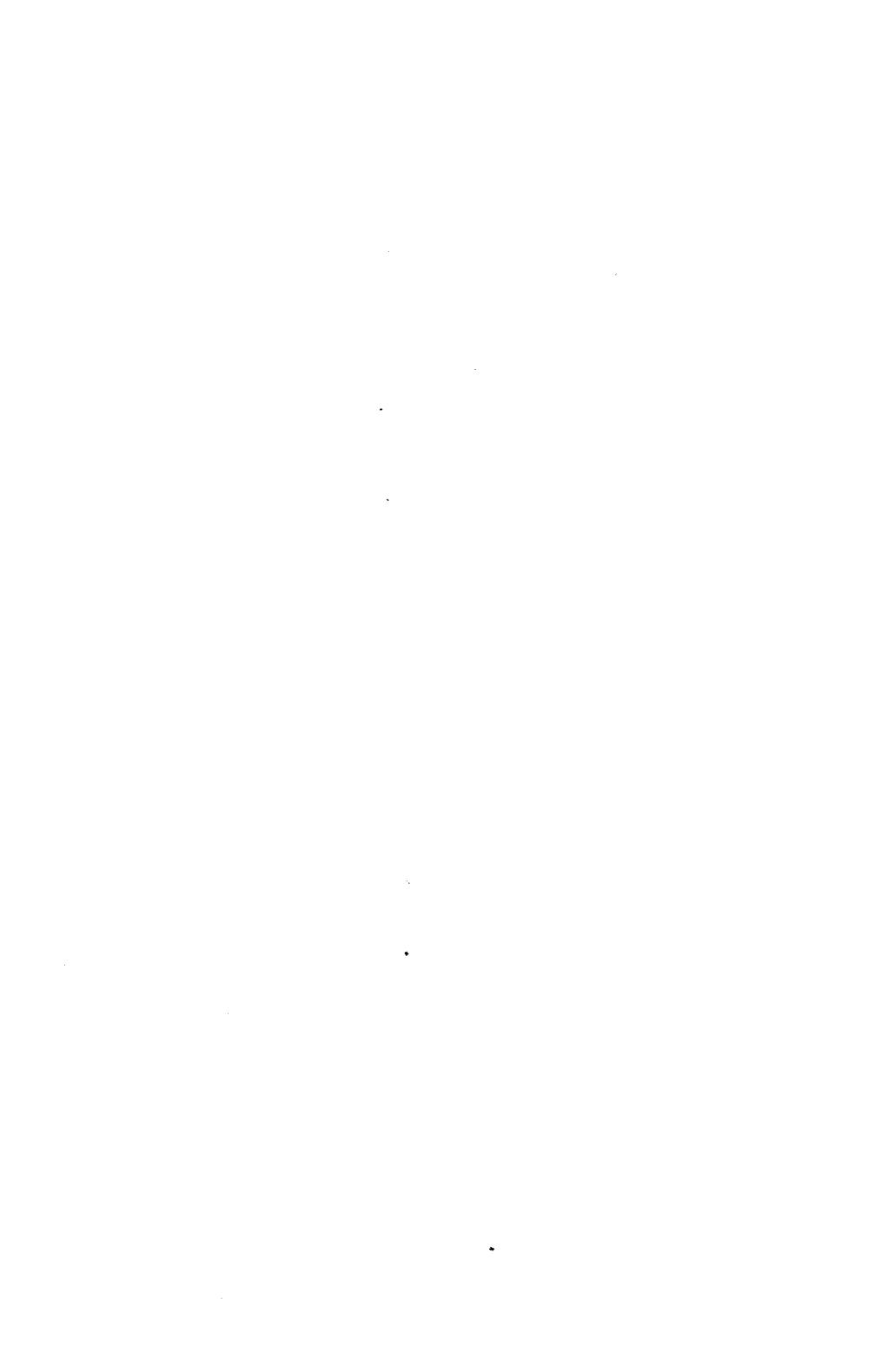
Lo del salto suspendido, ocurrió, precisa Reyes, en un pequeño circo tejano. El circo legendario de la época fue el Circo Orrin, al cual dedica el siguiente capítulo, para recordar la gracia del payaso Ricardo Bell, sus múltiples esplendores y las grandes pantomimas, sobre todo La Acuática, que concluían las funciones. Además de los libros sobre el tema, de Manuel Mañón y de Armando de María y Campos, que menciona Reyes, puede verse el hermoso libro sobre Ricardo Bell que escribió su hija Sylvia Bell de Aguilar: *Bell*, México, 1984.

Páginas adicionales

Al final del presente volumen se reúnen algunos fragmentos inéditos de Reyes acerca de sus años estudiantiles, en Monterrey y en la ciudad de México, a los que puso el título de *Toga pretexta*; y un curioso apunte sobre una *Teoría del sable*, que puede asociarse a las aficiones del general Bernardo Reyes.

Febrero de 1989

**Los estudios sobre Mallarmé, El Polifemo,
las Memorias de cocina y bodega y otras páginas**



Los estudios sobre Mallarmé de Reyes

Una de las novedades precursoras que ofrecieron las *Cuestiones estéticas*, de 1911, fue el estudio "Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé", escrito en octubre de 1909. Su autor contaba entonces veinte años, aún no se publicaban secciones importantes de la obra de Mallarmé ni se coleccionaban sus obras entonces conocidas; y de los estudios importantes apenas se habían publicado los de Remy de Gourmont y de Camille Mauclair, aunque el joven Reyes sólo contaba como "documentación crítica" con el libro de este último, *L'art en silence*.

A raíz de la muerte de Mallarmé, en 1898, Rubén Darío, entonces de veintiún años, había publicado un espléndido artículo necrológico (en *El Mercurio de América*, Buenos Aires, octubre de 1898, reproducido en Reyes, *Mallarmé entre nosotros* y en el presente volumen). El de Reyes, menos brillante que el también juvenil de Darío, prescinde de lo anecdótico y es el primero que, en español, trataba de desentrañar el nudo de la poesía de Mallarmé. Llama la atención, en estas páginas de Reyes, la penetración analítica de la sutil elaboración de esta poesía. Su mismo autor reconocía, tres décadas más tarde, que su estudio de 1909 "cargaba los tintes patéticos, y el sentimiento de la tortura técnica dominaba sobre el gozo de los frutos logrados" ("Meditación sobre Mallarmé" [1942], *Anco-rajés, Obras completas*, xxi).

Al igual que las otras aficiones —Goethe y Góngora— que tienen su punto de partida en estos ensayos juveniles, la de Mallarmé tendrá un largo curso en la obra posterior de Reyes. En los años siguientes, continuó rastreando las raras ediciones que iban revelando las obras desconocidas del maestro,

adquiría algunos manuscritos del poeta amado y leía los estudios importantes que aparecían.

Durante su estancia en Madrid, el domingo 14 de octubre de 1923 Reyes convocó a un grupo de sus amigos escritores a una celebración memorable, los "Cinco minutos de silencio en recuerdo de Mallarmé", que provocó interesantes ecos. De tiempo en tiempo, hacía traducciones admirables de versos y prosas, "tributos al maestro de todo rigor literario".

Culto a Mallarmé

En sus años de embajador en Buenos Aires y Río de Janeiro (1927-1939), al lado de tantas otras empresas, volvió con nuevo entusiasmo al estudio de Mallarmé. Debe ser de estos años el proyecto manuscrito de índice del libro que debería llamarse *Culto a Mallarmé*, que se guardaba en una de las dos gavetas dedicadas a estos papeles. Lo copio tal cual, incluso con sus curiosas anotaciones privadas. Y añadido un asterisco a los capítulos que fueron escritos, aunque cambiasen de título:

Culto a Mallarmé

Primera parte

El museo de Mallarmé

- * I. Acceso
- * II. Itinerario de Mallarmé
- * III. Las tribulaciones de un Profesor
- * IV. La Araña Sagrada
- * V. El Gabinete de Humo
- * VI. Hebras de Tabaco
- * VII. Mallarmé entre los demás (o algo así)
- * VIII. La correspondencia de Mallarmé
- * IX. Los objetos... (y en apéndice: Direcciones)

Segunda parte

El templo de Mallarmé

- I. Acceso
- * II. Languidez (¿apéndice? Elipsis) aquí caducó la abuela
- III. Fases
- IV. Crisis
- * V. La Obra Soñada
- * VI. Exégesis fácil de tres misterios

Tercera parte

Mallarmé entre nosotros

- * I. Los cinco minutos de Mallarmé (queja... [?])
- * II. Testimonios de dos poetas
- * III. Noticia de traductores
- * IV. El Abanico de Mlle. Mallarmé
- * V. Varias traducciones
- VI. Soneto a la † de Mallarmé

Cuarta parte

Apéndices

- * Ap. 1. Noticia iconográfica
- * Direcciones
- * Elipsis de Dios
- Verhaeren y Mallarmé etcétera

Ilustraciones

Foto Nadar

Casita Valvins *Nos Poètes?*

Méry Laurent " "

Medalla Sociedad Mallarmé

Cinco minutos: grupo (ver *Revista de Occidente* y cita a
Valvins de la Sociedad)

Mis autógrafos

Diseño de Piere Louÿs.

Lo sorprendente es que este libro fue escrito casi en su totalidad, y lo desconocíamos en buena parte, por razones que mencionaré adelante. El proyecto de índice de *Culto a Mallarmé* debió ser escrito entre 1936, cuando Reyes acababa de publicar en *Sur*, de Buenos Aires, los cinco capítulos iniciales de la primera parte (cuatro bajo el título de "Culto a Mallarmé" con los subtítulos conocidos, en julio de 1934, núm. 9; y el quinto capítulo, "El Gabinete de Humo", en noviembre de 1936, núm. 26), y antes de 1938, cuando Reyes publica en la editorial Destiempo, de Buenos Aires, la primera edición de *Mallarmé entre nosotros* (la segunda edición es de Tezontle, México, 1955), tercera parte, completa de su proyecto, en la que hará ciertas modificaciones; la más notoria, que no aparece el soneto a la muerte de Mallarmé.

Veinte años después de la publicación en *Sur*, Reyes dio a los dos números iniciales de la revista mexicana *Estaciones*, sin indicación del libro al que deberían pertenecer, los capítulos v y vi de la segunda parte: "La Obra Soñada" y "Exégesis fácil de Mallarmé" (*Estaciones*, primavera y verano de 1956, año i, núms. 1 y 2).

Pero además de estos siete capítulos publicados en revistas, y de la tercera parte que formó volumen separado, en las gavetas mallarmeanas del archivo de Alfonso Reyes quedaban muchos capítulos más. Sólo uno de ellos, el viii de la primera parte, "La correspondencia de Mallarmé", estaba transcrito en máquina, y nueve quedaron manuscritos. En estos diez textos desconocidos hay ampliaciones a los ya publicados, otros que cambian título y otros no previstos en el proyecto inicial. (La transcripción de los manuscritos, con numerosas citas y muchos de ellos escritos de primera intención, ofreció frecuentes dudas que se resolvieron tentativamente.) Y había, además, apuntes sueltos, notas de lecturas, un proyecto de bibliografía y abundantes recortes de prensa; "materia prima", como anotó don Alfonso, que se guardó inédita.

Fuera de este conjunto del *Culto a Mallarmé*, Reyes dejó "Mallarmé postal", en *Tren de ondas* (1932), recogido en el tomo viii de las *Obras completas*, y una "Meditación sobre Mallarmé", que es una reflexión sobre el sentido último de la búsqueda

mallarmeana. La incluyó en *Ancorajes* (1951) y se recopiló en el tomo XXI de sus *Obras*.

A lo largo de muchos años, Reyes estudió y escribió, pues, numerosas páginas sobre Mallarmé y mantuvo su proyecto original. Éste fue para él un verdadero culto, uno de sus grandes amores literarios. A pesar de ello, otras aficiones le impidieron redondear su empeño. La primera parte, *El museo de Mallarmé*, aunque con cambios de título y nuevos capítulos, quedó más o menos terminada, aunque le faltaría ordenar sus materiales y podar la abundancia anecdótica. La segunda parte, *Templo de Mallarmé*, en que se proponía acercarse al desciframiento de los misterios mallarmeanos, ofrece ciertamente interpretaciones sustanciales y un paciente estudio de las correcciones de Mallarmé, y del significado atribuible a la llamada Obra Soñada del poeta; pero sólo nos dejó Reyes apuntes sueltos, sin elaborar, de su ambicioso proyecto de explicar los textos más arduos (*Igitur, Prosa, Dados*).

La tercera parte está formada por el pequeño libro ya conocido, *Mallarmé entre nosotros*. A la crónica de la celebración de los "Cinco minutos de silencio", en Madrid, 1923, le he añadido los comentarios completos de los participantes, que publicó la *Revista de Occidente*, ya que constituyen, como decía Jean Cassou, "un testimonio psicológico y literario de carácter único". Al final de este libro se incluyen las felices traducciones de diez poemas y textos en prosa de Mallarmé, hechas por Alfonso Reyes.

¿Por qué, después de tantos años de estudios sobre esta obra fascinante, Reyes sólo rescató formalmente esta tercera parte de sus trabajos? En uno de sus últimos estudios, "Mallarmé a distancia de medio siglo", incluido como capítulo x de *Culto a Mallarmé*, y que debió escribirlo hacia 1946, lo explica su autor. Al dar cuenta de la aparición de las *Obras completas* de Mallarmé, en la colección de La Pléiade, en 1945, y de los grandes estudios de Henri Mondor y otros, Reyes se dio cuenta de que sus trabajos estaban superados. "Las notas que vengo reuniendo desde hace varios lustros —escribió— nunca pasarán de unas *Analecta* desordenadas, y por eso no me he decidido a imprimirlas".

Reyes tenía plena conciencia de las limitaciones y del "atraso" de sus páginas mallarmeanas, y las dejó inéditas en sus gavetas. Pero si no constituyen una obra definitiva ni totalmente elaborada, estas *Analecta* desordenadas siguen siendo una contribución importante, con un caudal de noticias e interpretaciones mallarmeanas, y son, además, el testimonio de una larga, devota y laboriosa afición, de parte de Alfonso Reyes, bien sintetizada en el título que puso a su libro frustrado: *Culto a Mallarmé*.

El Polifemo sin lágrimas

Como los estudios sobre Mallarmé y sobre Goethe, los dedicados a Góngora por Alfonso Reyes tienen también su origen en unas páginas de *Cuestiones estéticas*, "Sobre la estética de Góngora", escritas en enero de 1910. Además de su propio valor como indagación del arte poética del cordobés, estas páginas son precursoras del movimiento de revaloración gongorina que, en ocasión del centenario del poeta en 1927, alcanzará su culminación con los estudios magistrales de Dámaso Alonso, "Claridad y belleza de las Soledades", de 1927, "Alusión y elusión en la poesía de Góngora", de 1928, y *La lengua poética de Góngora*, de 1935.

En los laboriosos años de su década madrileña, Reyes prosiguió sus estudios sobre Góngora, dedicados principalmente a temas eruditos y textuales, que reunirá en *Cuestiones gongorinas* (Madrid, 1927; *Obras completas*, VII), publicadas también en ocasión del centenario. Y debe recordarse que, además de estos estudios para especialistas, don Alfonso es también el autor de una sabrosa estampa, "Sabor de Góngora" (1928; *Obras completas*, VII).

Reyes volvió a Góngora en sus últimos años. Cuando, en agosto de 1951 sufrió un grave infarto y tuvo que ser hospitalizado, como el ataque lo sorprendió trabajando en Góngora, en el relato en que narró estas experiencias ("Cuando creí morir", *Obras completas*, XXIV) refiere las "deliciosas visiones gongorinas" que tuvo en el duermevera, en que "todo era

pluma, miel, cristal, oro, nieve, mármol, armonías en blanco y rojo". Escribía entonces *El Polifemo sin lágrimas*, "libre interpretación del texto de Góngora", que dedicará a "Dámaso Alonso, maestro de toda exégesis y erudición gongorinas", en 1954. Empeñado por esos años en tantas tareas, no logró terminarlo, e inconcluso se publicó póstumo en Madrid, por la Editorial Aguilar, en 1961 (2a. ed. México, FCE, 1986).

Estrofa por estrofa, Reyes va contando y explicando la *Fábula de Polifemo y Galatea*, de don Luis de Góngora, fingiendo que el propio autor lo hace al conde de Niebla, a quien el poema está dedicado. Refiriendo mitologías y desatando enredos retóricos, la exposición de Reyes es admirable por su sabiduría y su tersura. En verdad, cómo se lo propuso, logra "traer hasta la calle [...] los exquisitos productos de aquel laboratorio poético que generalmente se considera como recinto inaccesible".

Su tiempo no le bastó, pues, para concluir su empresa, y de las sesenta y tres estrofas de que consta el poema sólo había expuesto las primeras veintiocho, algo menos que la mitad. En esta parte elaborada se narran los amores de Acis y Galatea, antes de que el enamorado y feroz gigante Polifemo aplaste a su rival con una roca y la infeliz Galatea convierta los despojos de Acis en río. Al final del trabajo inacabado de Reyes se incluye su estudio sobre "La estrofa reacia del Polifemo", la XI, escrito en septiembre de 1954, que aunque ya se incluyó en los estudios gongorinos del tomo VII de estas *Obras completas*, aquí se repite. Dámaso Alonso, en *Góngora y el "Polifemo"* (Madrid, Editorial Gredos, 1960), obra culminante de la exégesis gongorina, llama "precioso" a *El Polifemo sin lágrimas*, de Reyes, y añade que en su estudio sobre "La estrofa reacia", "el gran hombre de letras mejicano expone magistralmente las dificultades de esta estrofa XI y las diversas soluciones propuestas: páginas que deberán leer todos los que quieran conocer a fondo el problema" (6a. ed. 1974, t. III, p. 89).

La obra múltiple

Repasando los libros de Alfonso Reyes, se tiene a menudo la impresión de que pertenecen a varios autores, por la variedad de sus temas, la abundancia de sus conocimientos y el cambio de sus tonos. Sin embargo, el aficionado reconoce, entre *El deslinde*, *Simpatías y diferencias*, *Visión de Anáhuac* y *Las burlas veras*, ciertos rasgos comunes, que pudieran ser la claridad, la curiosidad y la gracia del estilo —siempre que hay lugar para esta última. Ahora bien, estos rasgos operan dentro de la enorme obra como en diversas temperaturas y tensiones, y con orientaciones diversas.

Existen muchos escritores de obra abundante y que cubren varios géneros literarios. Lo más común es que tengan dos maneras, la del poeta y la del prosista; o tres, con un tono más para los escritos ocasionales. El caso de Reyes es singular, no sólo por la extensión de su obra sino también por la pluralidad de sus tonos, su capacidad para pasar de uno a otro, y lo que en verdad importa, por haber logrado obras memorables, en la poesía y en la prosa, dentro de este registro múltiple de temas y tonos. Así como en los versos se atrevió a romper la proscripción tácita de los temas ligeros y de circunstancias, en la prosa todo lo practicó. Entendía la literatura como una respiración general, que incluía lo mismo las indagaciones teóricas más severas y las exposiciones doctrinales que las recreaciones interpretativas, la prosa artística, los estudios y las estampas literarios, los apuntes de divulgación, la narración de recuerdos y fantasías, y aun el registro de cuanto a él mismo le ocurría y de las anécdotas y sucesidos de que tenía noticia. Estas gradaciones de su obra, con las que aspiraba Alfonso Reyes a aprovecharlo todo y convertirlo en escritura, es una de las características salientes de su personalidad.

Memorias de cocina y bodega

Las Memorias de cocina y bodega (México, Tezontle, 1953) —re-dactadas en varias épocas, entre 1929 y 1945— muestran esta

libertad y pluralidad en la obra de Alfonso Reyes. En la bibliografía de su autor, este lindo libro se encuentra situado entre la *Interpretación de las Edades Hesiódicas* y la *Trayectoria de Goethe*, como para subrayar la libertad que con todo se avenía, y decirnos que el comer y el beber pueden tener su sitio entre los estudios helénicos y el *Sturm und Drang*.

Estas *Memorias* no son un recetario, a la manera de los *Cocineros* mexicanos, ni una reflexión fisiológica como la clásica de Brillat-Savarin, ni una historia de la cocina, como la *Cocina mexicana o historia gastronómica de la ciudad de México* (1967), de Salvador Novo. Según lo indica su título, son un registro de las experiencias que en el comer y el beber disfrutó Reyes, y una evocación de lo que sobre ello se ha escrito. "Y si les llamo memorias a estos apuntes —añade su autor—, es que para mí comienzan a significar un pasado. Que ya presenté mis condolencias a los deleites de este orden, y tras los vaivenes y los viajes, me encuentro bien hallado en mi tierra ante una mesa frugal".

Por la galanura de sus recuerdos, por el humor de las anécdotas que refiere, por su fresca erudición y por el ancho gusto por la vida y sus fugitivos placeres, éste es un libro encantador. A lo largo de sus diecisiete "Descansos", bellamente ilustrados por Elvira Gascón, el lector va paladeando las comidas y los vinos y licores de España, Francia, Suramérica, Brasil, los Estados Unidos, México, Italia y los países germanos y nórdicos; se divierte e instruye con diatribas contra los alimentos sintéticos y con elogios de ciertos vinos y del café y chocolate, y se entera de los despropósitos a que puede llevar la sinestesia. El "Descanso xvi", acerca del canibalismo, es una página de humor magistral. Con la mayor compostura, Reyes expone los razonamientos de los "pensadores paradójicos" que han abogado por esta práctica; cita, entre otras, esta opinión: "Según Anatole France, en el *Jardín de Epicuro*, la costumbre de matar y comerse al viejo, en vez de conservarlo como estorbo en las Academias, facilita la evolución y el paso de las nuevas ideas"; omite la "Modesta proposición" de Jonathan Swift, sobre el aprovechamiento de los niños pobres, a pesar de que toca el tema; y, después de recorrer los siglos y las

opiniones de múltiples sabios, don Alfonso se da el lujo de no decir una palabra —lo que tanto le agradecemos— respecto a la afición atribuida a los antiguos mexicanos.

El Resumen de la literatura mexicana

En 1946 Reyes escribió el estudio que luego se llamaría *Letras de la Nueva España (Obras completas, XII)* para el volumen colectivo *México y la cultura* que promovió Jaime Torres Bodet, entonces secretario de Educación Pública. Una década más tarde, autoridades educativas francesas le solicitaron un *Resumen de la literatura mexicana*, del siglo XVI al Modernismo, que redactó en forma de dos conferencias, y se editaron en París, en dos fascículos, en 1958. Previamente, Reyes recogió el *Resumen* en un cuaderno de su *Archivo* que lleva índice de autores citados.

A pesar de que Reyes consideraba su “improvisado resumen” como un “servicio público más que como una obra personal” —por haber aprovechado noticias y comentarios de otros autores, además de su propio trabajo sobre la materia—, este servicio público es de utilidad. Cuenta habida de la escasez de buenos estudios sobre nuestra literatura, el *Resumen* de Reyes da una primera imagen del curso de las letras mexicanas, que puede incitar su conocimiento.

Dos estudios lingüísticos

El conocimiento y el cuidado de nuestra lengua fueron preocupaciones constantes de Reyes. Además de múltiples apuntes sobre estas cuestiones dispersas en sus obras, deben recordarse especialmente el espléndido ensayo, “Hermes o de la comunicación humana”, de 1939-1941, que abre *La experiencia literaria (Obras completas, t. XIV)*. Un poco más tarde, en 1943, dedicó a los maestros de escuelas secundarias el “Discurso por la lengua” (t. XI), para recordar nociones fundamentales e insistir en “la necesidad de cuidar el aseo y el decoro de nuestra

lengua". Y sin que pueda precisarse el propósito con que lo escribió, del 20 de noviembre de 1952 son las "Reflexiones sobre la lengua", que aparecieron en la segunda serie de *Marginalia*, en 1954 (t. XXIII).

A este conjunto de estudios, ya recogidos en las presentes *Obras*, se añaden ahora dos que aún no habían sido recogidas. "Los nuevos caminos de la lingüística" es el discurso que Reyes pronunció, el 17 de mayo de 1957, al tomar posesión como director de la Academia Mexicana de la Lengua. Reconociendo la densidad científica de estas páginas, el Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, de la UNAM, las reprodujo en uno de sus cuadernos. La estilística, la teoría de la información y otras teorías lingüísticas, recientes en los años en que se escribieron estas páginas, y sobre todo la propia experiencia de su autor en la materia, son expuestas con esa nitidez que es privilegio de la pluma de Reyes.

Nuestra lengua, de 1959, es de los últimos escritos de don Alfonso y fue publicado inicialmente por la Secretaría de Educación Pública para ser distribuido a los maestros. Para ilustración de todos, Reyes emplea el tono más llano y explica desde los rudimentos las cuestiones relativas a la lengua: los conceptos generales, el desprendimiento del latín, la formación del español y sus peculiaridades americanas y mexicanas. *Nuestra lengua*, como la *Cartilla moral*, de intención semejante, es uno de los legados de Alfonso Reyes para la educación del mexicano.

Dante y la ciencia de su época

Para que no faltasen unas páginas sobre Dante en las obras de Reyes —además de las menciones ocasionales—, en Montevideo, Uruguay, se publicó en 1965, para celebrar el séptimo centenario del florentino, un folleto con un ensayo de don Alfonso Reyes acerca de *Dante y la ciencia de su época*. La nota preliminar explica que el profesor Hugo Rodríguez Urrutty tenía el texto de Reyes, y que la viuda de éste, doña Manuela Mota de Reyes, autorizó la edición. Nada se dice de la fecha ni

del propósito con que se escribió. Debió ser una conferencia de la época de Reyes en Buenos Aires, cuyo texto confió su autor para su publicación a Rodríguez Urruty, y que lo haya olvidado.

El ensayo expone las ideas de Dante, manifiestas en la *Divina comedia*, acerca de la cosmografía y la estructura del mundo; su visión de la historia del hombre y la de su tiempo; y destaca su penetración en la psicología de los sueños, de la imaginación, de la memoria y de los sentimientos.

Mayo de 1989

Los estudios sobre Goethe y la Teoría de la sanción

Una persistente fascinación

Pedro Henríquez Ureña, el amigo y preceptor, había establecido las lecturas fundamentales que debía hacer todo aspirante a hombre culto: Homero, los trágicos, Platón, Dante, Shakespeare, Goethe. Alfonso Reyes, el discípulo adicto, seguiría la prescripción. Pero le añadió los autores españoles, Góngora sobre todo, y nuevas lecturas francesas, especialmente Mallarmé. Los griegos tendrán una larga frecuentación, que culminará en los grandes estudios de su época de madurez (1939-1950). Dante y Shakespeare aparecerán en la obra de Reyes como un trasfondo permanente, y al florentino dedicará unas páginas perspicaces ahora recuperadas ("Dante y la ciencia de su época"). La afición a Goethe será una de las constantes en la obra de Alfonso Reyes, tanto como las de Góngora y Mallarmé, predilecciones todas que tuvieron sus primeras manifestaciones en estudios de *Cuestiones estéticas*, de 1911.

El breve ensayo "Sobre la simetría en la estética de Goethe", fechado en abril de 1910, cuando su autor iba a cumplir veintiún años, no es el intento de un principiante sino una especie de apunte casual a propósito de una particularidad en el arte literario de Goethe. Aunque la observación de la simetría no sea sorprendente, el lector tiene la impresión de que existe una vieja familiaridad del joven autor con las parejas de personajes del *Fausto*, de *Las afinidades electivas* y del *Werther* que entrecruzan sus destinos como en pasos de danza.

Después de este testimonio inicial, a lo largo de su carrera literaria, Reyes sigue frecuentando las obras de Goethe, y escribe mucho acerca de él. En dos ocasiones publica estudios para cumplir requerimientos externos: las conmemoraciones

del primer centenario de la muerte del sabio en 1932 y del segundo centenario del nacimiento en 1949. Un lustro más tarde, en 1954, libre de presiones, publicó la *Trayectoria de Goethe*. Y en los intermedios, Reyes retocó, corrigió, desechó y amplió sus apuntes, empeñado en dibujar el perfil humano y el sentido de la obra de un personaje que le fascinaba, acaso más que ningún otro.

El primer "Rumbo a Goethe"

Después de aquel primer ensayo de 1910, en las décadas siguientes nada sobre Goethe había publicado Reyes. A fines de 1931, la revista *Sur*, recién fundada en Buenos Aires, pidió a Reyes, entonces embajador en Río de Janeiro, un artículo para la conmemoración del centenario de Goethe. Reyes contestó a Victoria Ocampo: "Improvisaré sobre Goethe". Abriendo el número 5, del verano de 1932, se publicó "Rumbo a Goethe".

Al principio de su extenso estudio —ochenta páginas de la revista—, dice Reyes con vivacidad expresiva:

La obligación del aniversario me arrebató estas cuartillas en desorden y estas digresiones a medio escribir. Ni siquiera tuve tiempo de ser conciso. Ojalá el lector perdone mis rodeos, mis idas y venidas. Por una vez, acudo al toque de revista con el dormán desabrochado y el lazo deshecho todavía. Peor sería faltar: tengo mis motivos para hacer acto de presencia.

Explica en seguida que "Goethe y los trágicos griegos me acompañaron en la primera aventura hacia mí mismo". Y que si ya ha cumplido a su manera con los trágicos, le faltaba su confesión goethiana.

El "Rumbo a Goethe", de *Sur*, muestra que Reyes tenía muchas notas sobre el tema, que aquí ordenó provisionalmente en cuatro secciones. I, "La perspectiva"; II, "Unas notas"; III, "Examen de algunas objeciones", y IV, "Desde América". No se detiene en el relato de la vida ni se refiere especialmente a las obras de Goethe. Dándolas por conocidas, va analizando

cuestiones relativas: las circunstancias del mundo y de las ideas en el momento del centenario y las reacciones antigoe-thianas, en la primera sección. En la segunda, la más sustancial, expone un racimo de temas goethianos: la idea de la cultura, las ciencias y la especialización, la formación del artista, el germano en Italia, la vida y la obra, simetrías o afinidades electivas, "todas las posibilidades del espíritu", burguesía y mundanismo, mejoramiento social y las mujeres de Goethe. En la tercera, en que revisa las objeciones contra Goethe, se refiere a individuo y sociedad, la universalidad, la energía de normalidad, el interés por sí mismo, el olimpismo y la humanidad, con referencia al viaje a Italia. Y en la cuarta sección escribe sobre Virgilio y Goethe, las repercusiones del *Fausto* en la poesía de Manuel José Othón, la curiosidad que sentía Goethe por América, sus relaciones y afinidades con Humboldt —con un intermedio sobre la Güera Rodríguez—, y en fin, se pregunta por la posibilidad de un Goethe hispanoamericano. Para Reyes, la consigna que nos da el sabio es ésta: "Cuando cada vecino barra el frente de su casa, todos los barrios de la ciudad estarán limpios". Y añade Reyes: "No esperemos a que las instituciones nos salven: hagámonos capaces de concebir instituciones mejores".

Las páginas de este "Rumbo a Goethe" siguen siendo una introducción muy sugestiva, así sufran del desorden y la falta de concisión que ya señalaba su autor.

El nuevo "Rumbo a Goethe" y sus ampliaciones

El extenso estudio de 1932 nunca se reprodujo. Mientras tanto, su autor volvió a trabajar en aquellos temas. En 1949, cuando Reyes se encontraba ya en México, en ocasión del segundo centenario del nacimiento de Goethe, publicó un ensayo sobre la "Idea política de Goethe", en el volumen de homenaje promovido por la UNESCO, entonces dirigida por Jaime Torres Bodet. Años más tarde, a propósito de sus escritos goethianos, decía: "Han vuelto al telar, en efecto, pero aún no he logrado darles estabilidad y coherencia; antes han cre-

cido por todas partes, verdadera rosa de los vientos. Algún día se publicarán como una colección de estudios goethianos" (Introducción a *Trayectoria de Goethe*, 1954).

En efecto, dejando aparte el "Rumbo a Goethe", de *Sur*, encontré en las gavetas del archivo de Reyes, varios cientos de páginas sobre Goethe, muchas de ellas sólo manuscritas. Prescindiendo de las que son esbozos previos y de las que estaban tachadas explícitamente por su autor, o pueden considerarse "materia prima", de este conjunto —resultado de una afición intelectual persistente y del trabajo heroico de muchos años—, he formado las siguientes cuatro secciones o libros —incluyendo, por supuesto, la *Trayectoria de Goethe*, ya publicado en los Breviarios del FCE—:

I. *Vida de Goethe*: tratamiento biográfico del cual sólo escribió cuatro capítulos, aunque el último de éstos, "Goethe, hombre de ciencia", comienza a salirse del marco biográfico general. Reyes no publicó previamente estas páginas.

II. *Rumbo a Goethe*: es la nueva versión del estudio publicado en 1932. Afortunadamente, Reyes había escrito un índice para este nuevo libro, lo que hizo posible reunirlo. Se encuentra completo y está dividido en cuatro partes: "La perspectiva", "Contornos", "Sondeos" y "Desde América". Aunque conserva algo del esquema y de los temas de la primera versión, los ordenó, redibujó y aumentó hasta darles unidad. Con un breve apoyo biográfico, conserva la perspectiva de exponer preferentemente los temas y cuestiones suscitados por la vida y el pensamiento de Goethe. De sus treinta y tres capítulos, Reyes publicó nueve de ellos en revistas literarias, entre 1949 y 1958. El resto es inédito.

III. *Trayectoria de Goethe*: se publicó como Breviario número 100, del Fondo de Cultura Económica, en 1954. Es una excelente introducción al conocimiento de Goethe. Como su autor lo explica, entre la biografía y la crítica literaria, va:

recogiendo los principales hechos de aquella vida, hasta donde ayudan a apreciar la evolución de aquella mente, y alterno la narración de los episodios esenciales con breves reflexiones que marquen las sucesivas etapas.

IV. *Escolios goethianos*: en tanto que para la segunda versión del *Rumbo a Goethe* había un índice claro que permitió reconstruir el libro, para el resto de los estudios sueltos sólo encontré un par de hojas con listas tentativas de temas por desarrollar. Algunos coincidían con los del libro antes mencionado, y otros, nombrados *Escolios*, incluían algunos de estos estudios sueltos. Me serví de este título para agrupar páginas goethianas de Reyes que quedaban fuera de las tres secciones anteriores. Sólo tres de estos estudios fueron publicados previamente en revistas. A estas páginas añadí, llamándolas "Algunas notas", cuatro pasajes de la primera versión del proscrito "Rumbo a Goethe", de 1932, no reelaboradas en la segunda versión, pero que me parecieron dignas de conservarse. El manuscrito de la "Carta a Eduardo Mallea", el novelista argentino, tiene al margen la anotación de su autor: "aprovechar lo posible en el libro de Goethe". Por su interés, y porque ya no puede incomodar al susceptible Ortega y Gasset —de cuyas interpretaciones en este campo discrepaba don Alfonso—, aquí se rescata.

Goethe y Reyes

Reyes tuvo devoción por Góngora y por Mallarmé y se empeñó en desentrañar las urdimbres de sus laboratorios poéticos. Estudió la vida y la personalidad de Góngora y trabajó mucho en los problemas textuales de su obra. En el caso del poeta francés, recogió buena parte del anecdotario y del cúmulo de testimonios de los fieles mallarmeños. Con todo, no puede decirse que Reyes intentara ni seguir las huellas de estos poetas ni considerarlos paradigmas.

En cambio, en los estudios dedicados a Goethe se transparenta una y otra vez un entusiasmo por su economía, por sus logros vitales y por la amplitud y plenitud de su pensamiento y de sus creaciones literarias. Complacen a Reyes especialmente en Goethe el programa del hombre completo que guió su vida; inquieto, amante, curioso, heterodoxo, reflexivo, aficionado a las ciencias, sereno y sabio. Y admirará igualmente al enamorado incansable que supo atajar sus pasiones cuando

lo amenazaban, al interesado en los acontecimientos de su tiempo que no se dejaba arrastrar por ellos, al escritor de todas las horas y de múltiples empresas, a la compenetración que logró de vida y obra y a la universalidad de su pensamiento.

Un programa como éste sin duda fue atrayente para un hombre dotado de una plétora de impulsos y de dones y con una ambición intelectual heroica, como las que tuvo Alfonso Reyes.

Los trabajos y su huella

Aunque algunas veces Reyes cita en alemán o se refiere a obras escritas en esta lengua, debió leer a Goethe en traducciones españolas, francesas o inglesas. Llegó a tener una gran familiaridad con una obra tan extensa y múltiple. En sus exposiciones se mueve a la vez con segura visión de conjunto y con conocimiento preciso tanto de las novelas, la poesía, el teatro y los diarios, como de las obras científicas y misceláneas. Al mismo tiempo, llegó a manejar con soltura el laberinto de las conversaciones con Goethe que además de las conocidas de Eckermann, recogieron también el canciller Müller, Falk, Voss y Soret; y los nutridos epistolarios con Carlota de Stein, Schiller y su mujer, Knebel, Hetzler, Fichte, Herder, Benecke, Boisserée, Essenbeck, Salzman, Augusta Stolberg, Jacobi, Sofía Laroche, Schönborn, Langer, Lavater, Carlos Augusto, Kestner, Voigt, Schopenhauer, Carlyle y Villemer. Asimismo, tiene presente los comentarios de los críticos goethianos.

Una conmovedora muestra del rigor acucioso con que realizaba Reyes estos estudios es el "Índice alfabético" de las *Conversaciones con Goethe*, de Juan Pablo Eckermann, que guardó manuscrito en su archivo. En él trabajó del 28 de abril de 1931 al 18 de marzo de 1932, y está hecho sobre la traducción de J. Pérez Bances que en 1920 se publicó en tres tomos de la Colección Universal (números 249-252, 265-268 y 283-286), de la Editorial Espasa-Calpe de Madrid. Lleva al principio una lista de "correcciones y observaciones" y el índice mismo, escrito en letra menuda y clara, es de nombres propios de personas, lugares y obras, don Alfonso lo preparó para su propio

uso, y su paciente laboriosidad sólo podría ser rescatable en una reimpresión de la misma edición española de la benemérita Colección Universal.

En el conjunto de estos estudios de Reyes, el interés dominante es la vida de Goethe y el examen de los grandes temas suscitados por su pensamiento y por sus acciones. Las obras mismas no son expuestas de manera expresa y sistemática, sino incidentalmente, como apoyo o consecuencia de los hechos de su vida y de sus concepciones intelectuales.

Los escritos goethianos de Reyes están movidos por un vivo fervor, lo que hace su lectura grata y sugestiva. Entre las nuevas páginas especialmente interesantes, señalo, de *Rumbo Goethe*, la exposición sobre los peculiares métodos de investigación y las deducciones científicas del sabio (tercera parte, capítulo 5); el relato de cómo Goethe administró su longevidad y, cuando acabó de escribir el segundo *Fausto*, a los ochenta y dos años, se dejó morir; y la "Idea política" que se diría exposición del propio pensamiento de Reyes. Y en "Las disyuntivas de Goethe" (*Escolios goethianos*), es notable la perspicacia con que Reyes registra la evolución espiritual de Goethe, que, frente al terrible choque mental que debió causarle la Revolución francesa, supo corregir su individualismo entrañable y afirmar "que el poeta incapaz de fincar su solidaridad con los hombres es un niño retardado en tutela".

Teoría de la sanción

En días siniestros para México —por el crimen y la tiranía de Victoriano Huerta— y de aflicción para Alfonso Reyes —por la muerte de su padre—, éste, casado y con hijo desde 1912, presenta su examen profesional para obtener el título de abogado, el 16 de julio de 1913. Su tesis se llama *Teoría de la sanción* y debió ser redactada apresuradamente. En la nota que puso Reyes al frente del primer tomo de sus *Obras completas* la menciona y promete incluirla en ellas. Como era difícil encontrarle textos afines, no se había publicado. Para dar cumplimiento a la decisión de su autor, este escrito de sus veinticu-

tro años cierra ahora la recopilación de sus obras.

Pese a las circunstancias adversas en que se escribió, la *Teoría de la sanción* es algo más que una tesis para mostrar la competencia del sustentante; es un buen ensayo, más filosófico que jurídico, acerca de las relaciones entre la moral y el derecho. Explica la naturaleza de la sanción como un resguardo de la moral mínima necesaria o de la ley. Analiza pormenorizadamente las clasificaciones y sutilezas de los tratadistas en torno a esta noción. Se esfuerza en señalar con claridad la distinción entre los llamados derecho civil y penal, así como entre derecho público y privado.

En su exposición, se advierte la desazón de Reyes frente a los laberintos conceptuales y de procedimientos jurídicos que son ya sólo fórmulas sin nitidez. Para remediarlas, sugiere procedimientos más simples y claros que impidan las triquiñuelas legales y propone caminos que sean en verdad jurídicos. Asimismo, indaga la validez lógica de ciertos conceptos y la posibilidad de adecuarlos para que sirvan al mejoramiento de las sociedades.

De haber ejercido la profesión de abogado, Alfonso Reyes hubiera sido un reformador de procedimientos y un reordenador de marañas jurídicas.

Además de la tesis, siguiendo usos de la época, el sustentante tuvo que resolver un caso práctico, un embargo abusivo por adeudo, lo que hizo en minuciosa exposición con apoyos en el Código de Procedimientos Civiles. El "Caso práctico", propuesto por el licenciado Victoriano Pimentel, y la solución del alumno Reyes se recogen al final de la *Teoría de la sanción*.

Consideraciones finales

Treinta y cuatro años después de iniciada la publicación de estas *Obras completas* y treinta después de la muerte de su autor, se llega al término provisional de su publicación en el año en que celebramos el centenario del nacimiento de Alfonso Reyes. Queda entendido que seguirá pendiente la edición del copioso *Diario*, en curso de rescate el de los numerosos episto-

larios, y que se publicarán los informes diplomáticos de don Alfonso, así como un índice analítico acumulativo. Y se da por supuesto que, a pesar de los esfuerzos por reunir todos los escritos autorizados, explícita o tácitamente, por su autor, se comenzarán a encontrar páginas aquí olvidadas o desconocidas.

Recoger las obras completas de un escritor de la importancia de Alfonso Reyes es ordenarlas en el mausoleo condigno a fin de hacer posible el conocimiento, la elección y la valoración. Los veintiséis copiosos volúmenes no exigen al aficionado o al curioso que los lea todos, sino que tenga la posibilidad de escoger en el panorama completo del jardín múltiple; y que el investigador pueda disponer de un repertorio suficiente para sus indagaciones.

El presente editor de la última sección de estas *Obras*, antiguo aficionado a los libros de su autor, tiene a su lectura por un deleite, gracias al don de su estilo y a la variedad de sus temas y tonos. Y considera que la obra de Alfonso Reyes, hazaña de la voluntad y la imaginación, es uno de los más claros prestigios de la cultura mexicana.

A Alicia Reyes y Alfonso Rangel Guerra, buenos conocedores alfonsinos, reconocimiento por su ayuda.

Julio de 1989



En el centenario de Alfonso Reyes

En la que fue su tierra y su ciudad, junto al cerro que hizo su emblema, al rescoldo del sol que no sintió inclemente sino vivificador, cerca de las industrias cuyo esfuerzo elogiara, y entre los hombres del norte cuyo civismo, generosidad y lealtad lo enorgullecían, aquí se congregan este día, 17 de mayo de 1989, la República, el estado de Nuevo León, la ciudad de Monterrey, las instituciones culturales y la gente de letras para honrar la memoria de Alfonso Reyes en el centenario de su nacimiento.

Para quienes compartimos un tramo de su tiempo, el recuerdo de su personalidad, las obras de su pluma y sus lecciones morales e intelectuales son aún presencias vivas. A ellas volvemos una y otra vez para aclarar rumbos e ideas, para aprender nociones y, sobre todo, para encontrar de nuevo la norma y la sonrisa, el viejo sentido de las cosas y de las acciones.

Él no fue ni un rebelde ni un revolucionario; fue otra cosa igualmente importante, un civilizador, que es otro camino para lograr el mejoramiento humano. Cuando se le preguntó por qué escribía, contestó:

Escribo porque vivo. Y nunca he creído que escribir sea otra cosa que disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual y, por consecuencia, depurar de paso todos los motivos de la conducta. Ya sé que hay grandes escritores que escriben con el puñal o mojan la pluma en el veneno. Respeto el misterio, pero yo me siento de otro modo. Vuelvo a nuestro Platón, y soy fiel a un ideal estético y ético a la vez, hecho de bien y de belleza.

Pero, así se prefiera uno u otro camino para mejorar el

mundo en que vivimos, es tiempo de volver a la obra de Reyes para recordar el sentido de su lección humana, el ejemplo de su vocación y de su integridad, y escuchar lo que tiene que decir a nuestro tiempo.

Por ello, antes que volver a narrar la historia de su vida —que fue una hazaña de la voluntad y de la imaginación—, y los servicios que prestó a la República, o antes que esbozar una vez más la geografía de su vasta obra, considero que en el homenaje que la nación le rinde es preferible detenernos en algunos de los mensajes y orientaciones más salientes de su pensamiento.

Con cierta periodicidad, alternamos en nuestra historia la tendencia a aislarnos y concentrarnos en nuestras raíces nacionales, y el movimiento aparentemente contrario de abrirnos hacia el exterior para ajustar el paso al de las corrientes e ideas que mueven el mundo.

Proponiendo una especie de toma de conciencia al movimiento nacionalista o "criollista" que se inicia en México hacia 1920, Alfonso Reyes sugiere a la juventud de aquellos años, agitados todavía por la tormenta revolucionaria, la indagación del alma nacional; cree que es necesario "extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica", "buscar el pulso de la patria", "descubrir la misión del *hombre americano* en la tierra", ya que esta búsqueda "es lo único que puede aprovecharnos y darnos consejos de conducta política".

Pero esta profundización e interrogación de nuestro ser nacional y de nuestra historia no implicaban para él un aislamiento, un bloqueo espiritual semejante al bloqueo político que México sufrió a consecuencias de la Revolución. El amor por nuestra patria y el entusiasmo por nuestras creaciones no tienen por qué impedirnos el interés por el patrimonio común del espíritu. "Nada puede sernos ajeno —precisaba— sino lo que ignoramos".

Y en aquella ocasión, Alfonso Reyes acuña una doctrina desde entonces convertida en proloquio: "La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal". Y añade la prevención saludable de que el conocimiento tiene que comenzar por la parte, esto es, por lo nacional, para poder luego entender el todo. Y al redondear su pen-

samiento respecto a estos temas, afirmó la amplitud de las expresiones nacionales, que no se limitan a las manifestaciones típicas sino que más bien comienzan por ellas. Lo nacional, piensa, "reside en una intimidad psicológica, involuntaria e indefinible", es un pulso que late donde menos se le espera, y "es algo que estamos fabricando entre todos".

En tanto que muchos se quedaban sólo con uno de los extremos, él puso en práctica su propia doctrina, y a lo largo de su obra hizo circular entre nosotros las grandes creaciones y tradiciones de la cultura universal y las nuevas corrientes del pensamiento. Al mismo tiempo, organizaba nuestra propia tradición literaria, componía un mural admirable con las primeras manifestaciones de lo que él llamaba el "alma nacional" e indagaba los orígenes de nuestro ser americano y la índole propia de la cultura de nuestro mundo. Gracias al impulso inicial y el estímulo de su obra, a la que no faltaron ni incomprendiones ni adversarios, lo mexicano comenzó a ser universal y lo universal se afirmó como parte de nuestras tradiciones.

La obra de Reyes fue una constante incitación a abrir nuestras puertas interiores, que de manera tan persistente nos impiden a los mexicanos la comunicación de nuestra intimidad a la que sólo consentimos que se manifieste en explosiones. Como el creador de los ensayos, Reyes se exploraba a sí mismo para entender al hombre; registraba las aventuras de su espíritu y las de sus pasiones, narraba sus experiencias cotidianas, nos hacía partícipes de su curiosidad y de cuanto grande o pequeño observaba en el mundo. Escribía poemas para aclarar los desasosiegos de su alma, para percibir el misterio de otras vidas y para ordenar el deslumbramiento de ciudades y paisajes, lo mismo que para festejar a un amigo, para jugar con el ingenio o para cantar la alegría de una muchacha. Sabía que para acercarnos a la comprensión del hombre hay que explorar todos los caminos. Y había aprendido que sólo podemos limpiarnos las escorias del alma y curar sus desgarrones transformándolos en testimonio humano y en creación artística. Al depurarlos y pulirlos, sólo queda del gran dolor y de los cuidados pequeños lo que es susceptible de transmutarse en cristal.

Cuanto escribió está lleno de la gracia de su estilo. Aun las investigaciones eruditas o las exposiciones históricas, filosóficas o teóricas se interrumpen de pronto para ilustrar la aridez de un concepto con una anécdota, un refrán popular o alguna peculiaridad de la naturaleza. El calor humano que era el primer saludo de su persona transcendía también sus obras, como inteligencia o tolerancia, como sonrisa o alegría, como ironía o malicia, como ternura o como perdón. Contra la vanidad y el engreimiento, y para evitarnos el tomar por lo trágico cuestiones triviales, aconsejaba mantener alerta el humor, "única actitud respetable ante la vida".

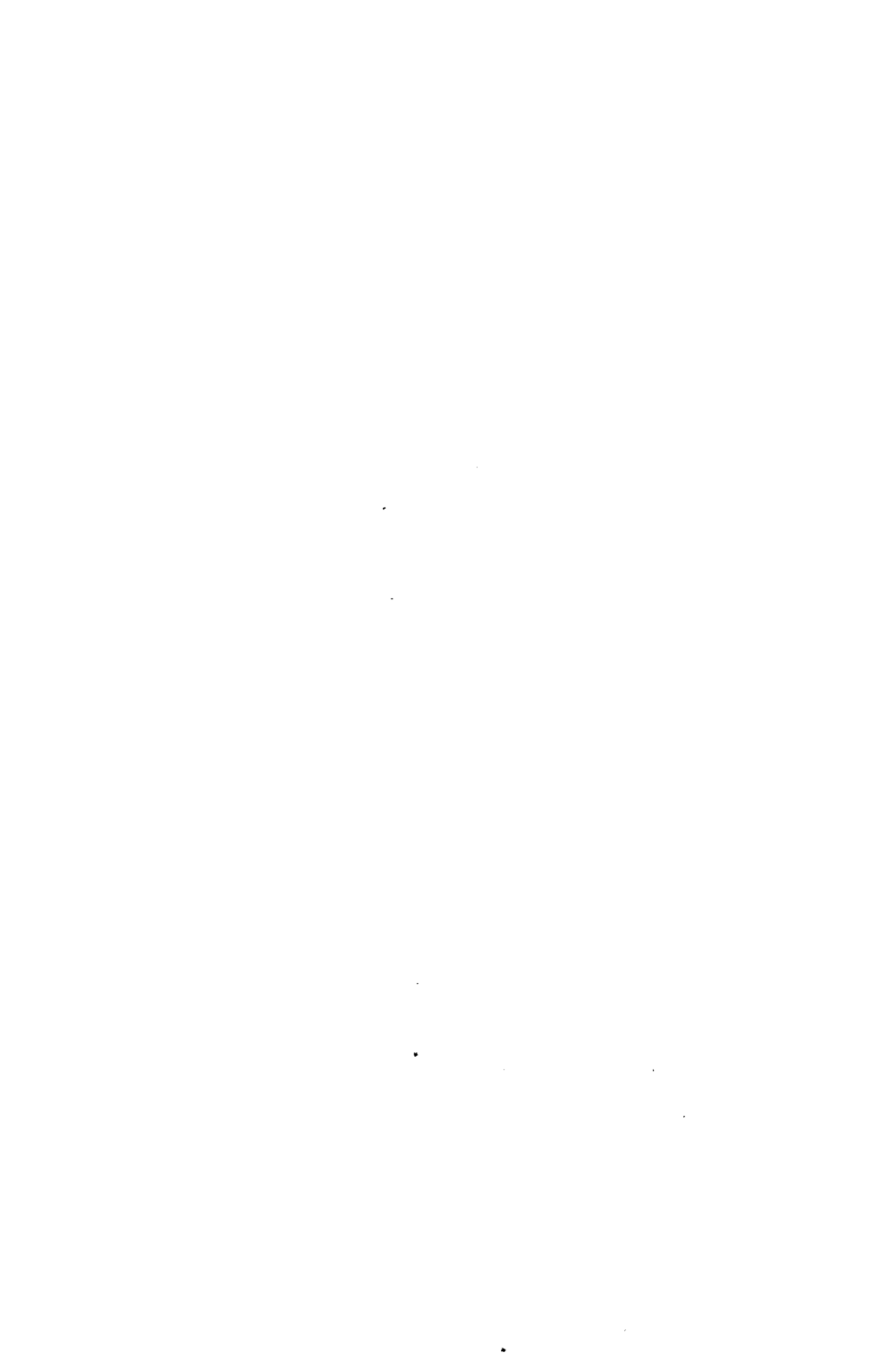
Junto a esta múltiple sonrisa, todo lo ordenaba su claridad. Era la luz en el aire traslúcido que solía iluminar la meseta mexicana, "por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación"; y era también la luz de la primavera griega, que adivinó sin haberla visto, y que es "deleite y es premio", "que templó la razón y endurece el ánimo" y que "limita, mide, ordena".

Hizo de su lenguaje un instrumento dócil y transparente para expresarse y para comunicar, y nunca se sirvió de él como ruido verbal que disimula la confusión. Dueño de mil recursos, según fuese la naturaleza de sus temas los abordaba de frente y con un estilo despojado, o bien los iba cercando y enlazando con alusiones y correspondencias, con tal de que facilitaran la transmisión de la idea que buscaba. Tenía el don de la forma, el arte de presentar los asuntos conocidos en síntesis afortunadas o a través de un nuevo sesgo, o bien de hacer accesibles y claros los conceptos más arduos y de darles encanto e interés. Cuidaba más la vivacidad que la pureza del lenguaje, y sabía enriquecerlo lo mismo de expresiones cultas, arcaicas o técnicas que de giros populares. Si luchó contra sombras, contra el olvido y lo ininteligible, antes de llegar a la claridad de su pensamiento, cuanto nos legó tiene la maestría de la naturalidad, la gracia sonriente y la apariencia de la facilidad. Su prosa es todavía la más flexible y rica en lengua española, en una modalidad inconfundiblemente mexicana. Su obra nos aclara y nos ilumina porque es la expresión de un hombre y un espíritu armoniosos.

En esta ceremonia, dedicada a celebrar el centenario de nuestro escritor eminente, el señor Presidente de la República ha entregado el Premio Internacional Alfonso Reyes, correspondiente a 1988, al escritor Ramón Xirau. El propósito de tal distinción es el de honrar a quienes, en su propio campo, mantienen las tradiciones intelectuales y morales del regiomontano ilustre. Es una feliz coincidencia que, quien ahora lo recibe, sea hijo de uno de aquellos maestros españoles que vinieron en tiempos de La Casa de España en México, gracias a los empeños de don Alfonso. Llegado niño a México, Ramón aquí se arraigó e hizo su obra entre nosotros. Maestro de muchas generaciones, poeta y filósofo, sus libros, que tratan de relacionar precisamente poesía y filosofía, son ejemplo de limpidez y de cordial penetración. Enhorabuena por el privilegio de recibir su premio en este día de fiesta para la inteligencia mexicana.

Monterrey, N. L., 17 de mayo de 1989

Este capítulo son las palabras pronunciadas en la ceremonia del homenaje en el centenario de Alfonso Reyes, en el Teatro de la Ciudad de Monterrey, Nuevo León.



Bibliografia

I. Verso

Huellas. México, A. Botas e Hijo, 1922.

Ifigenia cruel. Poema dramático, con un comentario en prosa. Madrid, Biblioteca Calleja, 1924; México, Ediciones La Cigarra, 1945; México, FCE, 1952 (comprendido en la *Obra poética*); *Teatro mexicano del siglo XX*, vol. II. México, FCE, 1956 y 1980; en *Constancia poética, Obras completas*, vol. X. México, FCE, 1959; México, Colección Alción, 1961. Grabados de Juan Soriano; en *Antología de A. R.*, Prosa/Teatro/Poesía. México, FCE, 1963, 1965 y 1974; Monterrey, Ediciones Sierra Madre, 1974.

Pausa. París, Societé Générale d'Imprimeurs et d'Éditeurs, 1926.

Cinco casi sonetos. París, Ediciones de Poesía, 1931.

Romances del Río de Enero. Maestricht, Holanda, "Halcyon", 1933.

A la memoria de Ricardo Güiraldes. Río de Janeiro, 1934.

Golfo de México. Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1934.

Yerbas del Tarahumara. Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1934.

Minuta. Juego poético. Maestricht, Holanda, "Halcyon", 1935.

Grabados de Marguerite Barciano.

Infancia. Buenos Aires, Asteria, 1935.

Otra voz (1925-1934). México, Fábula, 1936.

Cantata en la tumba de Federico García Lorca. Buenos Aires, Luis Seoane, 1937.

Villa de Unión. México, Fábula, 1940.

Algunos poemas. México, Nueva Voz, 1941.

Romances (y afines). México, Stylo, 1945.

La vega y el soto. México, Editora Central, 1946.

Cortesía. México, Cultura, 1948.

Homero en Cuernavaca. México, Ábside, 1949; 2a. ed., ampliada. México, Tezontle, 1952.

La Iliada, Homero. Traslado de Alfonso Reyes. I: Aquiles Agravado. México, FCE, 1951. Ilustraciones de Elvira Gascón.

Obra poética. México, FCE, 1952. (Letras Mexicanas, 1)

Nueve romances sordos. Tlaxcala, Huytlale, 1954.

II. Crítica, ensayos y memorias

Los "Poemas rústicos" de Manuel José Othón. México, Conferencias del Centenario, 1910.

Cuestiones estéticas. París, Ollendorff, 1910-1911.

El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX. México, Tip. de la viuda de F. Díaz de León, 1911. Concurso Científico y Artístico del Centenario. Estudio presentado [...] en representación del Ateneo de la Juventud.

El suicida. Madrid, Cervantes, 1917; México, Tezontle, 1954.

Visión de Anáhuac. San José de Costa Rica, El Convivio, 1917; Madrid, Índice, 1923; en *Dos o tres mundos*. México, 1944, pp. 179-218; México, El Colegio de México, 1953; en Segundo Serrano Poncela, *Prosa moderna en lengua española*. San Juan de Puerto Rico, Ediciones de La Torre/Universidad de Puerto Rico, 1955, pp. 433-447; tirada aparte del vol. II de *Obras completas*. México, FCE, 1956; Prólogo de Francisco Monterde. México, Ediciones Culturales Mexicanas de la Academia Cultural, A. C., 1962. (Epylotli, 3)

Cartones de Madrid. México, Cultura, 1917.

Retratos reales e imaginarios. México, Lectura Selecta, 1920.

Simpatías y diferencias. Madrid, E. Teodoro, 1921-1926, 5 vols. (que comprenden, en el 4o. y 5o. respectivamente, *Los dos caminos y Reloj de sol*); Prólogo de Antonio Castro Leal. México, Porrúa, 1945, 2 vols. (Escritores Mexicanos, 22-23)

El cazador. Madrid, Biblioteca Nueva, 1921; México, Tezontle, 1954.

L'évolution du Mexique. París, Ex: *Révue de l'Amerique Latine*, 1923.

- Calendario*. Madrid, Cuadernos Literarios, 1924.
- Simples Rémarques sur le Mexique*. París, 1926.
- Cuestiones gongorinas*. Madrid, Espasa-Calpe, 1927.
- Fuga de Navidad*. Buenos Aires, Viau y Zona, 1929 (Colombo); Monterrey, Nuevo León, 1989. Ilustraciones de Norah Borges de Torre.
- México en una nuez*. Buenos Aires, Ediciones Libre Palabra, 1930.
- La saeta*. Río de Janeiro, Villas Boas, 1931. Trazos de José Moreno Villa.
- "Discurso por Virgilio", en *Contemporáneos*. México, 1931; en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*. Buenos Aires, 1937.
- A vuelta de correo*. Río de Janeiro, 1932.
- En el día americano*. Río de Janeiro, 1932.
- Horas de Burgos*. Río de Janeiro, Villas Boas, 1932.
- Atenea política*. Río de Janeiro, 1932; Santiago de Chile, Pax, 1933.
- Tren de ondas*. Río de Janeiro, 1932.
- Voto por la Universidad del Norte*. Río de Janeiro, 1933.
- La caída. Exégesis en marfil*. Río de Janeiro, Villas Boas, 1933. *Algunos datos biográficos y bibliográficos de Alfonso Reyes*. Río de Janeiro, 1934; México, 1959 y 1970.
- Siluetas de Lope de Vega*. Río de Janeiro, Talleres de La Raza, 1935.
- Tránsito de Amado Nervo*. Santiago de Chile, Ercilla, 1937.
- Idea política de Goethe*. México, ICI, 1937.
- Las vísperas de España*. Buenos Aires, Sur, 1937. Recoge los *Cartones de Madrid*, *En el Ventanillo de Toledo*, *Horas de Burgos*, *La saeta*, *Fuga de Navidad* y otros inéditos.
- Monterrey*. Río de Janeiro/Buenos Aires, Correo Literario, 14 números; el penúltimo tiene dos ediciones, una de Río de Janeiro y otra de Buenos Aires, de 1930 a 1937; 2a. ed., facsimilar. México, FCE, 1980. (Revistas Literarias Mexicanas Modernas)
- Homilía por la cultura*. México, FCE, 1938.
- Aquellos días*. Santiago de Chile, Ercilla, 1938.
- Mallarmé entre nosotros*. Buenos Aires, Destiempo, 1938;

México, Tezontle, 1955.

Capítulos de literatura española, Primera serie. México, La Casa de España, 1939. Recoge varios prólogos de ediciones de clásicos españoles.

La crítica en la Edad Ateniense. México, El Colegio de México, 1941.

Pasado inmediato y otros ensayos. México, El Colegio de México, 1941.

Los siete sobre Deva. México, Tezontle, 1942.

La antigua retórica. México, FCE, 1942.

Última Tule. México, Imprenta Universitaria, 1942.

La experiencia literaria. Buenos Aires, Losada, 1942; 2a. ed. 1952.

El deslinde: Prolegómenos a la teoría literaria. México, El Colegio de México, 1944.

Tentativas y orientaciones. México, Nuevo Mundo, 1944.

Norte y sur. México, Leyenda, 1945.

Tres puntos de exegética literaria. México, El Colegio de México, 1945. (Jornadas, 38)

Capítulos de literatura española, Segunda serie. México, El Colegio de México, 1945.

Calendario y Tren de ondas, 2a. ed. México, Tezontle, 1945.

"Panorama de Brasil", en *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. México, 1945.

"Juan Ruiz de Alarcón" (en inglés), en *Homenaje a A. Schweitzer*. Cambridge, Mass., 1945, pp. 323-336.

Discursos en la Academia Mexicana de la Lengua, Jaime Torres Bodet y Alfonso Reyes. México, 1945.

"Las letras patrias", en *México y la cultura*. México, SEP, 1946; 2a. ed. 1961.

Por mayo era, por mayo... México, Cultura, 1946.

Los trabajos y los días. México, Occidente, 1946.

Homenaje en El Colegio Nacional al Maestro Antonio Caso. México, 1946. Contiene un discurso de A. Reyes.

A lápiz. México, Stylo, 1948.

Grata compañía. México, Tezontle, 1948.

Entre libros. México, El Colegio de México, 1948.

De un autor censurado en el "Quijote": Antonio de Torquemada.

- México, Cultura, 1948.
- Panorama de la religión griega.* México, Memoria de El Colegio Nacional, 1948.
- Letras de la Nueva España.* México, FCE, 1948.
- Sirtes.* México, Tezontle, 1949.
- De viva voz.* México, Stylo, 1949.
- Junta de sombras. Estudios helénicos.* México, El Colegio Nacional, 1949. Dibujos de Ricardo Martínez de Hoyos.
- Tertulia de Madrid.* México/Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949; 2a. ed. 1950.
- Cuatro ingenios.* México/Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1950.
- El horizonte económico en los albores de Grecia.* México, El Colegio Nacional, 1950.
- Trazos de historia literaria.* México/Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1950.
- En torno al estudio de la religión griega.* México, Memoria de El Colegio Nacional, 1951.
- Ancorajes.* México, Tezontle, 1951.
- Medallones.* México/Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951.
- La X en la frente.* México, Porrúa y Obregón, 1952. (México y lo mexicano, 1)
- Marginalia*, Primera serie. 1946-1951. México, Tezontle, 1952.
- Interpretación de las Edades Hesiódicas.* México, Memoria de El Colegio Nacional, 1951.
- Memorias de cocina y bodega.* México, Tezontle, 1953. Cabezas y viñetas de Elvira Gascón; 2a. ed. junto con *Minuta*. Ed. de Alba C. de Rojo y Carlos Haces. FCE, 1989. (Tezontle Cocina)
- Trayectoria de Goethe.* México, FCE, 1954. (Breviarios, 100)
- Parentalia.* México, Los Presentes, 1954; 2a. ed., ampliada.
- Parentalia: Primer libro de recuerdos.* México, Tezontle, 1958.
- Marginalia*, Segunda serie. México, Tezontle, 1954.
- Hipócrates y Asclepio.* México, Memoria de El Colegio Nacional, 1954.
- Presentación de Grecia.* México, Memoria de El Colegio Nacional, 1955.
- La danza* (en la Grecia clásica). La Habana, 1956. Miscelánea en honor de don Fernando Ortiz.

Grecia en el tiempo y en el espacio. México, Memoria de El Colegio Nacional, 1956.

Las burlas veras (Primer ciento). México, Tezontle, 1957.

Estudios helénicos. México, El Colegio Nacional, 1957.

La filosofía helenística. México, FCE, 1959. (Breviarios, 147)

Nuestra lengua. México, SEP, 1959.

Cartilla moral. México, INI, 1959; 2a. ed. 1962.

Las burlas veras (Segundo ciento). México, Tezontle, 1959.

Marginalia, Tercera serie. México, El Cerro de la Silla, 1959.

III. Novelística

El plano oblicuo (Cuentos y diálogos). Madrid, Tipografía Europa, 1920.

El testimonio de Juan Peña. Río de Janeiro, Villas Boas, 1930.

Dibujos de Manuel Rodríguez Lozano.

La casa del grillo. México, Costa-Amic, 1945. Viñetas de Alberto Beltrán. (Lunes, 5)

Verdad y mentira. Prólogo de J. M. González de Mendoza. Madrid, Aguilar, 1950.

Árbol de pólvora. México, 1953.

Quince presencias. México, Obregón, 1955.

Los tres tesoros. México, Tezontle, 1955; México, FCE, 1985.

IV. Obras póstumas

A campo traviesa. México, El Cerro de la Silla, 1960.

La afición de Grecia. México, El Colegio Nacional, 1960.

Al yunque (1944-1958). México, Tezontle, 1960.

Albores, segundo libro de recuerdos. México, El Cerro de la Silla, 1960.

Los nuevos caminos de la lingüística. México, UNAM, 1960.

El Polifemo sin lágrimas. Madrid, Aguilar, 1961; México, FCE, 1986.

Oración del 9 de febrero. Breve noticia [...] de Gastón García Cantú. México, Era, 1963.

- Anecdótico*. Prólogo de Alicia Reyes. México, Era, 1968.
- Diario* (1911-1930). Prólogo de Alicia Reyes y nota del doctor Alfonso Reyes Mota. México, Universidad de Guanajuato, 1969.
- Vida y ficción*. Prólogo y Edición de Ernesto Mejía Sánchez. México, FCE, 1970. Viñetas de Elvira Gascón. (Letras Mexicanas, 100)

V. Archivo de Alfonso Reyes

Serie A (Reliquias)

- (1) *Berkeleyana* (1941). México, 1953.

Serie B (Astillas)

- (1) *Burlas literarias* (1919-1922). México, 1947.
- (2) *Tres cartas y dos sonetos*. México, 1954.
- (3) *Briznas*, I. México, 1959.

Serie C (Residuos)

- (1) *Cartilla moral* (1944). México, 1952.
- (2) *Resumen de la literatura mexicana (siglos XVI-XIX)*. México, 1957.

Serie D (Instrumentos)

- (1) *Introducción al estudio económico del Brasil*. México, 1938.
- (2) *La inmigración en Francia* (1927). México, 1947.
- (3) *La constelación americana* (1936). México, 1950.
- (4) *De la Antigüedad a la Edad Media*. México, 1954.
- (5) *Troya*. México, 1954.
- (6) *Libros y libreros en la Antigüedad*. México, 1955.
- (7) *El triángulo egeo*. México, 1958.
- (8) *La jornada aquea*. México, 1958.
- (9) *Geógrafos del mundo antiguo*. México, 1959.

Serie E (Testimonios)

- (1) *El servicio diplomático mexicano* (1933). Buenos Aires, 1937.
- (2) *La Conferencia Colombo-Peruana para el arreglo del incidente*

de Leticia (1933-1934). México, 1947.

(3) *Momentos de España. Memorias políticas: 1920-1923*. México, 1947.

(4) *Crónica de Francia*, I (enero a abril de 1925). México, 1947.

(5) *Crónica de Francia*, II (abril a junio de 1925). México, 1952.

(6) *Crónica de Francia*, III (julio a diciembre de 1925). México, 1955.

(7) *Crónica de Francia*, IV (enero a junio de 1926). México, 1956.

(8) *Crónica de Francia*, V (junio de 1926 a febrero de 1927). México, 1957.

Serie F (Documentos)

(1) Manuel García Blanco, *El escritor mexicano Alfonso Reyes y Unamuno*. México, 1956.

VI. Prólogos y ediciones comentadas

Memorias, Fray Servando Teresa de Mier. Madrid, Editorial América, 1917.

Páginas escogidas, Francisco de Quevedo. Madrid, Calleja, 1917.

Libro de Buen Amor, Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. Madrid Calleja, 1917.

Páginas escogidas, Juan Ruiz de Alarcón. Madrid, Calleja, 1918.

Tratados, Baltasar Gracián. Madrid, Calleja, 1918.

Lírica mexicana. Antología de la Fiesta de la Raza preparada por Luis G. Urbina y Alfonso Reyes. Madrid, Legación de México, 1919.

Teatro, I, Juan Ruiz de Alarcón. Madrid, La Lectura, 1918; 2a. ed. 1923.

Poema del Cid. Madrid, Espasa-Calpe, 1919. Reproducida después varias veces: 1930-1938.

Los pechos privilegiados, Juan Ruiz de Alarcón. Madrid, Calpe, 1919.

Teatro, Lope de Vega. Madrid, Calleja, 1919. (El texto no estuvo al cuidado de A. R.)

Las aventuras de Pánfilo, Lope de Vega. Madrid, 1920.

- Lecturas: Ensayos.* Selección de A. R. Madrid, Instituto-Escuela de Segunda Enseñanza, 1920.
- Obras completas,* Amado Nervo. Madrid, Biblioteca Nueva, 1920-1928. 29 vols.
- Fábula de Polifemo y Galatea,* Luis de Góngora. Madrid, Índice, 1923.
- Si el hombre puede artificiosamente volar* (1676), Antonio de Fuente la Peña. Río de Janeiro, 1933. Grabados de Marguerite Barciano.
- Evolución política del pueblo mexicano,* Justo Sierra. México, La Casa de España, 1940.
- Cancionero de la noche serena,* Luis G. Urbina. Prólogo de A. R: "Recordación de Urbina". México, 1941.
- Virgin Spain,* Waldo Frank. New York, 1942.
- ¿Se comió el lobo a Caperucita?,* Antoniorrobles. México, 1942.
- Reflexiones sobre la historia universal,* J. Burckhardt. México, FCE, 1943.
- Juan Ruiz de Alarcón: Su vida y su obra,* Antonio Castro Leal. México, 1943.
- Poemas,* Ángel Zárraga. México, 1944.
- Un destino,* Margos de Villanueva. México, 1945.
- Resurrección de Homero,* Víctor Bérard. Traducción de A. Alamán. Prólogo de A. R. México, 1945.
- Páginas escogidas,* Pedro Henríquez Ureña. Selección de José Luis Martínez. Prólogo de A. R. México, SEP, 1946. (Biblioteca Enciclopédica Popular, 109)
- Mexican heritage.* Álbum fotográfico, Hoyningen-Huene. New York, 1946.
- La fuerza cautiva,* J. A. Balseiro. La Habana, 1946.
- La guirlande espagnole* (sonetos españoles traducidos al francés), Jean Camp. México, 1947.
- Andanzas mexicanas,* L. Vasse. México, 1947.
- Parallèles littéraires Franco-Russes,* René Marchand. Precedida de una carta en español de A. R. México, 1949.
- Obras,* Luis de Góngora. A. R. colaboró bajo la dirección de R. Foulché-Delbosc. New York/París, Biblioteca Hispánica, 1921. 3 vols.
- Las aventuras de Pánfilo.* Cuento de espantos, Lope de Vega.

- México, "La Flecha" 1, 1957. Dibujos de B. Romero Calvet.
El panal rumoroso o La redención de los bribones, Bernard Mandeville. Paráfrasis libre de A. R. México, "La Flecha" 2, 1957 (1958). Dibujo de Paul Antragne.
El convite, Juan Luis Vives. Diálogo. México, "La Flecha" 3, 1960. Dibujo de Elvira Gascón.

VII. Traducciones

- La sala No. 6*, A. Chejov. En colaboración con N. Tasin. Madrid, Calpe, 1919.
Ortodoxia, G. K. Chesterton. Madrid, Calleja, 1917.
Pequeña historia de Inglaterra, G. K. Chesterton. Prólogo de A. R. Madrid, Calleja, 1920.
El candor del Padre Brown, G. K. Chesterton. Madrid, Calleja, 1921.
El hombre que fue Jueves, G. K. Chesterton. Prólogo de A. R. Madrid, Calleja, 1922.
El Derecho Internacional del Porvenir, Alejandro Álvarez. Del francés en colaboración con R. Blanco Fombona. Madrid, 1917.
Viaje sentimental por Francia e Italia, L. Sterne. Madrid, Calpe, 1919.
Olalla, R. L. Stevenson. Madrid, Calpe, 1922.
Doctrinas y formas de la organización política, G.D.H. Cole. México, FCE, 1937 (se han realizado diversas reimpresiones).
Nomentano el refugiado, Jules Romain. México, Cuadernos Americanos, abril de 1943.
Introducción al estudio de Grecia, Alexander Petrie. México, FCE, 1948 (se han realizado diversas reimpresiones).

VIII. Obras completas de Alfonso Reyes (Fondo de Cultura Económica)

Tomo I *Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia*, 1955; 1a. reimp. 1976.

- Tomo II *Visión de Anáhuac. Las vísperas de España. Calendario*, 1956; 1a. reimp. 1976.
- Tomo III *El plano oblicuo. El cazador. El suicida. Aquellos días. Retratos reales e imaginarios*, 1956; 1a. reimp. 1980.
- Tomo IV *Simpatías y diferencias. Los dos caminos. Reloj de sol. Páginas adicionales*, 1956; 1a. reimp. 1980.
- Tomo V *Historia de un siglo. Las mesas de plomo*, 1957; 1a. reimp. 1980.
- Tomo VI *Capítulos de literatura española. De un autor censurado en "El Quijote". Páginas adicionales*, 1957.
- Tomo VII *Cuestiones gongorinas. Tres alcances a Góngora. Varia. Entre libros. Páginas adicionales*, 1958.
- Tomo VIII *Tránsito de Amado Nervo. De viva voz. A lápiz. Tren de ondas. Varia*, 1958.
- Tomo IX *Norte y sur. Los trabajos y los días. Historia natural das Laranjeiras*, 1959.
- Tomo X *Constancia poética*, 1959.
- Tomo XI *Última Tule. Tentativas y orientaciones. No hay tal lugar*, 1960.
- Tomo XII *Grata compañía. Pasado inmediato. Letras de la Nueva España*, 1960.
- Tomo XIII *La crítica en la Edad Ateniense. La antigua retórica. Nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez*, 1961.
- Tomo XIV *La experiencia literaria. Tres puntos de exegética literaria. Páginas adicionales. Nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez*, 1962.
- Tomo XV *El deslinde. Apuntes para la teoría literaria. Nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez*, 1963; 1a. reimp. 1980.
- Tomo XVI *Religión griega. Mitología griega. Nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez*, 1964.
- Tomo XVII *Los héroes. Junta de sombras. Nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez*, 1965.
- Tomo XVIII *Estudios helénicos. El triángulo egeo. La jornada*

- aquea. Geógrafos del mundo antiguo. Algo más sobre los historiadores alejandrinos. Nota preliminar de Ernesto Mejía Sánchez, 1966.*
- Tomo XIX *Los poemas homéricos. La Iliada. La afición de Grecia. Estudio preliminar de Ernesto Mejía Sánchez, 1968.*
- Tomo XX *Rescoldo de Grecia. La filosofía helenística. Libros y libreros de la Antigüedad. Andrenio: perfiles del hombre. Cartilla moral. Estudio preliminar de Ernesto Mejía Sánchez, 1979.*
- Tomo XXI *Los siete sobre Deva. Ancorajes. Sirtes. Al yunque. A campo traviesa. Estudio preliminar de Ernesto Mejía Sánchez, 1981.*
- Tomo XXII *Marginalia, Primera, segunda y tercera series. Las burlas veras, Primera, segunda y tercera series. Introducción de José Luis Martínez, 1989.*
- Tomo XXIII *FICCIONES: Quince presencias. Vida y ficción. Burlas literarias. Briznas. Árbol de pólvora. Los tres tesoros. El vendedor de felicidad. Landrú (opereta). Anecdótico. Égloga de los ciegos. El licenciado. Páginas adicionales. Introducción de José Luis Martínez, 1990.*
- Tomo XXIV *MEMORIAS: Oración del 9 de febrero. Memoria a la Facultad. Tres cartas y dos sonetos. Berkeleyana. Cuando creí morir. Historia documental de mis libros. Parentalia. Albores. Introducción de José Luis Martínez, 1990.*
- Tomo XXV *Culto a Mallarmé. El Polifemo sin lágrimas. Memorias de cocina y bodega. Resumen de literatura mexicana. Estudios lingüísticos. Dante y la ciencia de su época. Introducción de José Luis Martínez, 1992.*
- Tomo XXVI *Vida de Goethe. Trayectoria de Goethe. Escolios goethianos. Teoría de la sanción. Introducción de José Luis Martínez, 1992.*

IX. Epistolarios

(recogidos en volúmenes)

- Correspondance 1923-1952*, Valery Larbaud/Alfonso Reyes. Avant-propos de Marcel Bataillon. Introducción y notas de Paulette Patout. París, Librairie Marcel Didier, 1972.
- Epistolario Alfonso Reyes/José María Chacón*, Zenaida Gutiérrez Vega. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976.
- Ecrits oubliés-Correspondance José Vasconcelos/Alfonso Reyes*, Claude Fell. México, IFAL, 1976.
- "Epistolario Julio Torri/Alfonso Reyes", en Julio Torri, *Diálogo de los libros*. Compilador Serge I. Zaitzeff. México, FCE, 1980.
- Epistolario íntimo (1906-1946)*, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Prólogo y recopilación de Juan Jacobo de Lara. Santo Domingo, UNPHU, 1981-1983. 3 vols.
- Cartas echadas (Correspondencia 1927-1959)*, Alfonso Reyes/Victoria Ocampo. Edición y presentación de Héctor Perea. México, UAM, 1983.
- Correspondencia*, I (1907-1914), Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. Edición de José Luis Martínez. México, FCE, 1986. (Biblioteca Americana)
- Las cartas madrileñas de Alfonso Reyes a Julio Torri*, Serge I. Zaitzeff. Separata de *Revista Iberoamericana*, núms. 135-136, abril-septiembre de 1986.
- Recados entre Alfonso Reyes y Antonio Castro Leal*, Serge I. Zaitzeff. México, El Colegio Nacional, 1987.
- Cartas madrileñas. Homenaje a Alfonso Reyes*, Fernando Curiel. Madrid, Las dos orillas, 1989.
- Otros epistolarios publicados en revistas se registran en *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*, James Willis Robb. México, UNAM, 1974, pp. 10-11. Adición: Florence Olivier, "Correspondance entre Alfonso Reyes et Genaro Estrada", en *L'Ordinaire du Mexicaniste*, Université de Perpignan, Institut d'Estudes Mexicaines, février-avril 1981, núms. 54-56, pp. 7-39, 10-64 y 25-49.

X. Antologías

- Dos o tres mundos*, Cuentos y ensayos. Selección y prólogo de Antonio Castro Leal. México, Letras de México, 1944.
- Antología*, Prosa/Teatro/Poesía. Advertencia y selección de Alí Chumacero. México, FCE, 1963; 2a. ed. 1965; 3a. ed. 1974.
- Antología de Alfonso Reyes*. Selección y prólogo de José Luis Martínez. México, SEP/B. Costa-Amic, 1965. (Pensamiento de América, Segunda Serie, vol. 1)
- Universidad, política y pueblo*. Nota preliminar, selección y notas de José Emilio Pacheco. México, UNAM, 1967.
- Prosa y poesía*. Edición de James Willis Robb. Madrid, Ediciones Cátedra, 1975.
- Páginas escogidas*. Selección y prólogo de Ricardo Repilado. La Habana, Casa de las Américas, 1978. (Literatura Latinoamericana, 86)
- Antología de Alfonso Reyes*. Introducción y selección de Ernesto Mejía Sánchez. Breve biografía por Alicia Reyes. México, Promexa Editores, 1979.
- Textos. Una antología general*. Introducción, selección y notas de José Luis Martínez. México, SEP/UNAM, 1981.
- Antología general*. Edición de José Luis Martínez. Madrid, Alianza Editorial, 1986 (nueva edición de la anterior).
- Cartilla moral. La X en la frente. Nuestra lengua*. México, Asociación Nacional de Libreros, 1982.
- Material de lectura*. Selección y nota introductoria de Beatriz Espejo. México, Coordinación de Difusión Cultural, UNAM, 1988. (El cuento contemporáneo, 55)
- Alfonso Reyes y la educación*. Prólogo y selección de Claudia Reyes Trigos. México, SEP, 1987. (Biblioteca Pedagógica)
- Teatro completo* de Alfonso Reyes. Monterrey, Nuevo León, 1989.
- Vocación de América* (Antología) de Alfonso Reyes, prólogo y selección de Víctor Díaz Arciniega. México, FCE, 1989.

XI. Homenajes

- "Our Alfonso Reyes. A Symposium", en *Books Abroad*, An International Literary Quarterly. University of Oklahoma Press, Spring 1945.
- Encuentro con Alfonso Reyes*, Juan Ramón Jiménez, Rafael He- liodoro Valle, Germán Arciniegas, Julio Jiménez Rueda. Alcance al núm. 24, t. III de *Huytlale*, Tlaxcala, 1955.
- Páginas sobre Alfonso Reyes*, Alfonso Rangel Guerra y José Ángel Rendón. Monterrey, Nuevo León, Universidad de Nuevo León, 1955 y 1957. 2 vols.
- El Colegio Nacional a Alfonso Reyes (uno de sus miembros fundadores) en su cincuentenario de escritor*. México, El Colegio Nacional, 1956.
- Libro jubilar de Alfonso Reyes*. Introducción de Jaime García Terrés. México, Dirección de Difusión Cultural, UNAM, 1956.
- Hommage a Alfonso Reyes*, Jules Romains, Marc Blancpain, Henri Dumazeau, Jean Sarrailh, Marcel Bataillon, Jean Camp, Jean Cassou, M. Etiemble, M. Aubrun, A. Aymard. París, Imprimerie A. Coeslant-Cahors, 1959.
- Cuaderno de homenaje en los sesenta años de Alfonso Reyes*. México, FCE, mayo de 1949.
- Presencia de Alfonso Reyes. Homenaje en el x aniversario de su muerte (1959-1969)*. México, FCE, 1969.
- Alfonso Reyes. Homenaje nacional*. México, INBA, 1981.
- "Centenario de Alfonso Reyes", en *Boletín Editorial*, núm. 24. México, El Colegio de México, marzo-abril de 1989.
- "Centenario de Alfonso Reyes. 1889-1989", *Nueva Revista de Filología Hispánica*. México, El Colegio de México, 1989, tomo xxxvii, núm. 2.
- "Alfonso Reyes. Julio Torri. 100 años", en *Tierra Adentro*, núm. 46. México, enero-junio de 1989.
- "Homenaje a Alfonso Reyes. Su vida y su obra vistas por neoleoneses", en *Cultura Norte*, año 2, núm. 8. México, mayo de 1989.
- "Rumbos de Reyes", en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. México, abril de 1989.
- "Para el álbum de Alfonso Reyes. 1889-1989", en *Universidad*

- de México*, núm. 460. México, mayo de 1989.
- "Mundos de Alfonso Reyes", en *Vuelta*, núm. 154. México, septiembre de 1989.
- "Alfonso Reyes (1889-1959)", en *Cuadernos Hispanoamericanos. Los Complementarios*, 4. Madrid, octubre de 1989.
- Saludo de Perú para Alfonso Reyes*, Embajada de México en el Perú, Lima, 1989.
- Palabras por Alfonso Reyes*. Carlos Salinas de Gortari, José Luis Martínez, Ramón Xirau, Alfonso Rangel Guerra. Monterrey, Nuevo León, 1989.
- Cartas madrileñas. Homenaje a Alfonso Reyes*, Fernando Curiel. Madrid, Las dos orillas, 2, 1989.

XII. Libros sobre Alfonso Reyes

- GARRIDO, Luis, *Alfonso Reyes*. México, Imprenta Universitaria, 1954.
- DÜRING, Ingemar, *Alfonso Reyes helenista*. Madrid, Insula, 1955.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael, *La imagen de América en Alfonso Reyes*. Madrid, Insula, 1955.
- Catálogo de índices de los libros de Alfonso Reyes*. "Propósito" de Alfonso Rangel Guerra. Monterrey, Nuevo León, Universidad de Nuevo León, 1955. (Biblioteca Universitaria)
- OLGUÍN, Manuel, *Alfonso Reyes ensayista. Vida y pensamiento*. México, Ediciones de Andrea, 1956. (Studium, 11)
- ROBB, James Willis, *El estilo de Alfonso Reyes (imagen y estructura)*. México, FCE, 1965; 2a. ed. 1978. (Lengua y Estudios Literarios)
- BOCKUS APONTE, Bárbara, *Alfonso Reyes and Spain. His dialogue with Unamuno, Valle-Inclán, Ortega y Gasset, Jiménez and Gómez de la Serna*. Austin/Londres, University of Texas, 1972.
- MELÉNDEZ, Concha, *Moradas de poesía en Alfonso Reyes*. San Juan de Puerto Rico, Editorial Cordillera, 1973.
- ROBB, James Willis, *Repertorio bibliográfico de Alfonso Reyes*. México, UNAM, 1974.

- ROBB, James Willis, *Estudios sobre Alfonso Reyes*. Bogotá, Ediciones El Dorado, 1976.
- REYES, Alicia, *Genio y figura de Alfonso Reyes*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977; Monterrey, Nuevo León, Producciones Al Voleo-El Troquel, 1989.
- PATOUT, Paulette, *Alfonso Reyes et la France*. París, Klincksieck, 1978. Traducción española por Isabel Vericat, El Colegio de México/Gobierno del estado de Nuevo León, 1990, con prólogo de Alfonso Rangel Guerra.
- ZAVALA, Juan Roberto, *La historia en Alfonso Reyes*. Monterrey, Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León, 1978.
- CASTAÑÓN, Adolfo, *Alfonso Reyes, caballero de la voz errante*. México, Joan Boldó i Climent Editores, 1988.
- PEREA, Héctor, *Alfonso Reyes y el cine*. México, UAM, 1988. (La Gracia de las Formas)
- RANGEL GUERRA, Alfonso, *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*. México, El Colegio de México, 1989.
- Iconografía de Alfonso Reyes*. Investigación iconográfica, documental y selección de textos: Xavier Guzmán Urbiola, Héctor Perea y Alba C. de Rojo. México, FCE/El Colegio Nacional/El Colegio de México, 1989.
- TAPIA MÉNDEZ, Aureliano, *Alfonso Reyes ante Dios y ante la muerte*. Monterrey, Nuevo León, Al Voleo/El Troquel, 1989.
- DÍAZ ARCINIEGA, Víctor (compilador), *Voces para un retrato. Ensayos sobre Alfonso Reyes*. México, UAM/FCE, 1990.
- PEDRAZA SALINAS, Jorge, *Para Alfonso Reyes. Dedicatorias*. Monterrey, Nuevo León, 1990.
- PEREA, Héctor (compilador), *España en la obra de Alfonso Reyes*. México, FCE, 1990. (Tezontle)
- RANGEL GUERRA, Alfonso, *Alfonso Reyes en los tiempos*. Monterrey, Nuevo León, 1991. (Cuadernos del Archivo, 58)
- Alfonso Reyes en Madrid. Testimonios y homenaje*. Edición y notas de Alfonso Rangel Guerra. Monterrey, Nuevo León, Fondo Editorial Nuevo León, 1991.

XIII. Discos

Ifigenia crue!. Grabación y texto. México, UNAM, 1960. (Voz Viva de México)

Visión de Anáhuac. Grabación y texto. México, UNAM, 1960; 2a. ed. 1989. (Voz Viva de México)

Índice

Preliminar	7
Evocación de Alfonso Reyes	9
La obra de Alfonso Reyes	
La empresa de su generación literaria	13
El investigador y el diplomático	17
Los años de la cosecha	18
Las grandes direcciones de su obra	18
Lírica e imaginación	19
Los caminos del ensayista	21
El teórico de la literatura	26
La doctrina americana	30
Estilo y espíritu	32
El mexicano universal	33
Presentación de los discos de Voz Viva de México	
La vida	39
La obra	40
<i>Visión de Anáhuac</i>	41
<i>Ifigenia cruel</i>	43
La voz de Alfonso Reyes	46
Los ciclos en la obra de Alfonso Reyes	
La obra de medio siglo	51
Los años de aprendizaje	51
La década madrileña de 1914 a 1924	52
Los años mundanos de 1924 a 1938	54
El periodo de madurez: 1939-1950	56
La cosecha final: 1951-1959	57

La formación intelectual de Alfonso Reyes en su correspondencia con Pedro Henríquez Ureña (1907-1914)

Significación del epistolario Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña	61
El encuentro de los amigos y sus circunstancias	63
Rigores y halagos de un magisterio	66
El estilo personal de formar	69
Los tonos de las cartas	75
Las cartas como ejercicios de estilo	79
Los ámbitos culturales	81
Los cambios de tono culturales y el balance de una empresa	83

De cómo Alfonso Reyes conquistó Madrid	89
---	-----------

Los últimos ensayos breves

Antecedentes y propósitos	97
La economía del trabajo intelectual	99
Los caminos del ensayista	100
Resúmenes de lecturas, homenajes, anécdotas y cuentos	101
Divagaciones, precisiones y reflexiones	102
Las ciencias	102
La observación de sí mismo	103
Temas y curiosidades literarios	104
Curiosidades menudas	107
Reyes y López Velarde	108
"Mi idea de la historia"	109
Los "Epílogos", 1952 y 1953	109
Recreo sobre los animales vistos por Alfonso Reyes	110
Dos páginas memorables	111
Las últimas páginas	112

Las ficciones

El contenido del presente tomo	115
<i>Vida y ficción: 1910-1959</i>	117
<i>Quince presencias: 1915-1954</i>	119
<i>Burlas literarias: 1919-1921</i>	124
<i>Árbol de pólvora: 1925-1932</i>	125
<i>Anecdótico: 1922-1959</i>	126

<i>Anecdótico, "El licenciado" y otros papeles</i>	
inéditos o dispersos	126
<i>Briznas: 1929-1959</i>	128
<i>"Égloga de los ciegos": 1925</i>	128
<i>Landrú (opereta): 1929 y 1953</i>	129
<i>Fortuna e infortunio de "Landrú": Gurrola,</i> <i>Ibargüengoitia y Monsiváis</i>	130
<i>Los tres tesoros: 1940-1955</i>	132

Las memorias

El conjunto de las memorias	137
Oración del 9 de febrero: 1930	138
Memoria a la Facultad: 1931	141
Tres cartas y dos sonetos: 1932, 1933 y 1951	142
Berkeleyana: 1952	144
Cuando creí morir: 1947 y 1953	145
Historia documental de mis libros: 1955-1959	147
Parentalia: 1949-1957	150
Crónica de Monterrey I. Albores: 1959	153
Páginas adicionales	156

Los estudios sobre Mallarmé, El Polifemo, las Memorias de cocina y bodega y otras páginas

Los estudios sobre Mallarmé de Reyes	159
Culto a Mallarmé	160
El Polifemo sin lágrimas	164
La obra múltiple	166
Memorias de cocina y bodega	166
El Resumen de la literatura mexicana	168
Dos estudios lingüísticos	168
Dante y la ciencia de su época	169

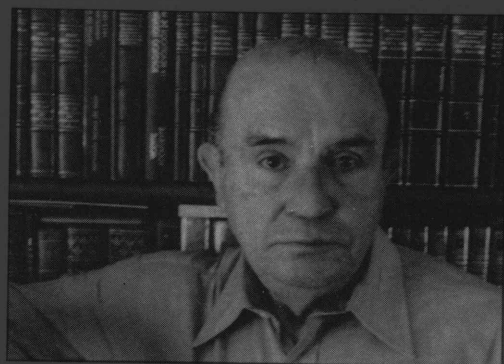
Los estudios sobre Goethe y la Teoría de la sanción

Una persistente fascinación	173
El primer "Rumbo a Goethe"	174
El nuevo "Rumbo a Goethe" y sus ampliaciones	175
Goethe y Reyes	177
Los trabajos y su huella	178
Teoría de la sanción	179
Consideraciones finales	180

En el centenario de Alfonso Reyes	183
--	-----

Bibliografía	191
---------------------------	-----

Guía para la navegación de Alfonso Reyes,
editado por la Secretaría de Extensión
Académica de la Facultad de Filosofía y
Letras de la UNAM, se terminó de im-
primir el mes de abril de 1992 en los talle-
res de la Editorial Melo, S.A., avenida
Año de Juárez 226-D, colonia Granjas San
Antonio. México 13, D. F. El tiraje consta
de dos mil ejemplares. La tipografía estu-
vo a cargo de Elizabeth Díaz Salaberría y
Folia Diseño Editorial.



José Luis Martínez (Atoyac, Jalisco, 1918)
es uno de los más sobresalientes personajes
de la cultura mexicana contemporánea.
Fue profesor de literatura y crítica literaria
en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.
Ha sido director del Instituto Nacional de Bellas Artes
y del Fondo de Cultura Económica.
Dirigió la revista *Letras de México*
y la *Revista Mexicana de Literatura*.
Actualmente preside
la Academia Mexicana de la Lengua.

Entre sus obras publicadas destacan:
La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX,
recopilación de sus estudios escritos entre 1947 y 1952;
El ensayo mexicano moderno, visión del desarrollo
que ha tenido nuestra prosa al tratar de
desprenderse de las formas tradicionales;
Literatura mexicana. Siglo XX. 1920-1949,
libro que analiza el trabajo realizado por aquellos
escritores que dieron a conocer sus textos
en la primera mitad del presente siglo.
También ha escrito prólogos y notas
para incontables obras literarias. Asimismo fungió como
editor de los últimos tomos
de las *Obras completas* de Alfonso Reyes.

